

# MARIO ESCOBAR

A large, glowing eye with a red and yellow center, superimposed over a server room hallway. The eye is the central focus, with a bright yellow core surrounded by a red ring and greenish-yellow outer layers. The background is a dark server room with rows of racks on either side of a central aisle, leading to a white door at the end. The lighting is dim, with the eye providing a strong focal point.

## The Cloud

(La nube)

El libro Fahrenheit 451 que  
Ray Bradbury habría escrito en el siglo XXI

Lectulandia

David Portier, un joven periodista de San Francisco que está intentando hacerse un hueco en el mundo de la prensa, descubre la mañana en la que va a hacer la entrevista más importante de su vida, que todo el papel está comenzando a desaparecer misteriosamente.

El mundo está a punto de quedarse sin las mayores obras de arte escrita, pero una compañía GoodLife se ofrece a escanear el legado de toda la humanidad. Algunos gobiernos se resisten, pero cuando comienzan a fallar todos los sistemas, el mundo entero únicamente tiene una esperanza de salvar su legado con GoodLife.

Una novela de intriga, en la que nada es lo que parece y donde David Portier tendrá que averiguar quién está detrás de la destrucción del papel y cómo parar su destrucción.

**Lectulandia**

Mario Escobar

# **The Cloud**

**(La nube)**

ePub r1.0

XcUiDi 06.10.14

Título original: *The Cloud*

Mario Escobar, 2013

Editor digital: XcUiDi

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*«¿Cuál sería el impacto social de tener todo esa información al alcance? No lo sabemos. A título personal, creo que el modelo correcto es pensar en toda la información del mundo como el equivalente a un iPod. ¿Qué pasa si se lleva toda esa información encima y se actualiza en tiempo real? ¿Cómo afectará a la enseñanza si un estudiante puede dar con la respuesta antes de que salga de la boca del profesor?»*

**ERIC EMERSON SCHMIDT, Presidente y director general de Google.**

*«El mejor motor de búsqueda será aquel que entienda exactamente lo que uno quiere decir y le devuelva exactamente lo que busca».*

**LARRY PAGE, Fundador de Google.**

*«La gente podrá entrar en un sitio Google utilizando su propia capacidad de búsqueda y tendrá la posibilidad de entender cosas sobre sí mismo en tiempo real... Con Google se podrán comprender los propios genes. Google tiene la capacidad de hacer todo esto...»*

**JOHN CRAIG VENTER, Director J. Craig Venter Institute.**  
La mayor entidad privada que investiga el genoma humano.

«*La información es poder*»

**FRANCIS BACON, filósofo.**

«*And are you not', said Fook leaning anxiously forward, a greater analyst than the Googleplex Star Thinker in the Seventh Galaxy of Light and Ingenuity which can calculate the trajectory of every single dust particle throughout a five-week Dangrabad Beta sand blizzard?*»

**DOUGLAS ADAMS, The Hitchhiker's Guide to the Galaxy.**

## **Nota del Autor**

Domino Virtual es una obra de ficción, pero es muy real en algunas de sus conclusiones. GoodLife no existe en realidad, pero el peligro de que unas pocas compañías tengan el control de un gran número de información es real. Muchos de los programas de Inteligencia artificial, análisis de ADN para usuarios de Internet, Educador Virtual,... están en marcha en la actualidad.

En este momento ya existen bacterias manipuladas genéticamente para la limpieza de residuos, sobre todo del crudo del petróleo. La creación de otros tipos de bacterias será factible en los próximos años.

Gobiernos, compañías e individuos somos cada vez más vulnerables al uso que unos pocos hagan de la información que poseen.

Los nombres y hechos que se narran son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

# Prólogo

**Día 1, 10:30 AM.**  
**National Archive, 700 Pennsylvania Avenue,**  
**NW Washington DC.**

Robert Walker había vivido toda su vida sobre una silla de ruedas. Una extraña enfermedad de los huesos le impedía caminar y su padre Michael intentaba pasar con él todo el tiempo posible. Aquella mañana, los dos habían recorrido cientos de kilómetros para visitar el Archivo Nacional y contemplar con sus propios ojos la Declaración de Independencia y la Constitución de los Estados Unidos.

El joven soñaba con convertirse en abogado y fiscal del distrito, tal vez algún día llegaría a ser congresista o senador. Por eso, aquella mañana de sábado estaba disfrutando al tener ante sus ojos la Declaración de Independencia. Llevaba semanas organizando ese día con su padre. Una visita a Washington desde Lancaster, Philadelphia, para ver la Carta de Independencia en la «Rotonda de las Cartas de la Libertad». Ahora estaba allí mismo, con la nariz casi pegada a la declaración y leyendo el texto en voz baja.

*Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se hace necesario para un pueblo disolver los vínculos políticos que lo han ligado a otro, y tomar entre las naciones de la Tierra el puesto separado e igual al que las leyes de la naturaleza y del Dios de esa naturaleza le dan derecho...*

—Robert, sepárate del vidrio —dijo su padre, tomándole del brazo. Una de las guardas del Archivo Nacional se aproximó hasta ellos y con una sonrisa perfecta les dijo que llevaba cinco años de servicio en aquella sala y había observado a decenas de jovencitos que se apasionaban al ver los escritos originales.

—No se preocupen, los documentos están bien protegidos. Dentro de la vitrina, hecha de titanio y aluminio, hay un gas llamado argón para que nada pueda afectar a nuestras cartas de la libertad. —¿Argón? —preguntó Robert. —Es un gas —dijo su padre, mientras tiraba de su brazo. Apenas el hombre había terminado la frase, cuando los ojos de Robert comenzaron a moverse rápidamente.

—Papá, está desapareciendo —dijo el joven sorprendido. —¿Qué? —Preguntó el padre acercándose al documento—, yo no veo nada. —Mira, por los bordes. La guarda dio un paso hacia delante y se asomó por encima del muchacho. Afortunadamente el documento seguía ahí, pero parecía más difuso que antes. Comenzó a sudar y su piel negra brilló bajo la luz de los focos. Sentía mucho calor, como si alguien hubiera encendido una estufa dentro de sus pantalones grises. Buscó el intercomunicador y se le cayó dos veces antes de poder conectarlo.

La sala comenzó a llenarse de murmullos y en unos segundos todos se alejaron de las vitrinas. Los guardas llamaron a la central de mandos y comenzaron a desalojar la sala.



—Aquí Rotonda de la Libertad, emergencia. Habla Susan Morgan. Se escuchó el zumbido del interfono y a la guarda se le hizo interminable los dos segundos que tardaron en responderla.

—¿Qué sucede? —preguntó una voz apática desde el control. —Están desapareciendo —dijo Susan incrédula. —¿El qué está desapareciendo, Susan? —Los papeles se hacen humo —contestó Susan transpirando por todas partes, mientras sus ojos observaban las vitrinas vacías. Michael y su hijo Robert se apartaron de la vitrina y comenzaron a correr hacia la salida. La idea de que pudiera tratarse de un atentado ensombreció la mirada de Michael, aquello no podía estar pasándole a ellos. No era justo que su hijo muriera después de todo lo que había luchado para sobrevivir.

# 1

Día 1, 12:00 PM.  
330 Drumm St,  
San Francisco, California.

David Portier se volvió a estirar en la cama. Normalmente los sábados se levantaba muy tarde, pero aquella mañana le había tocado trabajar. Al día siguiente salía en la web de su periódico un amplio artículo sobre la violencia sexual contra niños en la ciudad de San Francisco. Era el tipo de noticias que el alcalde y la ciudad preferían no ver en los titulares de los periódicos, pero en los últimos meses de verano, la muerte y violación de menores se había disparado. El último caso había conmocionado especialmente a todo la Costa Oeste. Muchos abogaban por la conocida Ley Chelsea, un endurecimiento de las penas por abusos, con cadena perpetua para los culpables.

Al final del artículo puso su firma, David Portier. Todavía le costaba hacerse a la idea de que escribía en un periódico de verdad, aunque el *San Francisco Chronicle* no fuera el diario de sus sueños y el dominical de la web tampoco fuera lo que había imaginado al terminar sus estudios, le parecía el trampolín seguro a un periódico de tirada nacional.

Apretó a un botón y el artículo salió en dirección a la redacción. Sacó una copia en papel y la dejó sobre el escritorio. Seguía prefiriendo el olor de la tinta sobre el folio, sabía que era un anticuado, pero no lo podía evitar.

Encendió la televisión y se fue a preparar un café. Tenía un Starbucks cerca, pero prefería una buena taza casera. Su novia era colombiana y le tenía bien abastecido. Cuando el aroma del café invadió la cocina, David llenó su taza y se dirigió afuera. Vivía en pleno corazón financiero de la ciudad, pero su apartamento tenía una inmensa terraza que daba a la calle. Desde allí podía contemplarse el complejo deportivo en el que todas las mañanas jugaba al tenis y se daba un baño en la piscina climatizada. Conocía a sus tres vecinos, un grupo de jubilados que habían visto crecer los rascacielos a su alrededor. Aunque no tenía mucha vida social. Los sábados llegaba a la seis de la mañana después de bailar salsa con su novia toda la noche, pero no quedaba con amigos y no veía nunca a su familia.

—Hola David —dijo una voz desde el otro lado del cristal opaco que separaba su terraza de la del vecino. Por la voz supo que era John, un jubilado que había dedicado toda su vida al marketing de un fabricante de coches. Se había prejubilado muy pronto, se dedicaba a tomar el sol, leer los periódicos y dar paseos por la playa.

—Hola Martin, ¿qué haces despierto tan pronto? —Ya sabes que los viejos no podemos dormir mucho —dijo el hombre asomándose por el lateral del cristal. —¿Quieres un café? —preguntó David sin mucho ánimo. Era uno de los pocos

momentos en la semana en los que estaba solo. Su novia y el periódico le ocupaban el noventa por ciento de del día. —¿Es café de verdad? Todavía no me he acostumbrado a la bazofia que se vende en San Francisco. —Es de Colombia —contestó. Martin salió de su apartamento y llamó a la puerta. David le abrió la puerta y le preparó una taza de café.

—¿Cómo va el artículo? —preguntó Martin. —Ya lo he enviado —contestó David, todavía medio dormido. —Seguro que se levanta un buen revuelo. Esos tipos del ayuntamiento no quieren que nadie hable de la basura que se mueve en esta ciudad, dicen que perjudica el turismo —comentó Martin. —Bueno, el gobernador no lo está haciendo tampoco muy bien y es republicano —contestó David. El anciano sonrió y la hilera de sus dientes artificiales brilló por unos momentos en su rostro moreno. David pensó que no quería pasar así los últimos años de su vida, solo y aburrido, sin que a nadie le importara si estabas vivo o muerto.

—Bueno, espero que el dueño del periódico piense lo mismo que tú — comentó David apurando el café. —¿Cuándo vendrá tu novia? —preguntó Martin. —Me imagino que esta tarde —dijo David. —Me debe una partida de ajedrez. Bueno te dejó con tus cosas, no quiero parecer un viejo pesado y entrometido —comentó Martin. —No te preocupes, Martin. Eso es exactamente lo que eres. El hombre sonrió desde el umbral de la puerta y después la cerró detrás de él.

David se acercó de nuevo al salón, quería coger el teléfono y hacer una llamada para confirmar que el jefe de redacción había recibido el artículo.

—John, hola. Ya te he enviado el artículo. ¿Lo has recibido? —preguntó David, después dio un trago largo de café y se sentó en el sofá. —¿Qué demonios te pasa? ¿No estás viendo la maldita televisión? —preguntó ofuscado el redactor jefe.

—¿Por qué? No me dirás que hay unos aviones estrellándose en Nueva York... —dijo pasando los canales hasta llegar a la CNN. Durante unos minutos se quedó con el teléfono en una mano, el café en la otra y la boca abierta.

*... «Ultima hora. Un extraño suceso conmueve al mundo esta tranquila mañana de sábado. Hace aproximadamente dos horas, algunos de los documentos más importantes del país han empezado a deteriorarse rápidamente. La voz de alarma la dieron varios turistas del Archivo Nacional en Washington, cuando percibieron que las Cartas de la Libertad estaban desapareciendo delante de sus ojos. Ya tenemos los primeros videos enviados por iPhone y los primeros comentarios colgados Twitter...»*

—¡Es increíble! Pero ¿es cierto lo que dice la CNN? —dijo David a su jefe. Sus pequeños ojos azules se dedicaron a repasar todas las cadenas de noticias. Quería asegurarse de que no era una broma de mal gusto. Últimamente varios bulos habían sido colgados en Internet y los medios de comunicación habían seguido la noticia sin tan siquiera comprobarla, porque nadie quería arriesgarse a ser el último. Esa era una de las maravillas y desdichas de la información instantánea. —Lo es, pero quiero que investigues si está pasando aquí, en California. —¿Por qué iba a suceder aquí? Esas cosas siempre suceden en la Costa Este —dijo David tocando su pelo rubio rizado. —

Quédate mirando un rato la televisión y lo entenderás —dijo el redactor jefe.

David colgó el teléfono y corrió con su bañador medio caído hasta el cuarto. Encendió su iPad y tocó el centro de pantalla. Comenzó a ver varios canales europeos, las últimas noticias del *Washington Post* y del *New York Times*. Al parecer el papel estaba desapareciendo en todo el mundo a la vez.

**Día 1, 4:00 PM.**  
**Bunker de la White House,**  
**Washington DC.**

El Presidente estaba sentado cabizbajo mientras sus asesores de defensa discutían entre sí. Apenas había dicho nada en la última media hora, los expertos se sentían tan perdidos y sorprendidos como el resto del país, pero no podían dejar de hablar. El comité recibía noticias de casi todas las partes del mundo. No había duda, excepto en algunos lugares de África, alguna cosa estaba destruyendo el papel a nivel global.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó el Presidente arqueando sus pobladas cejas. Su pregunta tenía una doble intención: intentar aclarar sus ideas, pero sobre todo, poner algo de orden en la reunión. —Apenas disponemos de un mes o quince días, según el nivel de destrucción actual. No sabemos si aumentará o disminuirá el proceso —dijo el jefe Michael John del FBI de la División de Gestión de Documentos. —Señor Presidente, creemos que se trata de un atentado terrorista a gran escala —comentó Jack el jefe de la División Antiterrorista. —Sea un ataque terrorista o un hecho natural, tenemos que actuar con la máxima rapidez. En pocos días puede quedar destruido el patrimonio de la humanidad —dijo el Presidente. Él no era muy aficionado a la lectura, no había leído más de treinta libros en su vida, pero sin duda aquella situación de emergencia era muy grave. —Un cuarenta por ciento de nuestros libros y manuscritos importantes están digitalizados, pero ¿Qué pasará con los miles de documentos legales, el dinero...? —dijo el Vicepresidente Frank. Frank era un tipo fatalista, de los que ven siempre el vaso medio vacío. El Presidente no se sentía muy cómodo con él, se lo habían impuesto en la última convención republicana, para dar un toque más liberal a su candidatura a la presidencia, pero los liberales eran todos unos fatalistas.

—Hay otras opciones, las tarjetas de crédito, los documentos legales ya pueden enviarse por correo electrónico. La gente tendrá que digitalizar sus propios documentos importantes —dijo Michael John. —¿Para cuándo tendremos los resultados de laboratorio? —preguntó el Presidente. —Mañana a primera hora, los documentos desaparecen tan rápidamente que es muy difícil analizarlos —dijo Michael John. —Esperemos que esto se detenga pronto. Las bolsas de todo el mundo han caído en picado y hay países muy afectados —dijo el Vicepresidente. —Bueno Frank, no creo que estemos ante el fin del mundo. Otros presidentes han soportado amenazas peores. Debemos transmitir serenidad —dijo el Presidente enfadado. —Será mejor que convoquemos al G 20 para dentro de dos días —dijo el Vicepresidente. —Hecho —comentó el secretario anotando la petición.

El Presidente miró de reojo al subalterno, a veces tenía la sensación de que no

pintaba nada, que era una figura decorativa, el último vástago de una saga de políticos estatales.

—¿Cuál es la mayor empresa de informática del mundo? ¿Quién puede ayudarnos a digitalizar todo lo que queda en menos de un mes? —preguntó el Presidente, intentando tomar de nuevo el control de la reunión. —GoodLife —contestó Michael John. —Pónganse en contacto con ellos. Quiero que empiecen hoy mismo. También que aseguren los archivos digitalizados, si se trata de un ataque terrorista, pueden intentar destruirlos —dijo el Presidente. Cerraron la sesión y el Presidente decidió regresar a su despacho. Pensaba que la alerta había terminado, lo que demonios hubieran echado en el ambiente únicamente afectaba a los libros y el papel, pero no a las personas. Se sentó en su despacho, no había ningún papel impreso. Tomó su iPad y buscó las ediciones antiguas de cromos de beisbol. Sus dedos nunca más tocarían esos viejos cartones amarillentos, pensó mientras apretaba la fría pantalla.

### 3

**Día 1, 6:00 PM.  
W Bayshor Rd,  
Palo Alto, California.**

Cuando se acercó al centro comercial no pudo evitar mirar hacia atrás. Llevaba días con la sospecha de que le vigilaban y sabía que no hacía falta tener un hombre a sus espaldas para que supieran dónde estaba. Cada vez que compraba algo, pagaba un peaje, accedía a Internet o simplemente paseaba dentro de un edificio, ellos podían ver todos sus pasos. Ahora que no había dinero en efectivo, el último obstáculo para controlar todo en todo momento había desaparecido.

Había decidido ver a David Portier, porque no era un periodista al uso. Todos conocían su vocación de escritor de investigación y su deseo de buscar la verdad costara lo que costara. David le había llamado hacía un par de días, al parecer estaba realizando un libro sobre la Era Digital, parecía irónico que justo el día en que se vieran fuera en pleno Apocalipsis del libro de papel y que él le fuera a dar la mayor exclusiva del siglo.

Mientras caminaba por los pasillos, vestido con un caluroso abrigo, gafas de sol y una gorra, se volvió a preguntaba porque se había molestado en disimular su apariencia. Las cámaras modernas podían descubrir ciertos rasgos únicos en cada rostro en pocos segundos, cotejando la información con el FBI, la CIA y otras agencias. En los últimos seis meses gracias al programa de identificación, casi diez mil delincuentes habían sido detenidos, pero la identificación podía usarse para muchas cosas, por ejemplo para tener controlada a los críticos o los enemigos del sistema. Mathieu Gates se sentó en el McDonald y conectó su mini portátil. Comprobó los archivos que iba a dar al periodista y dio un sorbo a su Coca Cola. Miró el reloj del ordenador y comenzó a impacientarse.

Al fondo del pasillo, David Portier apareció vestido con unos sencillos vaqueros, una camiseta azul y unas deportivas. Le hizo un gesto con la mano y se acercó a la mesa después de pedirse una hamburguesa.

—Perdona, pero no he comido nada. He estado pegado a mi iPad todo el día. ¿No es una increíble casualidad que justo hoy se haya producido el apagón de celulosa? —preguntó David sonriente. —No es algo para tomarse a broma. El caos que se está produciendo puede arruinar a gobiernos enteros, empresas y familias. Nosotros tenemos mucha información digitalizada, pero hay países que apenas tienen un 5% de sus libros y documentos escaneados —dijo Mathieu muy serio. David hizo un gesto de disculpa, como periodista a veces se olvidaba que las noticias afectaban a personas reales, que eran mucho más que un titular en el periódico

—Tienes razón, los periodistas somos así, nos excita tanto la noticia, que no

somos conscientes de sus consecuencias —dijo David más serio. —¿Para cuándo saldrá el libro? —preguntó Mathieu cambiando de tema.

—Con lo que está sucediendo espero tenerlo en un par de meses. Mi jefe me ha ordenado que me centre en el tema de la desaparición de libros. Eso no me dejará mucho tiempo para escribir —dijo David frustrado. —¿Ya has terminado la investigación? —Tengo que ir a la sede de GoodLife, es lo último que me queda. Bueno y leer lo que me has traído. Mathieu le miró inquieto. Después le pasó discretamente un *pendrive*.

—Quería traerlo en papel, pero por razones obvias no lo he hecho. —Estupendo. David miró el pequeño artilugio antes de guardarlo en el bolsillo. En ese momento un tipo negro se acercó a la mesa y echó sobre el Mathieu un gran vaso de Coca Cola. Mathieu le miró enfadado, pero el gigante se disculpó y después se alejó de ellos. El hombre tomó varias servilletas, pero al final se puso en pie.

—Tengo que ir al baño —dijo Mathieu incómodo. —Ve tranquilo. Mientras, miraré el archivo en el iPad. Mathieu se fue al baño, se aproximó al wáter y sintió una repentina arcada. Agachó la cabeza y no pudo resistir el vómito que inundó su garganta y se desparramó por todo el suelo.

—Mierda —dijo al observar que mezclado con los restos de comida había una cantidad considerable de sangre. Una segunda arcada le hizo volver a vomitar, esta vez sangre ennegrecida. A partir de ese momento ya no pudo parar. Se dirigió fuera del baño soltando sangre por la boca, después salió al pasillo del centro comercial con la ropa empapada y las piernas temblorosas. Tenía mucho frío y se sentía paralizado por el terror. Se acercó hasta la mesa de David. La gente comenzó a dejar las mesas cercanas.

—David, llama a un médico —dijo con el rostro desencajado. El joven le miró sorprendido. La cara de Mathieu estaba pálida como una hoja de papel, sus ojos negros parecían salirse de las cuencas y su boca era una fuente de la que manaba un líquido sanguinolento. Apretó el iPad y llamó a emergencias justo cuando Mathieu se desplomaba sobre la mesa.



**Día 1, 8:00 PM.**  
**Comisaría del Sheriff,**  
**Palo Alto, California.**

La celda era confortable y estaba muy limpia. Nunca había estado dentro de una, aunque había visitado muchas debido a su trabajo. Llevaba allí más de dos horas, pero si su novia Carmen Salinas no venía pronto tendría que dormir en la comisaría.

—David, lo siento, pero sabes que la ley es la misma para todos —dijo el comisario Lee abriendo la puerta de la celda. —Jefe Lee, entiendo la situación, pero simplemente estaba tomando una Coca Cola con Mathieu Gates, no creo que eso sea ilegal en California —bromeó David. —No te creas, puede que dentro de poco si lo sea —dijo el obeso policía. Le llevó hasta su despacho y le invitó a sentarse. David observó la impecable habitación. El jefe Lee era un maniático de la limpieza y el orden.

—¿Puedes contarme de nuevo cómo sucedió todo? David le volvió a narrar la cita, el libro que estaba escribiendo y la horrorosa muerte del ingeniero informático.

—No me encaja. ¿Nadie se acercó?

—Mientras estuvimos solos no —dijo David. —¿Qué extraño! —dijo el jefe Lee. —¿Sabes qué le mató? —Todavía no han llegado los resultados de los análisis ni de la autopsia, tendremos que esperar hasta mañana. —¿Cuándo podré irme? —Tu novia está ahí fuera. Tienes suerte de tener una chica tan guapa que se preocupe por ti —bromeó Lee. —No lo dude jefe Lee, es la chica más guapa de todo San Francisco. Lee le acercó una pantalla y el joven estampó su firma sobre ella. El sheriff le devolvió las llaves, la cartera, un bolígrafo y un encendedor.

—¿Qué pasa con mi iPad y el *pendrive*? —preguntó el periodista nervioso. —Nos los quedaremos un par de días. Espero que no tengas nada ilegal hay dentro. —¿No puede quedarse con ellos! Son mi herramienta de trabajo. —Son las normas David, el ordenador y el *pendrive* guardan relación con el muerto. —Haga una copia de los archivos y deje que me lleve el aparato. El jefe Lee hizo un gesto con la mano e invitó a David a abandonar la sala. Carmen Salinas estaba detrás del mostrador, vestía un ligero traje de algodón estampado con flores. Llevaba el pelo negro y rizado recogido en un moño y un bolso negro a juego con los zapatos de tacón de aguja.

—Hola cariño —dijo la mujer besando al joven. David la tomó por la cintura y la besó en los labios. Cada vez que la veía recordaba porqué estaba con ella, era la mujer más guapa del Valle.

—Adiós David, dentro de dos días podrás pasarte a recoger todo esto, a no ser que el juez te cite a declarar antes —dijo el jefe Lee dándole la mano, después se dirigió a la mujer y con una amplia sonrisa debajo de su bigote canoso, comentó—,

un placer conocerla. La pareja salió de la comisaría y David se resintió por la fuerte luz exterior.

—¿Has perdido de nuevo las gafas? —preguntó Carmen. —Las gafas es lo que menos me preocupa ahora. En mi ordenador tenía todos los apuntes del libro y la información para el artículo, ¿cómo voy a escribir una exclusiva sin datos? —refunfuñó David. —¿Desde cuándo eso es un obstáculo para un periodista? —dijo Carmen con una sonrisa. Ella trabajaba en el gabinete de prensa del Partido Demócrata en San Francisco. Mentir era su oficio, un trabajo muy rentable en el que se conseguían buenos contactos. ¿Para qué ceñirse a la verdad, si la mentira era tan rentable? —Tenemos que ir a una tienda y comprar otro maldito ordenador —dijo David impaciente. —¿Te vas a gastar 500 dólares por no esperar un día? —¿Crees que voy a estar un día sin conectarme? Todo el maldito papel del mundo está desapareciendo, ¿dónde voy a escribir? —Será mejor que yo piense por ti, cariño. En la tienda de Apple puedes alquilar un iPad por horas —dijo abriendo el coche con el mando a distancia. —Pues vamos, no puedo perder ni un minuto más —dijo David metiendo prisa. Empezaba a anochecer cuando salieron de la comisaría. El mundo había cambiado radicalmente en unas horas, pero a su alrededor todo seguía como si nada.

**Día 1, 10:00 PM.**  
**Sede de GoodLife Mountain View,**  
**Santa Clara, California.**

Los edificios iluminados del complejo parecían más un parque de atracciones que el conjunto de construcciones empresariales más caras del mundo. La sede principal tenía la forma del castillo de Disney World, pero los otros edificios no eran menos originales: un gran lego, una reproducción de la nave imperial de la Guerra de la Galaxias y la sede del ordenador central, una alta torre repleta de ventanas que imitaba a la torre de Pisa.

Irina Koslov miró impaciente el reloj de la pared de su despacho, su socia Alicia Child no llegaba y la impuntualidad era algo inadmisibile para ella. Llevaban una década trabajando juntas, eran las únicas mujeres fundadoras de una gran empresa de informática, mejor dicho, de la mayor empresa informática del mundo. GoodLife había nacido como una modesta compañía que ofertaba su motor de búsqueda, sin apenas costes, algo muy simple y rentable, pero a lo que nadie había prestado atención al principio. ¿De qué servía tener toda la información del mundo al alcance de la mano si no eras capaz de encontrarla rápidamente? En los últimos cinco años se habían dedicado a desarrollar muchos otros proyectos, algunos de ellos en colaboración con el gobierno, pero el que les había hecho inmensamente ricas y famosas era su motor de búsqueda. El nacimiento de la idea había sido muy sencillo, como la mayor parte de los proyectos de empresas informáticas en *Silicon Valley*. Un par de amigos que se centran en un objetivo y comienzan en su propia casa. Podía parecer tópico, pero a Irina y Alicia les había sucedido lo mismo. Tal vez, una de las diferencias más notables fuera que eran mujeres en un mundo casi exclusivamente de hombres.

Todo había comenzado a finales de los años noventa, por un proyecto de carrera en el que Alicia se encontraba envuelta. La joven estudiante le pidió ayuda a una compañera de clase llamada Irina que era experta en cálculos matemáticos y las dos juntas terminaron creando GoodLife.

Alicia se había dado cuenta de que los motores de búsqueda eran muy lentos e ineficaces, pero a nadie le parecía importar demasiado.

Alta Vista, uno de los buscadores más importantes a finales de los noventa, había sido su modelo inicial. El buscador Alta Vista, a diferencia de los otros sistemas, utilizaba los enlaces para encontrar resultados. La gente pinchaba los enlaces e iba directamente a la información que buscaba. Aun así el sistema era lento e inexacto. Alicia creía que lo podía mejorar, pero la idea más loca de la joven estudiante era la que compartió con su tutor una calurosa tarde de verano: quería bajarse todo Internet

para poder ordenarlo y clasificarlo.

Las ideas de Alicia parecían demasiado alocadas. Eso pensaron al principio los inversores, sus profesores y hasta Irina, pero si la joven estudiante conseguía tener todos los enlaces y ordenarlos satisfactoriamente, aceleraría el tiempo y la eficacia de la búsqueda. Para ello tenía que separar los enlaces verdaderamente importantes, por su autoridad o contenido, de los que lo eran menos. Eso haría que la gente llegara a la información de forma rápida y eficaz.

Ahora, apenas un par de décadas más tarde, Alicia e Irina tenían en sus manos la misión de proteger todo el conocimiento del mundo y su amiga se retrasaba.

Cuando Alicia cruzó la entrada del gigantesco despacho que compartían las dos amigas, observó el gesto severo de Irina.

—¿Dónde estabas? Nos ha llamado el Presidente de los Estados Unidos y he tenido que decirle que llamara más tarde —refunfuñó Irina. —¿De veras? ¿No te parece increíble? —preguntó Alicia exultante. Sin duda las últimas horas habían estimulado su mente. La idea de crear una inmensa biblioteca digital era ahora mucho más que un sueño. —No podemos perder mucho tiempo. El gobierno ha aceptado nuestra ayuda, tenemos apenas un mes para digitalizar todo o por lo menos lo más importante —dijo Irina. —No es tan complicado, tenemos un 25% ya escaneado, el resto puede hacerse, en un mes estará el trabajo hecho —dijo Alicia. —Lo que no sabes es que he estado toda la tarde hablando con la Unión Europea, China, Japón, Corea del Sur y media docena de países más. Imagino que en los próximos días otros muchos se unirán a la fiesta. ¿Me puedes explicar cómo vamos a escanear la información del ochenta por ciento del papel del mundo? —dijo Irina. —¿Todos a la vez? No sabía nada —preguntó Alicia sorprendida. —Sí, al parecer el fenómeno es global. No sé dónde te metes, ¿es que no has visto las noticias? Nuestros sistemas de digitalización en Europa no son muy buenos y en el resto del mundo tampoco —dijo Irina. —No te preocupes, como siempre lo tenía todo previsto. Hace un par de meses reforcé todos los departamentos de digitalización. Además al final compré las nuevas máquinas japonesas, ya sabes la del sistema de Ishikawa que utiliza el mismo principio que las antiguas, pero con una sola cámara de alta velocidad en lugar de las 2 cámaras empleadas en el sistema tradicional. Se pueden escanear 200 páginas por minuto. —Pero eso es mucho dinero —dijo Irina. Su amiga no reparaba en gastos, creía que el dinero fuera infinito o por lo menos actuaba como si no le preocupara lo más mínimo. —Podemos permitirnoslo, los gobiernos nos pagarán a precio de oro la digitalización y además toda esa información estará guardada por GoodLife. —¿Y los otros sistemas digitalizadores? —preguntó Irina. —Bueno, hay muchos países como Francia que han utilizado su propio sistema hasta ahora, pero ya están advertidos de los agujeros de seguridad que tienen. Al final atenderán a razones por muy nacionalistas que sean. Los países cada vez tienen menos independencia, todo está

intercomunicado, el que controla la comunicación es el que mueve los hilos —dijo Alicia. —Nosotras creamos GoodLife para ayudar a la gente —dijo Irina. —Justo es eso lo que vamos a hacer, esta es la oportunidad más grande de la historia. Con nuestro programa de digitalización, la biblioteca Alejandría Digital y el proyecto de inteligencia artificial Babel Fish, la humanidad tendrá la herramienta más poderosa de la tierra —dijo Alicia emocionada. Después empezaron a escribir correos electrónicos a sus colaboradores en todo el mundo. Al día siguiente tenía que comenzar la obra más colosal de la historia: digitalizar toda la Historia de la Humanidad.

Día 1, 11:45 PM.  
330 Drumm St,  
San Francisco, California.

Carmen descansaba sobre el hombro de David con la vista perdida en el horizonte. Habían cenado y su novio por una vez en mucho tiempo, se había recostado en la cama sin mirar su ordenador, disfrutando de las estrellas. David tenía un verdadero problema de adicción a las nuevas tecnologías, necesitaba estar conectado las veinticuatro horas del día. Él decía que era por su trabajo, pero Carmen sabía que era una forma de evadirse de sus propios problemas y dudas. Al fin y al cabo, todo el mundo busca sustitutos para llenar el vacío existencial: el trabajo, algún entretenimiento o cualquier tipo de drogas que aliviara un poco la ansiedad de un mundo que se mueve demasiado deprisa.

—¿Por qué tenías que ver a Mathieu? —preguntó Carmen inquieta. Sabía que el periodismo de investigación podía ser peligroso. El fundador de Wikileaks era un ejemplo claro de lo que podía suceder si te convertían en enemigo de los poderes fácticos. —Ya te lo comenté, cariño. Estoy liado con el libro sobre programas de búsqueda, la digitalización y el mundo virtual. Encima ahora ha estallado todo con el problema de la desaparición de los libros de papel. Si saco el libro en menos de un mes será un éxito, pero no creo que pueda. No tengo mis datos y debo dar prioridad al artículo. Cuando escriba el libro, terminaran nuestras penurias económicas y podremos vivir en una de esas casas del otro lado de la bahía. —Yo no necesito vivir en otro sitio —dijo Carmen. Ella era ambiciosa, pero quería disfrutar de cada etapa de la vida. También tenía su encanto tomar un hot dog, mientras el sol se ponía sobre el océano. —No es cuestión de necesidad, pero estoy harto de toda esta mierda. No podemos viajar, me paso el día trabajando por un sueldo miserable y cada vez que miro un libro tengo que pensármelo antes de comprarlo —dijo David. Había abandonado su pueblo con el sueño de ser escritor, por eso no soportaba la idea de dedicar el resto de su vida a redactar artículos para un periódico de tercera.

—Creo que eso será ahora tu menor problema. Dentro de poco todos esos centenares de libros que atesoras serán poco menos que polvo —dijo Carmen irónicamente. No quería ser cruel, pero su novio pasaba más tiempo leyendo que hablando con ella. Sin duda no podía competir con todos esos malditos novelistas y escritores. David miró a las estanterías y sintió un nudo en la garganta. Aquella biblioteca era uno de sus bienes más preciados. Llevaba años comprando versiones baratas de los clásicos o el último best seller lo suficientemente interesante para atraerle.

—Le pediré a GoodLife que me digitalice la biblioteca y después le pagaré un

dólar cada vez que intente releer de nuevo uno de mis propios libros —ironizó David. —¿Por qué les tienes tantas ganas? ¿Porque son mujeres? Invierten millones de dólares en causas benéficas, es la empresa que más apoya nuevos valores, son los más baratos y casi el 50% de los productos que ofrecen son gratuitos y universales. —Lo que no cuentan es su política de quedarse con lo que no es suyo. Han digitalizado millones de libros sin permiso y sin respetar los derechos de autor, guardan toda la información de cada usuario en sus ordenadores, las famosas *cookies* se almacenan durante años, esas malditas ratas se meten en las tripas de nuestros ordenadores para controlarnos y saber nuestros deseos más ocultos —dijo David enfadado. —Ya han dicho oficialmente que esos datos únicamente se guardan dos años y después son destruidos —dijo Carmen. —¿Por qué creerles? También dijeron que nunca permitirían la censura y colaboran con China y otros países para controlar los contenidos —dijo David. —Eso lo hacen todos, no solo GoodLife —comentó Carmen. —Ya, pero el resto no van de salvadores del mundo ni tienen en su lema «*se puede hacer negocios sin usar malas artes*». —Simplemente lo intentan, David, son mujeres en un mundo de hombres —dijo Carmen sacando su vena feminista, algo que odiaba David. —Pues que se comporten como las otras grandes empresas de informática, pero que no intenten convencernos de que nos están haciendo un favor —dijo David. —Eres el único hombre en el mundo que piensa así —dijo Carmen. David sonrió. Era capaz de enfadarse en una conversación y olvidarlo todo en un segundo. A Carmen le gustaba que un maldito anglosajón tuviera tanta sangre en las venas, tal vez era eso lo que le había enamorado de David.

—¿Te importa si enciendo la televisión? —Preguntó David apretando el mando a distancia. —No —dijo Carmen. Aquella no era la idea que tenía de la velada, pero después de varios meses de relación, las cosas comenzaban a acomodarse. Tal vez eso formaba parte de la cotidianidad, pero ella temía que su novio huyera en cuanto oliera el compromiso y la responsabilidad que conlleva una relación a largo plazo. La pantalla plana iluminó la habitación. Un rótulo en el lado izquierdo ponía «Última Hora» mientras el presentador leía directamente de su ordenador.

—Nueva alarma mundial. Al parecer un virus informático está destruyendo bibliotecas digitalizadas en Europa y Asia. Se cree que el virus vacía las letras escaneadas dejando en su lugar hojas en blanco. Un grupo denominado *Comando Anti globalización* ha reivindicado los dos hechos, la destrucción del papel y la del virus informático que destruye los libros digitales. Según varios expertos esto podría significar el fin del mundo tal y como lo hemos conocido. Toda la cultura del hombre está en peligro. Seguiremos informando, ahora el tiempo en la Costa Oeste.

Día 2, 00:45 AM.  
Sede del DNI,  
Washington DC, Virginia.

El director de Inteligencia Nacional observó los datos y se quedó horrorizado. En apenas unas horas bibliotecas digitalizadas enteras estaban desapareciendo. La situación con los libros de papel no era mucho más halagüeña, apenas habían pasado 24 horas y decenas de miles de libros y manuscritos irremplazables se habían evaporado para siempre.

—Al menos ahora sabemos contra quién nos enfrentamos —dijo el director adjunto. Los ojos fríos del director se hincaron en la cara gruesa de su ayudante.

—No sea usted ingenuo, Mark. ¿De veras cree que algo así lo pueden hacer un grupo de activistas antisistema? Esto es mucho más gordo... Irán o Rusia, tal vez Corea del Norte. Mark no era un ingenuo, tenía varios doctorados y había estudiado en Harvard, pero conocía el poder y la astucia de algunos grupos, que aunque parecieran inofensivos, su fanatismo podía llevarles a causar un gran daño.

—¿Irán o Rusia? —dijo el director adjunto sorprendido. —Sí, unos por venganza y otros para recuperar la hegemonía mundial. Ya sabe que en los últimos años Rusia ha comenzado a firmar tratados con muchos gobiernos de Sudamérica, les vende armas a cambio de petróleo y otras materias primas. —Pero ¿qué querría conseguir destruyendo todo el papel y los archivos del mundo? —preguntó Mark. No le gustaban las respuestas facilonas del departamento. A veces unas simples suposiciones habían conseguido provocar una guerra. —Naturalmente hundir a Estados Unidos y a la bolsa. Estamos al borde del caos, Wall Street cerró esta mañana ante el temor de un desplome generalizado. No hemos salido de una crisis y ya estamos en otra mucho más profunda y peligrosa —dijo. —¿Y los chinos? —preguntó el adjunto. —Es otra posibilidad, pero si nosotros nos hundimos ellos también, occidente es su principal comprador —dijo el director. —Cabe la posibilidad de que sean terroristas —dijo el adjunto. —Nunca han coordinado un ataque a nivel planetario. —Bueno, el ataque informático y el otro pudieron empezar en un punto en concreto y extenderse por el resto del planeta —dijo Mark. —Será mejor que dejemos de especular. El agente Haddon tiene que coordinar al equipo que investigue el ataque informático y procurar que se neutralice en la red. —Por ahora hemos conseguido pararlo en parte en los Estados Unidos, pero no sabemos por cuánto tiempo —dijo Mark. Se sentía orgulloso de sus hombres. Eran apenas un puñado de informáticos, pero de ellos dependía la estabilidad del sistema. —Genial, el otro asunto de los libros no lo llevamos nosotros. Están investigando la causa de la desaparición del papel. Daremos recursos ilimitados y prioridad máxima a este



asunto. Todo lo demás queda aparcado hasta que paremos totalmente el ataque, ¿entendido? —Dijo el director. —Sí, señor —contestó Mark con desgana. No entendía por qué su jefe estaba al mando del departamento si apenas sabía mandar un correo electrónico, la anterior generación era completamente analfabeta a nivel tecnológico y lo peor, era que se enorgullecía de ello. —Pues manos a la obra. Hay que detener el caos antes de que se extienda más. Mark dejó la sala de reuniones con la sensación que el optimismo de sus jefes era igualmente inútil que alarmismo de los medios de comunicación. Nadie era consciente de lo cerca que estaba el mundo de volver a la Edad Media en uno días, pero en eso consistía su trabajo, en intentar que todo siguiera tal y como estaba antes de la crisis.

Día 2, 07:00 AM.  
330 Drumm St,  
San Francisco, California.

David Portier desayunó viendo las noticias. No había nuevas informaciones, la confusión parecía reinar en todo el mundo. Miró su iPad de alquiler e intentó centrarse en lo que tenía que hacer a lo largo del día. Primero recuperar sus pertenencias en la comisaría y después salir corriendo al *San Francisco Chronicle*. Era domingo pero su jefe había convocado a todos los redactores para cubrir la nueva noticia. El periódico, por primera vez en su historia, no saldría en formato papel, lo haría únicamente en digital y ahora todos los viejos tiburones nadaban juntos en el mismo charco. David temía que alguna de las estrellas del periódico ocupara su puesto en la versión digital, pero sabía que si recuperaba el *pendrive* tendría suficiente material, para convencer a su jefe de que él era el hombre indicado, por su conocimiento en el tema.

Se peinó el pelo fino, rubio y ondulado. Se lavó la cara y observó sus mejillas rosadas, todavía podían verse las cicatrices que le había dejado el acné. No era guapo, su cuerpo desgarrado, su piel lechosa y sus ojos pequeños y hundidos, más bien le afeaban, pero tenía cara de niño y eso atraía mucho a las mujeres.

Tomó el autobús, se negaba a comprar un coche, era la última rebeldía estudiantil que le quedaba, y se dirigió a la sede del periódico. En veinte minutos estaba en la octava planta del edificio, sentado entre todos los veteranos del rotativo.

John Vise, el redactor jefe, estaba sentado en la mesa junto a Paul Malseed, el director general. David nunca había visto a Malseed, el viejo zorro del periodismo se pasaba el día de un lado para el otro intentando aumentar el poder del periódico en la ciudad. Había periodistas que escribían la historia al filo de un canapé o una copa de champagne.

—Hoy es un día triste para el *Chronicle*, no saldrá nuestra edición en papel —dijo John Vise. Su rostro reflejaba verdadera pena. El redactor jefe era uno de los dinosaurios que se había resistido a creer que el final de los medios en papel ya estaba escrito. Un murmullo recorrió la sala repleta de redactores. Los más mayores parecían realmente preocupados.

—Sabíamos que era el futuro, pero nunca creímos que llegara tan pronto —dijo John Vise. David miró la sala de reuniones y el resto de la redacción. No había ni un solo papel en todo el edificio. Las ciudades eran las más afectadas por la desaparición de documentos y libros. Los Ángeles, Boston, Dallas, Chicago, Nueva York y Washington prácticamente habían visto como desaparecía el 80% del papel. Algunos archivos habían conseguido mantener los documentos más importantes a salvo, pero

no sabían por cuánto tiempo.

—Nos centraremos en esta noticia, Paul y Justine se dedicarán a investigar la desaparición del papel, ya sabéis: hablar con expertos y todo eso. Tom y Sara se encargarán del grupo que ha reivindicado el atentado y Peter de los libros digitales. David se levantó de la silla enfurecido, pero intentó calmarse antes de hablar.

—John, llevé dos meses investigando sobre los libros digitales, tengo información privilegiada y ahora me quitas del asunto. —Según tengo entendido esa información es para tu libro, simplemente hablamos de que hicieras un artículo cuando tuvieras terminado el libro, pero era para promocionarlo —dijo John muy serio. —Ayer vi como mi confidente moría, he pasado varias horas en comisaría y aquí —dijo levantando el minúsculo *pendrive*—, puede estar la clave. Paul Malseed miró con interés a David, después habló al oído a John.

—Se suspende la reunión por ahora —dijo John. Todos se dirigieron a la puerta acristalada, pero cuando pasó David, Paul Malseed puso la mano sobre su hombro.

—Tu no, hijo. Cerraron la puerta y se sentaron. Permanecieron unos segundos en silencio hasta que en el rostro arrugado de Paul Malseed se mostró una sonrisa.

—Algo me ha contado John de tu incidente en Palo Alto, pero no sabía que al final recuperaras nada. —Bueno, este no es el *pendrive*, pero después de la reunión voy a ir a por él a la comisaría. Imagino que ya lo habrán examinado. —Mal asunto, hijo. Si hay algo en ese dichoso aparato la policía no te lo devolverá. —¿Usted cree? —Puedes apostar tu cuello —dijo Paul Malseed.

—Espero que no sea así, toda mi historia se centra en eso —dijo David desanimado. —¿Por qué viste a ese ingeniero informático? —preguntó John. —Fue todo una casualidad, su novia y la mía son amigas, cuando se enteraron que estaba investigando sobre la digitalización, los derechos de autor y la creación de una biblioteca universal nos pusieron en contacto. Nos íbamos a ver ayer, pero el tipo parecía un poco paranoico, me comentó que prefería vernos lejos de Mountain View, donde está la sede de su empresa. —¿De qué crees que se trata? —preguntó Paul Malseed. —Puede que sea una tontería, pero opino que quería hablarme de una serie de contratos fraudulentos entre sus empresa y agencias del gobierno para la digitalización de documentos —dijo David. —No parece muy jugoso —dijo John escéptico. —El problema es que esos contratos han creado una dependencia excesiva del estado en una sola empresa —dijo David. —¿Qué empresa? —preguntó Paul Malseed impaciente. —GoodLife, la misma que ahora va a digitalizar los papeles, libros y documentos de Estados Unidos.

**Día 2, 12:05 PM.  
Sede Vaticana,  
Roma, Italia.**

El bibliotecario principal Luigi Cervini se acercó con pasos sigilosos hasta las cámaras de la biblioteca. Sus libros estaban protegidos de la humedad, los cambios de temperatura y las polillas, pero ahora esa maldita cosa les amenazaba. Se acercó a una de las salas de cristal, apretó el botón, espero a que la puerta se abriera y después comprobó los daños. La sala 1, 5, 7 estaban contaminadas y el 40 por ciento de los libros había desaparecido, afortunadamente casi todos estaban escaneados, pero el temor del bibliotecario era ahora el ataque informático. El legado de siglos podía desaparecer en cuestión de minutos.

Sus 75 000 códices eran el fruto de más de quinientos años de cuidados y adquisiciones. El papa Nicolás V había formado la biblioteca como una garantía de que el conocimiento de la humanidad nunca más sería destruido, pero de nuevo una amenaza se cernía sobre la Biblioteca. El archivo secreto tampoco se salvaba de esta apocalíptica plaga.

Luigi Cervini ojeó el códice y después lo dejó de nuevo en el estante, después miró el reloj. En media hora tenía que ver al Papa, el asunto era de prioridad máxima y sólo había una solución.

El bibliotecario subió hasta el hermoso salón de la Biblioteca Sextina. Allí la extraña enfermedad de los libros había vaciado las estanterías. Después se dirigió al despacho del Sumo Pontífice y esperó junto al archivero. Apenas cruzaron palabra, como si estuvieran demasiado preocupados para comentar el tiempo de la ciudad o las últimas técnicas de conservación de manuscritos.

Luigi Cervini amaba profundamente a los libros, creía en ellos más que en Dios. Eran la única forma fiable de transmitir conocimiento, pero ¿Qué pasaría si desaparecían? Toda su vida perdería sentido de repente.

Cuando Luigi estuvo delante del Santo Padre se echó a sus pies y con un tono de voz desesperado le dijo:

—Salve la biblioteca, Santo Padre. Sin ella la Iglesia está perdida.

Día 2, 1:15 PM.  
Comisaría del Sheriff,  
Palo Alto, California.

Era agradable caminar desde la parada del autobús hasta la comisaría, pero su novia Carmen se empeñó en acompañarle después de almorzar. David no quería involucrarla demasiado, había visto morir al ingeniero y prefería mantenerla al margen, no sabía de qué eran capaces los que habían matado al ingeniero informático, pero su novia era demasiado testaruda, precisamente aquella era una de las cosas que más le gustaba de ella. Otra cosa era tener que cargar con el resto de su familia. Los latinos daban mucha importancia a la familia, algo que él no soportaba. Entraron a la comisaría y preguntaron por el sheriff. Una ayudante negra enorme les pidió que esperaran en una salita. Un par de minutos más tarde el comisario apareció en el umbral, se atusó el bigote rubio y después de saludar amablemente a Carmen miró directamente a David.

—Nos has tomado el pelo, no hemos encontrado nada en ese maldito *pendrive* —dijo dándole el minúsculo aparato. David lo observó sorprendido. Era imposible que aquel ingeniero arriesgara su vida por nada.

—Tienes que ir hoy sin falta al hospital —dijo el Sheriff. —¿Por qué? —pregunto David extrañado.

—Han encontrado Polonio 210 en el cadáver, puedes tener radiactividad —dijo el Sheriff. —¿Qué? ¿Está de broma? —Me temo que no, hijo. La autopsia ha revelado que el ingeniero murió por un síndrome de radiación aguda. —¿Un síndrome de radiación aguda? —preguntó David sorprendido. —Sí, el forense cree que el ingeniero estuvo expuesto a la radiación o que le suministraron comida radiactiva en varias dosis, la última en el centro comercial. —Pero únicamente bebió una Coca Cola. —Tenía restos por toda la ropa —dijo el Sheriff. David se quedó pensativo. Después frunció los labios como si fuera a decir algo, pero se calló.

—Tienes cita con el doctor Black en el *Adventist Health*. Es algo muy serio, podrías morir —dijo el Sheriff al ver el rostro de escepticismo del joven. —Un tipo arrojó una bebida sobre el hombre, justo antes de que se fuera al baño y empeorara —dijo David. —Puede tratarse de una pista. ¿Cómo era el individuo? —Muy alto y fuerte, negro y llevaba una barba cerrada y algo canosa, debía tener unos cuarenta y cinco años. —Intentaremos buscar alguien parecido en la base de datos, seguramente alguna cámara grabó el choque —dijo el Sheriff. David salió del despacho y observó a Carmen, estaba hablando por el móvil. Dudó un instante en contarle lo que había sucedido y que tenía que hacerse unas pruebas en el hospital, pero al final se lo dijo.

—¿Qué? —preguntó sorprendida. Se abrazó a él y comenzó a llorar.

—No será nada importante, mi exposición a la radiación debió ser mínima —dijo David, abrazándola. —Sabes que te quiero, ¿verdad? —dijo Carmen mirando con sus grandes ojos marrones a David. Él se sintió más incómodo que aliviado por aquella declaración. No deseaba atarse a nada ni a nadie. Pasar los próximos cuarenta años como sus padres, viviendo una vida corriente en una pequeña casa a las afueras de la ciudad. —Sí, Carmen, pero no te preocupes, no moriré de esto —dijo David. Se sentía asustado. Hasta ese momento la muerte era una nebulosa que terminaba por tragarse todo, pero no a él. Desde el fallecimiento de sus abuelos maternos, prácticamente no había pensado en su propia muerte. Los dos caminaron hacia la salida. Justo al atravesar el *parking*, Carmen se acordó de algo.

—He hablado con Susan Brul, la novia de Mathieu Gates —dijo la joven secándose las lágrimas. —¿Qué tal está? —Desolada, todavía no se hace a la idea. Ya tenían todo para casarse en el verano. ¿Te imaginas? El vestido, los invitados y el restaurante, ahora tiene que anularlo todo. —Es una desgracia —comentó David sentándose en el asiento del copiloto. —Me ha comentado que querría verte. No sabe en lo que estaba Mathieu, cada uno trabaja en una sección distinta en GoodLife, pero quiere hablar contigo. Parecía muy alterada, he quedado con ella en tu apartamento a las 9 de la noche. —Dame el teléfono, es preferible que la vea en otro sitio —dijo David.

—Te lo envió en un mensaje. ¿Dónde piensas que es mejor que la veamos? —No Carmen, esto puede ser peligroso, es mejor que te quedes al margen. La mujer frunció el ceño. Su novio siempre intentaba mantenerla al margen. Después envió un mensaje al iPhone de David con el número.

—No te preocupes. Tendré cuidado —dijo David cuando el coche se puso en marcha.

Día 2, 1:15 PM.

Sede de GoodLife Mountain View,  
Santa Clara, California.

Alicia colgó el teléfono emocionada. Había hablado con el bibliotecario del Papa. No era católica, sus padres eran unos judíos de Detroit que habían llegado a San Francisco con la idea de montar un negocio de antigüedades, aunque finalmente habían instalado una de las primeras tiendas de informática de la ciudad. Liberales, inteligentes y muy atractivos, habían encajado a la perfección entre las clases altas de California. Eran los suministradores oficiales de ordenadores de varias universidades, entre ellas la Universidad de Stanford, donde ella había estudiado y se había sacado el doctorado en ingeniería informática. A sus treinta años era una de las mujeres más importantes en el mundillo informático, junto a su amiga y socia Irina.

Alicia era una amante de los libros, una loba solitaria que prefería sentarse en su mullido sillón de su apartamento con vistas al mar y leer hasta quedarse dormida. Los hombres eran algo secundario en su vida, una necesidad que cubrir de vez en cuando, el único ser que había en su apacible vida era su gato Max.

—He hablado con el padre Luigi Cervini, el bibliotecario del Papa. Quiere que escaneemos y guardemos los libros y archivos vaticanos —dijo Alicia exultante. — Eso supondrá un dineral. Creo que te has vuelto loca, no podemos asumir ese nivel de costes. El dinero no es infinito —dijo Irina irritada. —Hoy ha vuelto a abrir la bolsa y ¿sabes cuál es la empresa que más sube mientras el resto se hunden? Exacto, la nuestra. Enviaremos un equipo especial hoy mismo. No importa el coste actual, dentro de un mes nos tendrán que dar más de 100 billones de dólares para cubrir los gastos generales. Seremos la empresa informática más poderosa de la tierra —dijo Alicia. —Eso si no nos jode ese virus que anda por ahí —dijo Irina. —Nuestro sistema es el más seguro del planeta. Hasta ahora ninguno de nuestros ordenadores ha sufrido daños. Un zumbido casi imperceptible se escuchaba en la sala de al lado. Allí se encontraba una de las bibliotecas más grandes del mundo, pero apenas ocupaba uno mil metros cuadrados. En los últimos años habían escaneado millones de ejemplares de la mayoría de las universidades del mundo, pero hasta ahora muchos gobiernos y bibliotecas nacionales se habían resistido a dejar sus libros, papeles y manuscritos en las manos de GoodLife. Aunque en las últimas veinticuatro horas las cosas habían cambiado radicalmente.

—Tu idea de crear una nueva Biblioteca de Alejandría me parece estupenda, pero estamos descuidando el programa Babel Fish de inteligencia artificial. Ese es el futuro, un gran educador virtual, que permita el acceso de toda la gente a la educación de una manera gratuita, barata y rápida —dijo Irina. —Imagina el potencial de los

dos programas juntos. Todo el conocimiento en manos de todos y de manera libre — dijo Alicia emocionada. Irina sonrió. Su socia estaba completamente loca, pero eso era lo que más le gustaba de ella. Cuando la vio entrar a su clase en Stanford pensó que era una modelo escapada de una revista de moda, nada que ver con los frikis de la facultad. Irina, en cambio, llevaba unas gruesas gafas, ropa de segunda mano y no se había pintado los labios en la vida. Sus padres, de origen ucraniano, eran la austeridad personificada. Una pareja extremadamente religiosa, que habían sufrido persecución durante la era comunista y que en los años noventa habían viajado a Estados Unidos, con la esperanza de un futuro mejor. Después de dar algunos tumbos por medio país se habían instalado en San Francisco, a la que consideraban la nueva Gomorra, pero un buen sitio para prosperar. Lo que sucediera alrededor no les afectaba, ellos vivían en su pequeña tienda de alimentación y no tenían más vida social que la de la Iglesia Ortodoxa del barrio. Irina no compartía su fe, pero había heredado su austeridad, poca preocupación por lo material y su obsesión por mejorar el mundo.

—Enviaremos un equipo al Vaticano, pero que el Papa pague el doble —bromeó Irina—, tiene demasiado dinero como para que se lo hagamos gratis. Las dos mujeres se rieron. Llevaban diez años en la cima del mundo informático, pero aquella tarde estaban a punto de traspasar la estratosfera.



Día 2, 2:15 PM.  
Sede de James Editors 424,  
Pacific Ave, San Francisco.

El sueño de todo escritor es tener un editor como Frank. Un tipo honesto, sincero y dispuesto a decir siempre la verdad, aunque a veces también era demasiado directo. David había conocido ya a otros editores, si terminaba su nuevo libro sería el tercero en salir publicado, pero desde que había llegado a *James Editors*, sentía que había dado con alguien que creía en su potencial y que apostaría por él hasta verlo triunfar.

David entró en el edificio y subió a pie las tres plantas. El ascensor no era muy seguro, una vieja reliquia de principios del siglo xx, pero le gustaba la zona. Era tranquila y algo decadente, la antítesis de la sede de su periódico. En cierto sentido los dos sitios representaban su propia esquizofrenia creativa.

Escribir libros y redactar artículos tenían poco que ver, aunque hubiera muchos periodistas que se atreviesen a cruzar la frontera. Un neófito podría pensar lo contrario, pero mientras que lo primero era una tarea solitaria y ardua, ingrata y mal pagada, lo segundo era un trabajo rápido, sencillo y mucho más estimulante, pero David quería ser escritor.

Llamó al despacho de Frank y esperó respuesta. Frank se levantó y le abrió la puerta con la energía que le caracterizaba. Aquel alemán era un tipo alto, delgado, de ojos grandes y negros, su pelo azabache contrastaba con su cara pálida de rasgos femeninos. David creía que pertenecía a alguna de las familias judías que salieron de Alemania justo antes de que Hitler comenzara a hacer su particular escabechina, pero nunca habían hablado sobre el tema.

—Querido, David, ya es hora que des señales de vida. Llevó llamándote desde hace dos días. —He tenido el teléfono retenido —dijo David muy serio. —¿Retenido? —Exacto, por gentileza de la policía de Palo Alto —dijo David sentándose en la cómoda butaca. —¿La policía? —Sí. ¿Qué tal todo por aquí? —preguntó David cambiando de tema. Frank ensombreció la mirada y muy serio le dio la vuelta al monitor de su Mac.

—Mira lo que queda de nuestros libros digitales, todo se ha esfumado, bueno todo menos lo que tenía GoodLife en su base de libros. Del papel apenas queda nada —dijo Frank señalando sus estanterías. La primera vez que David entró en ese despacho le impresionó ver en las estanterías las elegantes versiones de los clásicos norteamericanos que la editorial había reeditado, las novelas gruesas en papel barato y los ensayos ilustrados a color, ahora únicamente el polvo ocupaba las baldas.

—Esto pasará, descubrirán lo que sucede con los libros y quién ha provocado esta debacle — dijo David intentando animar a Frank. —¿Qué? Esto supondrá la muerte

del mundo editorial. Ya no hay libros en el mercado, todo se ha perdido. Yo tenía un treinta por ciento de libros en sistema digital y también se han esfumado. Hasta los malditos archivos de manuscritos que me mandan por correo electrónico han desaparecido. Lo único que queda son los textos de blogs y webs. —Vivimos en el siglo XXI, alguien dará con la solución. —Mira David, tengo cincuenta años y te puedo asegurar que nada así ha sucedido jamás. Hay millones de libros que han desaparecido para siempre. Pero no sólo libros, también tebeos, cromos, hasta mi maldita colección de posavasos. Esta maldita historia es mi peor pesadilla, cuando leí *Fahrenheit 451* nunca pensé que llegara a hacerse real —dijo Frank. —¿La novela de Ray Bradbury? —Sí, esa es la que destruyen todos los libros del mundo y unos pocos los memorizan hasta que se puedan volver a imprimir libros, pero esto es mucho peor. No hemos podido ni memorizarlos, en cuarenta y ocho horas ha desaparecido casi todo lo bueno que ha creado el hombre en miles de años. —Bueno, al parecer la Biblioteca del Congreso Digital no está afectada todavía y los libros en atmósferas preparadas están destruyéndose más lentamente —dijo David. —Viviremos una nueva Edad Media, conseguir un libro se convertirá en algo tan penoso y costoso, que únicamente una élite podrá disfrutar de la lectura —dijo Frank apesadumbrado. —No exageres, se dará con la solución y dentro de unos meses nos reiremos de esto. —No David, esto es el fin. Lo mismo sucedió tras la caída del Imperio Romano, de repente gran parte del conocimiento humano simplemente se esfumó. La sociedad retrocedió quinientos años y tuvieron que esperar al siglo XVI, para recuperar conocimientos del siglo III. —Piensa en los libros sonoros, puede que sea una solución temporal. —Los libros sonoros son únicamente un soporte de los escritos. El lenguaje oral nunca puede sustituir a los libros. La reflexión, la ciencia y la poesía, son el resultado de la escritura. —Pues yo sigo con mi libro. No debemos desmoralizarnos. Además creo que estoy detrás de algo gordo. ¿Te acuerdas que te comenté sobre el programa de digitalización de libros a nivel global? —preguntó David. —Claro, la historia sobre GoodLife y sus oscuros planes para gobernar el mundo. —No es broma Frank, creo que esa corporación está detrás de todo este asunto. Sus dos programas principales se han visto claramente beneficiados con este apagón escrito. La historia recuerda un poco a lo que pasó con Ptolomeo, la Biblioteca de Alejandría y su deseo de reunir todo el saber del mundo en un único sitio. Ya sabes que los griegos querían reunir todos los libros de la antigüedad y para ellos no ahorraron en medios, muchos de ellos fraudulentos. Lo mismo que GoodLife que se ha saltado todos los derechos de autor, los posibles perjuicios para las editoriales y se ha centrado en digitalizar todo sin permiso. —Los tribunales resolvieron eso a favor de las editoriales y GoodLife tuvo que firmar acuerdos de cooperación y pagar los derechos —comentó Frank. —Ya lo sé, pero en la antigua Biblioteca de Alejandría los ptolomeos crearon un sistema para pedir los originales a las bibliotecas de todo el mundo conocido. En la

época de Ptolomeo III le pidieron a Atenas los originales de todas sus obras para copiarlos, pero lo que hicieron fue quedárselos. —¿Por qué me cuentas eso, David? —preguntó Frank. No sabía dónde quería llegar su amigo. —¿No te das cuenta? GoodLife está haciendo lo mismo. En una entrevista hace unos años, las fundadoras de la compañía aseguraron que su deseo era hacer una nueva Biblioteca de Alejandría a la que todo el mundo pudiera acceder de manera gratuita y que cubriera todas las áreas del saber. —Eso es bueno, ¿no? —dijo Frank sin llegar a entender el planteamiento de David. —No creo que sea bueno para tu negocio. Si nadie compra los libros, tú no podrás venderlos —dijo David. —No creo que el gobierno permita algo así, se cobrará algo, un canon, los editores y los autores tenemos que vivir de algo. Además, ahora la piratería está haciendo que perdamos millones de dólares todos los años —dijo Frank. El mercado de la música se había hundido una década antes y ahora el mundo del libro parecía que iba a correr la misma suerte. La digitalización permitía bajar los costes y globalizar las oportunidades, pero los piratas ofrecían el mismo producto a coste cero.

—¿Crees que los problemas son los piratas informáticos? Estás equivocado. El verdadero problema es GoodLife. ¿Sabes que la compañía GoodLife Books ha crecido hasta ahora de manera exponencial dando grandísimos beneficios a la compañía? Ellos viven de la publicidad, su intención es lucrarse, como todas las empresas, pero en este caso se hace a costa de los derechos de los demás. Imagina ahora que son el único medio para digitalizar libros. Toda la información estará en sus manos. GoodLife controla además la mayor compañía de telefonía del mundo, han distribuido miles de sitios por todos los Estados Unidos con *WiFi* gratis, además empezaron por la ciudad de San Francisco; su sistema de mapas, el correo electrónico gratuito, etc. Nos tienen cogidos por los huevos. No podemos hacer nada sin que ellos lo sepan —dijo David. A Frank todo aquello le sonaba a totalitarismo. Los nazis habían creado un sistema centralizado de información y usado la propaganda para manipular a las masas. Si una sola compañía tenía todo ese poder, podría cambiar la opinión de todo el planeta.

—Al menos esas dos chicas parecen honradas —dijo Frank—, puede que nos salven a todos. Si son las únicas capaces de proteger a los libros, tal vez su biblioteca digital será la única que quede en el mundo en una semana. —¿Honradas? Se están forrando con todo este asunto. Se convertirán en las guardianas del saber y de los secretos del mundo. La simple idea de que lo controlen todo, me pone los pelos de punta —dijo David mirando a su amigo. Él sabía que aquellas mujeres ocultaban algo y no descansaría hasta averiguarlo.

Día 2, 4:45 PM.  
Sede del DNI,  
Washington DC, Virginia.

Los laboratorios trabajaron sin descanso las últimas veinticuatro horas. Tenían que hallar la causa de la destrucción de papel antes de que fuera demasiado tarde, pero ahora al gobierno también le preocupaba el virus que estaba destruyendo la mayoría de los libros digitales. Al parecer se trataba de un archivo que estaba en el 80% de los ordenadores del mundo y que se había activado a la vez en todo el planeta.

—¿Estamos seguro de que se trata de un virus informático? —preguntó el director. —Sí, señor. Como ya sabe el virus es un archivo malicioso que se activa en un momento concreto. Este archivo puede alterar cualquier función del ordenador —dijo Mark, el director adjunto. —Dada la envergadura del ataque y su rapidez, ¿no puede tratarse de un gusano que está atacando directamente a los servidores? —Puede ser, pero los virus son igualmente rápidos y letales —dijo Mark. Le sorprendía la soberana ignorancia de su superior. —¿Porque... que sea un troyano está descartado? —Sí, señor, los troyanos simplemente pueden acceder a tu ordenador, robarte información y en algunos casos llegar a controlar tu computadora. —La verdad es que nunca he distinguido las tres cosas. ¿Cómo actúa el virus? —preguntó el director.

—Lo cierto es que el virus afecta directamente a todos los archivos de texto, pero lo curioso es que también ha destruido ebooks y otros sistemas —dijo Mark. —Pero, si muchos de esos sistemas no están conectados directamente a la red, ¿no? —dijo el director. —Eso es relativo, todo está conectado. Para que esos ebook tengan textos, el usuario los ha descargado normalmente de la red. —Ahora lo entiendo. ¿Cuál es el daño real? —Incalculable, pero creemos que se ha perdido el 60% de los textos escritos, por lo menos por ahora se salva el texto de web y blogs en Internet, pero puede que sea el próximo objetivo —dijo Mark. —Debemos coordinar a todas las empresas de antivirus y ya sabe que puede contar con fondos ilimitados para este programa. Antes de que termine la semana debe haber parado el ataque informático por completo. Confiemos que también logremos parar la destrucción de libros de papel. Mark hizo un gesto afirmativo con la cabeza y salió del despacho. Se sentía escéptico, era casi imposible parar un ataque de tal envergadura antes de que más archivos desaparecieran. Miró el reloj, llevaba un día entero sin dormir, no sabía nada de su esposa y de su hija, tampoco el tiempo que duraría la crisis, pero sin duda luchaban contra un enemigo más fuerte que ellos. Los informes, libros, trabajos, cartas y todo tipo de escritos se esfumaban, como si nunca hubieran existido, se aproximaban a un abismo. A la nada absoluta, a un lugar donde el pasado y futuro

dejaban de existir.

**Día 2, 9:00 PM.**  
**Central Lake,**  
**San Francisco, California.**

El día había sido inusualmente caluroso y todavía se podía ver a gente paseando alrededor del lago. David llevaba más de media hora sentado en un banco, con su iPad conectado. Apenas había prestado atención a la gente que paseaba a sus perros o corría por la orilla. El sol comenzaba a ponerse, pero él era inmune a todo lo que estuviera fuera de su iPad.

Notó como el corazón se le aceleraba. Tocó de nuevo la pantalla, volvió a abrir su archivo, pero la página en blanco le golpeó de nuevo la vista. No podía creer que las primeras 100 páginas de su libro y la mayor parte de sus artículos se hubieran esfumado. El trabajo de los últimos tres años había desaparecido por completo. Intentó volcar la poca información que le quedaba en su blog, pero aquello tampoco era una solución. Ahora miles, por no decir millones de personas podían acceder a sus pensamientos. Sabía que aquella era la maldita política de GoodLife, toda la información libre y toda la información gratuita. Editoriales y gobiernos de todo el mundo habían luchado contra la compañía reivindicando los derechos de autor, pero el único copyright que le interesaba a GoodLife era el de sus propios programas informáticos.

David sabía que el éxito del mejor motor de búsqueda de todo el mundo era ofrecerlo todo gratis, pero que detrás había una compañía voraz de información, que tenía un registro de cada usuario, con sus gustos, preferencias e incluso sus secretos, para lanzar sobre él todo tipo de publicidad.

Susan Brul se acercó por el sendero. Su pelo rubio y liso brilló con los últimos rayos del sol cuando se inclinó al lado del escritor. Antes de hablar lo contempló ligeramente. No le parecía el tipo de persona que lo arriesga todo por nada. Parecía un joven ambicioso a la espera de una oportunidad.

—Hola David —dijo la mujer en un tono suave. Se habían visto en una ocasión. Carmen había quedado con la pareja para que visitaran una exposición en el Museo de Arte Moderno de San Francisco. Al parecer Carmen y ella se conocían de Stanford.

David se puso en pie torpemente y abrazó a Susan.

—Lo lamento —dijo mientras se sentaban de nuevo en el banco. —La familia de Mathieu se llevará el cuerpo a Reno. Quieren que la ceremonia sea en un par de días. —¿Irás a Reno? —preguntó David. —No estoy segura, si no asisto tendré la sensación de que Mathieu sigue con vida, pero tal vez es mejor que me haga a la idea de que ha muerto —dijo Susan con un nudo en la garganta. David contempló sus

grandes ojos azules. Su belleza era típicamente californiana, parecía sacada de los anuncios para turistas que echaban en las televisiones meses antes de la vacaciones de verano, pero Susan era sobre todo una de las ingenieras informáticas más importantes de GoodLife. Una mujer brillante e inteligente.

—¿Fue rápido? —preguntó la mujer. El consuelo de que su novio al menos no hubiera sufrido, parecía amortiguar el dolor que sentía.

—Sí, casi fulminante. No creo que fuera consciente de que se estaba muriendo —dijo David. —Por lo menos no sufrió mucho —comentó Susan. Uno de sus temores más profundos era el dolor. Había visto como su madre se apagaba en una triste habitación de hospital, comida por un cáncer que la había convertido en poco más que una sombra. Le daba miedo morir, pero la simple idea del dolor la horrorizaba. —Apenas se enteró. Lo que más me sorprendió es que estaba asustado, creía que alguien lo seguía. ¿Te había comentado algo? —preguntó David. —No —dijo Susan—, preferíamos no hablar del trabajo en casa. Estábamos todo el día en la compañía, por lo menos queríamos desconectar un poco cuando estábamos solos. —Me entregó algo —dijo David sacando el minúsculo *pendrive*— pero está vacío. —Es uno de los que utilizamos en la compañía. Tiene varios sistemas de seguridad. Además tiene un compartimiento secreto —dijo Susan mirando el minúsculo aparato. —¿Un compartimiento secreto? —preguntó David sorprendido. Nunca hubiera imaginado, que se pudiera ocultar algo en un *pendrive*. —Sí. Cuando alguien intenta ver el contenido la memoria aparece como vacía, pero no lo está. —¿Podrías enseñarme lo que contiene? —dijo David conectando el *pendrive* a su iPad. —No —dijo Susan quitando el aparato—, no sabes que hay un virus destruyéndolo todo. Hay que hacerlo en un entorno seguro. Podríamos verlo en GoodLife House —dijo Susan.

—¿La sede central de la compañía? —preguntó David. —Sí —contestó Alicia—, es el lugar más seguro contra virus del mundo. —Pero imagino que allí podrán controlar lo que vemos. Susan sonrió. Le sorprendía la ingenuidad de los neófitos. Su compañía sabía todo lo que se movía en la red y casi en cada ordenador del mundo.

—Podemos poner una serie de programas que opaquen la información, pero es largo de explicar. —Me parece perfecto, tengo para mañana la cita que me conseguiste con Richard Child, el director general. —Pues de paso nos vemos, te invito a comer en alguno de los restaurantes, te enseño las instalaciones y echamos una ojeada a lo que tienes aquí —dijo levantando el mini *pendrive*. —Perfecto. Estaré a eso de las once en la sede central —dijo David. Se sentía como si hubiera concertado una cita con una chica. Carmen era guapa, inteligente y con carácter, pero tras meses de noviazgo su historia comenzaba a enfriarse. Él nunca lo hubiera reconocido, pero todavía no había conocido a la mujer de su vida. —Pues mañana nos vemos. Guarda esto —dijo Susan devolviéndole el *pendrive*—. Tengo algo para ti. Susan miró dentro de su inmenso bolso y sacó una viejísima agenda electrónica. Se

la entregó a David con una sonrisa.

—Este viejo cacharro es chatarra, pero no tiene conexión a Internet, sus programas son tan antiguos que nadie se molestará nunca en crear un virus para destruirlo. David miró la vieja agenda. Le recordó a una que usaba su padre a mediados de los noventa. Su pantalla era opaca, las letras cuadradas y había que escribir con una especie de palito electrónico, nada de dedos, pero era el único soporte escrito que podía usar en el mundo.

—Gracias —dijo emocionado. Por lo menos podría volcar sus ideas y pensamientos sobre algo más que la cabeza. Susan le sonrió, se puso en pie y comenzó a caminar por el lago a la luz de la luna. David se quedó callado, viendo cómo se alejaba. Aquel día no había examinado el correo y apenas había entrado en la Red, pero en cambio se sentía liberado, como si por primera vez en años viera el mundo directamente, sin la necesidad de observarlo a través de una pantalla de ordenador.



Día 2, 9:30 PM.  
Casa Blanca,  
Washington DC.

—En cinco minutos estamos en directo, ya sabe que no funciona el *teleprompter*. Estará solo ante las cámaras, señor Presidente — comentó el técnico. —No se preocupe, sé exactamente lo que tengo que decir al pueblo americano —contestó el Presidente. Le sudaban las manos y notaba el cuello de la camisa pegado, pero en general se sentía tranquilo. Era el mayor ataque contra los Estados Unidos desde el 11 de septiembre, pero a diferencia de sus antecesores él sabía exactamente lo que tenía que hacer. La luz roja comenzó a parpadear y el Presidente puso su mejor sonrisa.

—Estimados ciudadanos, nos enfrentamos a un grave peligro. En dos días ha desaparecido gran parte de nuestra historia, pero también nuestro futuro está en peligro. Documentos legales de todo tipo, cartas y recuerdos personales, informes de trabajo y toda clase de papel se ha evaporado. Nuestros equipos están a punto de dar con la clave para identificar al causante de todo este desastre y hallar una solución. En las últimas horas un nuevo ataque ha empeorado aún más la situación. Un virus arrasa a millones de libros digitalizados, en algunos países se ha borrado su Historia en cuestión de minutos, pero por ahora nuestro país conserva un 60% de su legado escrito. No les negaré que estamos en serio peligro, pero encontraremos a los culpables y les haremos pagar sus fechorías. La información es todavía confusa y no queremos descartar a ningún posible enemigo. Por último, se ha convocado una reunión al más alto nivel con los representantes de todos los países en la ONU y el G 7, esperamos de esta manera salir ordenadamente de la crisis que se extiende a todas las áreas de la vida. Les pido tranquilidad, el suministro de alimentos está garantizado y hemos movilizado a la guardia nacional y al ejército para asegurar la distribución de bienes básicos. Buenas noches a todos. Que Dios bendiga a América. Cuando la luz dejó de parpadear, el Presidente sintió como toda la presión de las últimas horas caía sobre él. Si no paraban los dos ataques a tiempo, el mundo no podría aguantar mucho más y el caos se apoderaría del país.

Día 2, 10:00 PM.

Sede de GoodLife Mountain View,  
Santa Clara, California.

No habían descansado ni un minuto en todo el día. Desde por la mañana se habían sucedido las llamadas de los ministros de cultura de Francia, Alemania, Reino Unido y Canadá, sin contar a la Iglesia Católica, la Iglesia Ortodoxa Rusa y varios jeques de Arabia y los Emiratos Árabes. Todos pedían lo mismo: equipos de escaneo y entrar en el proyecto GoodLife Books. La coordinación necesaria para escanear los cientos de millones de libros era abrumadora. En los últimos cuatro años se habían escaneado 16 millones de libros, pero GoodLife había calculado que en todo el planeta había más de 32 millones de libros, sin contar documentos y papeles importantes.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó Irina mientras mordisqueaba un sándwich. —Necesitamos dos semanas como máximo, para encontrar la solución. El número de libros es mayor de lo que pensábamos. Muchos de las obras escaneados por bibliotecas nacionales se han perdido y hay que repetir el trabajo —dijo Alicia. —Las mejores máquinas escanean un libro por minuto, eso supone sesenta a la hora como media, por veinticuatro horas son 1440, en un año 525 600 libros —dijo Irina.

—Sí, pero en una semana una máquina únicamente puede escanear unos 10 080 libros, por lo que para escanear esa cantidad tan grande en dos semanas necesitaríamos unas 1600 máquinas —dijo Alicia. —¿De dónde vamos a sacar tantas y cómo las vamos a llevar a esos países? —Tenemos seiscientas máquinas. Espero que en un par de días lleguemos a las mil y antes de terminar la semana alcanzaremos las mil seiscientas —dijo Alicia. —Pero eso supone que no llegarán a tiempo en muchos sitios —dijo Irina. —Daremos prioridad máxima a los Estados Unidos, después a los países europeos, Canadá, Australia, a culturas milenarias como China y los últimos África y América Latina. No tenemos otra alternativa —dijo Alicia. Irina dejó de masticar la manzana y se dirigió en silencio hasta la inmensa sala en la que se almacenaban los casi 16 millones de libros que llevaban escaneados, la mayoría de las bibliotecas de las universidades en Estados Unidos, varias bibliotecas nacionales y millones de libros editados, se encontraban en aquella sala. Las máquinas producían un mortecino zumbido, luces rojas y verdes se apagaban y encendían mientras miles de libros eran escaneados en todo el mundo y lanzados a la gran biblioteca virtual. Alicia se acercó por detrás y puso su mano sobre el hombro de Irina.

—Ahí la tienes. La biblioteca más grande del mundo y casi la única que queda intacta —dijo Alicia orgullosa. —Esperemos que todo esto pase pronto —contestó Irina preocupada.

—Estamos ganando millones de dólares y, lo que es más importante, todo eso irá

a nuestra fundación. El gran proyecto está en marcha y estos fondos nos vienen como caídos del cielo —dijo Alicia. —Creo que deberíamos hacer todo esto sin cobrar ni un céntimo. —¿Estás loca? El dinero es necesario para hacer más cosas. ¿En qué te crees que lo gastarán los gobiernos? ¿En hacer escuelas? No, la mayor parte es comprar o fabricar armas. Irina sabía que su socia y amiga tenía razón. Su empresa había donado más dinero para proyectos humanitarios que varios gobiernos europeos juntos.

—Alegra esa cara. Te echo un partido de baloncesto. Las dos mujeres caminaron deprisa por el pasillo hasta el vestuario. Tenían la seguridad que debió sentir Noé cuando comenzó a llover y él ya se encontraba dentro de su enorme arca. GoodLife había advertido muchas veces al mundo que invertir en papel era un suicidio ecológico y económico, ahora simplemente tenían que salvar todo lo que pudieran antes que un mar de incertidumbre lo inundara todo.

**Día 2, 11:00 PM.**  
**Universidad de Berkeley,**  
**San Francisco, California.**

Jonathan Huxley miró por el microscopio una vez más. Llevaba veinticuatro horas seguidas sin parar investigando la causa de destrucción del papel; aunque todavía no tenía pruebas concluyentes, tenía claro que se trataba de una bacteria modificada. La bacteria era el único organismo unicelular capaz de resistir cualquier hábitat, desde un lago radiactivo hasta el desierto más caluroso del planeta. A diferencia de las células animales, las bacterias carecen de núcleo ni orgánulos internos, pero gracias a sus flagelos y otros sistemas se pueden mover a gran velocidad. Al ser los organismos más abundantes del planeta, no era extraño verlas detrás de numerosos fenómenos naturales.

El hecho de saber que se trataba de una bacteria no ayudaba mucho, ya que el 90% de las bacterias no habían sido todavía descritas. Las más conocidas eran algunas de las más dañinas para el ser humano como el cólera, la sífilis, la lepra, el tifus o la escarlatina, pero la más temida era la tuberculosis que mataba cada año a más de dos millones de personas.

Jonathan estudiaba desde hacía años la utilidad de las bacterias para luchar contra la contaminación, especialmente contra las catástrofes producidas por el petróleo. Aunque el hombre llevaba siglos manipulándolas para hacer yogures, mantequilla o queso, todavía se encontraba en mantillas en la creación de bacterias que pudieran solucionar algunos de los problemas más importantes de la humanidad.

Desde el siglo XVII se conocían las bacterias, pero hasta el siglo XX no se pudo crear el primer antibiótico para combatir las enfermedades que producían, hasta que en 1977 se produjo un nuevo avance cuando se descubrió que los organismos se dividían en tres tipos: Arquea, Bacteria y Eukarya.

Las bacterias se reproducen muy rápidamente de una manera asexual, con una simple fisión binaria, por lo que cada 9,8 minutos puede duplicarse una colonia entera. Además su manipulación es sencilla, al no poseer más que un único cromosoma circular, pero también pueden contener plásmidos, un ADN extra que le ayuda a crear resistencias contra antibióticos.

Jonathan ajustó la lente, estaba seguro que ese tipo de bacteria pertenecía a las llamadas bacterias depredadoras. Era uno de los fenómenos más extraños de la naturaleza y tenía varias formas de actuar. En unos casos se convertían en gigantes enjambres invisibles que mataban y digerían las bacterias que se encontraban a su paso, otras llamadas vampirococcus se unían a sus presas y absorbían sus nutrientes como verdaderos chupópteros. Por último, algunas invadían la célula y se

reproducían dentro. Lo que parecía indiscutible, fuera cual fuera su método, era que se trataba de bacterias depredadoras.

Jonathan sabía que muchas bacterias habían sido usadas con éxito en el control de plagas, pero recientemente la biotecnología había dado un nuevo paso y comenzado a aplicarse en la limpieza de lugares contaminados.

El joven se apoyó en la silla. Le dolían los ojos y tenía la cabeza a punto de estallar. Se frotó la cara pecosa y el pelo pelirrojo antes de levantarse y tomar la chaqueta. Por aquella noche ya estaba bien. Mañana podría continuar con sus investigaciones. Sabía que miles de personas en todo el mundo estaban detrás de la pista de esa maldita bacteria y en la mayoría de los casos con medios mucho más avanzados que los suyos, no sería el primero en descubrir su origen y un remedio para combatirla.

Esa maldita bacteria se reproducía a tal velocidad que únicamente existía una razón factible: algún maldito loco la había creado en laboratorio —pensó mientras se dirigía hacia su casa.

Cuando el frescor de la noche le acarició la cara, experimentó una alegría especial. A pesar de haber perdido su tesis debido a esa maldita bacteria, no podía evitar sentir la misma emoción que experimentaba un detective al perseguir a un criminal. La ciencia era su vida y los ensayos no sólo explicaban el origen y funcionamiento de las cosas, para él simplemente daban sentido al mundo.

**Día2, 11:30 PM.  
330 Drumm St,  
San Francisco, California.**

David se movía inquieto en la cama. No podía dormir, las últimas horas habían alterado de tal modo su vida, que creía que todo estaba patas arriba. David se sentó en la cama sudoroso, miró al otro lado vacío y experimentó una especie de alivio. Aquella noche prefería estar tranquilo para aclarar sus ideas. Le sorprendía la repentina atracción que sentía hacia Susan, pero mucho más los cambios que había experimentado en las últimas cuarenta y ocho horas. Su ambición por hacerse escritor, para conseguir fama y dinero, ahora le parecía absurda, como si con la desaparición del papel, el influjo que los libros ejercían sobre él hubiera desaparecido. Su padre había sido un conocido escritor de libros religiosos, desde niño había visto libros, principalmente la Biblia, ahora todo eso también había desaparecido. Se sentía liberado de las palabras escritas y su influjo sobre los hombres. Si lo pensaba bien, los libros habían terminado con la vida de millones de personas. Desde «Mi Lucha» el libro de Hitler, hasta el Libro Rojo de Mao, el hombre había matado y oprimido a otros por las ideas que había detrás de los libros. Era cierto, que la poesía, el progreso científico y las declaraciones de derechos, también se habían escrito en libros, pero sin duda, todos serían más libres sin aquellas malditas palabras opresoras, que decían cómo se debía vivir y morir.

Se levantó y se dirigió a la cocina. Buscó entre los escasos productos que le quedaban y al final eligió un simple vaso de leche. Odiaba todo lo que le recordaba a su antigua ciudad, pero ahora, después de tres años lejos de casa, no podía negar que sentía algo de nostalgia. No echaba de menos únicamente a sus padres y a sus amigos, también un estilo de vida sencillo, pero natural. Su partido de beisbol, tomar una cerveza los viernes por la tarde, navegar en el lago con su padre o simplemente holgazanear en su cuarto, con la mente perdida en cualquier idea. En California todo era artificial, un gran escaparate en el que la gente exhibía sus riquezas, su fama o su prestigio, sin importarle la vida de los demás.

Sus padres habían intentado inculcarle valores, pero él prefería dejarse llevar por la corriente. ¿Por qué él no iba a mentir, engañar o manipular a nadie, si todo el mundo lo hacía? La vida era mucho más compleja en California que en su pequeño pueblo y eso era algo que nunca iban a entender sus padres.

Contempló las estrellas en la terraza y se sentó en la tumbona. Por unos instantes se dio cuenta que vivir era eso: disfrutar de la brisa que refresca la cara, saborear un vaso de leche y tener la esperanza de ver un nuevo día. Decidió empezar de nuevo, buscar un sentido a su vida más allá del egoísmo que le despertaba cada mañana.

Descubrir quién estaba detrás de toda aquella destrucción era mucho más que intentar conseguir un premio o convertirse en un escritor de éxito, era devolverle a la vida algo. La dignidad de ser hombre, de sentirse libre de nuevo y luchar por sus sueños.

Día 3, 08:00 AM.  
330 Drumm St,  
San Francisco, California.

Las noticias aquella mañana no eran muy alentadoras. La FOX comentaba que la destrucción de papel continuaba su avance imparable. Rusia anunciaba la destrucción del 70% de su patrimonio cultural. Japón no salía mejor parada, un 60% de sus libros habían desaparecido. Por tercer día consecutivo las bolsas cerraban sus puertas y el caos económico se extendía por todo el planeta. La ONU se reunía en sesión extraordinaria ese mismo día y GoodLife se convertía en la única esperanza para salvar el conocimiento humano.

Martin llamó a la puerta y David dudó un instante antes de abrir. Tenía mucha prisa y sabía que su vecino podía ser muy pesado. Le encantaba hablar, especialmente de política, pero aquella mañana no tenía tiempo.

—Perdona que te moleste —dijo Martin—. No es molestia —contestó David intentando apurar su café—. Todo lo que está sucediendo me tiene asustado, ¿sabes que me han desaparecido todas las fotografías y las cartas que escribí a mi mujer desde el frente? La cara del anciano expresaba una mezcla de desesperación y temor. De un plumazo su pasado se había esfumado, como si nunca hubiera existido. David pensó que de todas formas, cuando su vecino muriera, sin hijos ni herederos, los servicios sociales se desharían de todos sus recuerdos y lo echarían a la basura.

—Lo siento, Martin —dijo David. Al final algo había logrado atravesar su endurecido caparazón. Por fin era consciente de que alguien sufría a parte de él—. Son cosas de viejo —dijo Martin. Después se dio media vuelta y salió del apartamento. David no supo cómo reaccionar. Llevaba demasiado tiempo anestesiado con sus juguetes electrónicos, sus ambiciones y los sueños de un futuro prometedor. Hasta la relación con su novia no había pasado de ser una especie de ajuste emocional y un remedio contra la soledad.

Se acercó al espejo y se contempló. Todavía llevaba el pantalón del pijama, la camiseta vieja de beisbol y sus chanclas. En ese momento la alarma de su móvil sonó y miró el reloj de iPad. Era tarde, muy tarde. Esa misma mañana tenía cita con Richard Child en la sede central de GoodLife. Se vistió con un pantalón de algodón, una chaqueta clara y una camisa, guardó su vieja agenda en un bolsillo y cogió la bicicleta hasta la estación de autobuses. Allí tomó uno que se dirigía a *Mountain View*, una de las nuevas zonas en desarrollo de la ciudad. La sede llevaba cinco años en *Bill Graham Rd.*

Se quedó dormido en el autobús y cuando despertó se encontraba frente a la sede de GoodLife.



El complejo de la empresa era inmenso. Decenas de edificios que formaban una pequeña ciudad idílica con apenas algunos coches eléctricos, bicicletas y un servicio de transportes gratuitos de la empresa. Un gran cartel con el colorido logotipo de GoodLife señalizaba los dominios de la empresa informática más poderosa de la tierra, pero curiosamente no había vallas ni policías, aunque unas discretas cámaras lo grababan todo.

David caminó por los jardines con la sensación de que estaba de nuevo en la universidad, pero no la estatal en la que había estudiado, sino en un lugar mitad campus y mitad parque de atracciones.

La mayor parte de los miembros de aquella privilegiada y exclusiva sociedad eran jóvenes de diferentes razas y países. Cada año la compañía recibía más de un millón de solicitudes de trabajo de los estudiantes más inteligentes del planeta. Allí trabajaba la élite de la élite del mundo. Mientras se dirigía al edificio central en el que le esperaba el director general, cruzó varias terrazas y restaurantes, un gimnasio y una inmensa guardería. Los trabajadores podían vivir allí sin preocuparse de nada, la compañía ya lo hacía por ellos.

El edificio principal era aún más curioso. Tras atravesar un control de seguridad poco exhaustivo entró en un inmenso hall que representaba el interior de la nave principal de Star Trek, una azafata vestida con vaqueros le guio por pasillos increíbles repletos de iglús de diferentes colores, toboganes que comunicaban las plantas superiores con la cafetería, increíbles áreas de descanso al estilo oriental, zona de billares y recreativos, salas de juegos con inmensas pantallas y todo tipo de entretenimientos.

Al final entraron en algo más parecido a un área de trabajo, con mesas amplias y cómodas en las que siempre había dos inmensos monitores.

La azafata le dejó en lo que ellos denominaban la Sala del Agua. Unos inmensos sillones de piel que daban masajes y unas inmensas peceras iluminadas eran el único mobiliario de la sala. Richard Child le esperaba tumbado en uno de los sillones, tenía los ojos cerrados y llevaba la corbata medio desanudada.

—Señor Portier, disculpe que no me levante —dijo abriendo los ojos sonriente—. No importa —dijo David algo incómodo—. Por favor, túmbese. ¿Prefiere que vayamos a otra sala? —No, aquí será perfecto— dijo David subiendo a uno de los sillones. En cuanto se tumbó el sillón se puso en marcha masajeándole la espalda. Aquello era increíble, notaba como su sufrida espalda comenzaba a relajarse de repente. —Usted dirá. Si le soy sincero he estado a punto de suspender la entrevista. Como sabe estamos ante una crisis global sin precedentes, pero he pensado que sería bueno transmitir desde la compañía un mensaje de optimismo y tranquilidad a los ciudadanos. Richard Child era la antítesis de GoodLife. A pesar de verle relajado, a David no se le escapaba su aspecto formal de hombre de negocios a la antigua. No

estaba delgado, una importante barriga flotaba debajo de su camisa azul, vestía con traje, estaba completamente calvo y llevaba unas gafas redondas de montura de oro. Richard Child era un tiburón de las finanzas, un experto en hacer dinero y promover inversiones en todo el mundo.

—Estoy escribiendo un libro sobre la digitalización de los libros. —Ya recuerdo —dijo Richard—, aunque es irónico que lo intente precisamente ahora que es materialmente imposible escribir. —Eso no me preocupa. No creo que esta crisis sea eterna. Darán con el remedio y espero que también con los culpables —dijo David frunciendo el ceño.

—Eso espero, esto es un ataque directo contra la civilización —dijo Richard. —Bueno, son tres preguntas, no quiero robarle todo su tiempo. La primera es sobre el problema surgido entre la digitalización de libros y los derechos de autor —dijo David. —Ese es un problema solucionado, ahora mismo las editoriales no son tan reticentes a que digitalicemos sus libros, en las últimas veinticuatro horas hemos recibido miles de solicitudes, calculamos que el 80% de las editoriales del mundo trabajan con nosotros. —¿Y el otro 20%? —preguntó David. —Me temo que el otro 20% desaparecerá. —¿No es eso ilegal? Otras compañías han sido multadas por no permitir la libre competencia, si ustedes van a tener casi el cien por cien del mercado, las editoriales no tendrán alternativa —comentó David. —Cuando Europa estaba siendo asolada por los nazis, Gran Bretaña acudió a nosotros, éramos la única alternativa y salvamos la situación. Cuando la situación se normalice, imaginamos que el mercado también lo hará. David se incorporó un poco en el sillón y miró a Richard. Ya no estaba recostado y le miraba con sus ojos negros y redondos.

—La segunda pregunta es: ¿Por qué todos los programas del mundo han sufrido el ataque de un virus que ha destruido bibliotecas digitales enteras y el suyo no? —No soy un técnico, pero le aseguro que invertimos un 10% de nuestros ingresos en seguridad. Eso nos ha permitido crear el sistema más invulnerable del mundo. Pero gracias a eso hay 16 millones de libros seguros y salvaremos otros 15 millones antes de que todo esto pase. —Por último, ¿no es peligroso que una compañía guarde todo el conocimiento de la humanidad y los documentos secretos de cientos de países? ¿No podría utilizarse esa información privilegiada de una manera ilegal? Richard Child se sentó en el sillón y este paró de repente.

—Nosotros somos los guardianes de la biblioteca y los documentos, pero no sus dueños. Los papeles y documentos de los gobiernos se registran de manera especial y con claves de acceso que únicamente tienen los propios gobiernos y los libros serán de libre acceso y gratuitos. Las editoriales cobrarán los beneficios de la publicidad que generen, que es mucho más que las ventas antiguas de copias. Como ve todos salimos beneficiados —dijo Richard. —Pero, los más beneficiados son ustedes —dijo David. —Hijo, esto es un negocio, aunque GoodLife invierte un 20% de sus ingresos

en causas humanitarias y culturales, pero estamos aquí para ganar dinero. —Ganar dinero en un momento de crisis en el que la humanidad está al borde del caos, ¿no es algo inmoral? —Ya conoce nuestro lema: «se pueden hacer negocios de una manera honrada» —dijo Richard con una sonrisa forzada. —Me temo que el término honradez es demasiado flexible en algunos casos. Richard frunció el ceño y se puso en pie. Su cara apenas se reflejaba la luz azulada y tenue de las peceras, pero a David no le costó imaginar su enfado.

—No tengo más tiempo. Espero que haya disfrutado en GoodLife. —Muchas gracias señor Child. —Gracias a usted. ¿Sabe salir? —preguntó el hombre indicándole la puerta. —No se preocupe, creo que encontraré el camino. David cruzó la sala y se fue a la salida, recorrió el edificio y se paró a la plaza central. Susan debía estar esperándole. Al pensar en ella no pudo evitar sentir una especie de cosquilleo en la tripa. Se puso las gafas de sol y disfrutó sentado en la terraza la estupenda mañana. Susan no estaba, pero no le importó lo más mínimo. Por unos instantes se olvidó de todo lo que estaba sucediendo. A una prudente distancia un hombre vestido con bermudas y camiseta hawaiana le observaba atentamente. Mucha gente estaba muy interesada en que la verdad no saliera a la luz y estaba dispuesta a cualquier cosa para conseguirlo. David no se percató de la presencia del extraño. Simplemente disfrutaba del momento.

**Día 3, 09:30 AM.**  
**Sede de la ONU,**  
**New York.**

La sesión llevaba media hora de retraso, pero la sala se encontraba repleta desde muy temprano. El mundo seguía preocupado por los acontecimientos, muchos países estaban en la más absoluta bancarrota y el sistema económico y comercial se había parado en seco. Miles de millones de dólares, euros y todas las monedas del mundo habían desaparecido, arruinando a millones de personas. Las transacciones debían hacerse con oro, pero ningún país quería arriesgarse a perder sus reservas hasta saber a qué atenerse. Cuando el representante de los Estados Unidos subió al estrado, los medios de comunicación de todo el planeta emitieron en directo su intervención.

—El mundo está en la situación más difícil desde la Segunda Guerra Mundial, pero estamos trabajando en una solución global. Pedimos a esta cámara que representa la voluntad del mundo, que apoye a los Estados Unidos y su plan de rescate. El Presidente ha firmado un acuerdo con GoodLife para salvaguardar el patrimonio cultural e histórico de nuestro país, pero está dispuesto a ayudar a aquellos estados que lo necesiten. Esperamos encontrar un remedio para frenar la destrucción de papel en menos de veinticuatro horas. Hasta el momento el 45% del papel de todo el mundo en sus diferentes formas ha desaparecido, hasta que podamos aplicar una solución definitiva, puede que otro 25% se pierda para siempre. Por ello pedimos a los estados que no tengan los recursos para salvar su patrimonio que lo transporten a la embajada en su país, allí lo digitalizaremos y lo pondremos en el sistema protegido de GoodLife. El pleno de la cámara aplaudió la intervención del embajador norteamericano y el representante de Irán subió a la palestra.

—¿Quién nos asegura que una vez que la situación se haya calmado recuperaremos nuestros documentos? Muchos creemos que su gobierno está detrás de esta misteriosa destrucción. El primer sitio donde empezó fue aquí, pero curiosamente es el país menos afectado, con apenas un 35% de su papel total destruido y casi un 60% de sus archivos sin problemas informáticos. Irán ya ha perdido el 69% de su papel y casi el 78% de los archivos digitales. ¿Por qué un virus se ceba más en un país con un acceso a Internet más limitado y cuyas fronteras están más vigiladas, que con la primera potencia informática del mundo? Algunos miembros abuchearon al embajador de Irán mientras volvía a su asiento.

El representante de Francia fue el tercero en hablar. Cuando accedió al estrado llevaba papel en una especie de plástico protector.

—Nosotros ya hemos encontrado una solución y no vamos a plegarnos a las exigencias de ninguna compañía monopolista como GoodLife ni al gobierno que está

detrás de ella —dijo levantando los papeles—, pero a medida que hablaba el taco se iba volatilizando. Pasados unos segundos se miró a la mano con el plástico vacío. Bajó del estrado y con la cabeza gacha salió por uno de los pasillos laterales.

Una gran pantalla se encendió y por medio de videoconferencia se vio a las fundadoras de GoodLife.

—Estimados representantes del mundo. GoodLife quiere ayudar a sus gobiernos de manera desinteresada, si nos confían sus archivos y libros digitales, puedo asegurarles, que únicamente ustedes tendrán acceso restringido, pagando un simple alquiler a nuestra empresa. Nosotros facilitaremos la tecnología y el personal necesario. Si colaboran podremos salvar más de 19 millones de libros en los próximos días. Por el momento llevamos trabajando catorce horas en diferentes países con resultados excelentes —dijo Alicia mirando fijamente a la pantalla. Irina sentada en un lado de la mesa se dirigió a los ponentes.

—Entendemos su preocupación, pero con su ayuda salvaremos la civilización humana, sin importar creencias, color de la piel, lengua o religión. En momentos como este todas las barreras son absurdas, porque nos llevan directamente hacia el caos. Los miembros de la ONU se levantaron en bloque dando una larga ovación a dos mujeres que apenas superaban los treinta años, pero que tenían la única solución para cambiar el desastre de un mundo sin memoria.

Día 3, 09:30 AM.  
330 Drumm St,  
San Francisco, California.

Susan le miró sonriente, mientras David abría los ojos. Durante unos minutos se había relajado tanto que casi se había dormido al sol.

—Veo que estás disfrutando de tu visita a la «gran casa». —¿Así llamáis a este antro? —preguntó David divertido. —Esto es una pequeña ciudad, la ciudad del futuro. Apenas contamina, no necesita de seguridad, lo recicla todo y se mueve por energías limpias. ¿No es perfecto? —Ya he visto a la gente en bicicleta, monopatines y todo tipo de vehículos extravagantes. —El complejo es muy grande, creo que son más de 130 000 m<sup>2</sup>. —¡Qué pasada! —dijo David caminando al lado de la mujer. —La política de empresa, aunque a Alicia e Irina no les gusta que llamemos empresa a GoodLife, es que los empleados estén relajados y dispuestos a emplear su máxima capacidad no sólo en trabajar, sino en tener nuevas ideas. —Esta especie de *País de Nunca Jamás* es un buen sitio para tener nuevas ideas, pero mi duda es si todo esto no es pura fachada para justificar una empresa feroz que no respeta la libre competencia —dijo David.

—Conozco personalmente a Alicia e Irina y no las creo capaces de hacer algo ilegal o antiético. Son mujeres de principios muy sólidos. Imagino que conoces su historia —dijo Susan. —Lo único que sé es lo que se ha filtrado a la prensa. —Las dos provienen de familias humildes. Irina es hija de unos inmigrantes ucranianos que escaparon de la antigua Unión Soviética unos años antes de la caída del muro. Aunque sus padres tenían una tienda, cuando ella estudiaba, tenía que trabajar para poder costearse los gastos. La familia de Alicia es de Detroit, nieta de obreros de la industria y muy concienciada con los derechos de los trabajadores, aunque sus padres crearon un lucrativo negocio de venta de ordenadores en California —dijo Susan. —Ya lo sé, el sueño americano encarnado en dos de las mujeres más inteligentes, atractivas y poderosas del mundo, pero que últimamente están jugando con el pan de los demás. —Imagino que lo dices por la polémica de los derechos de autor, el posible monopolio en los motores de búsqueda y por la lucha con otras compañías —dijo Susan. —Entre otras cosas. Creo que hay negocios aún menos claros: la adquisición de más de 40 compañías en unos pocos años. Su intención de controlar el mundo de las telecomunicaciones. A veces esta empresa me recuerda al Gran Hermano de Orwell, pero travestido de Santa Claus —dijo David. —Tienes la misma actitud que Mathieu. Después de soñar toda su vida con trabajar aquí, desde hace unos meses, todo eran pegas y suspicacias —dijo Susan.

Llegaron a la zona de trabajo privada. Eran una especie de cubículos en los que la

empresa dejaba que sus empleados buscaran asuntos privados, sin la supuesta supervisión de GoodLife. David dudaba de ello, pero era uno de los pocos sitios en el que podían leer los archivos de Mathieu, sin temor a que se contaminaran.

—¿En qué trabajaba Mathieu? —En uno de los proyectos más bonitos de la empresa. Al principio estaba tan animado que prácticamente no nos veíamos. El proyecto se llama GoodLife Solidary. Es el brazo caritativo de la compañía. La empresa gasta más de 80 millones de dólares en proyectos de ayuda a los más necesitados y planes para un futuro mejor. —Desconocía que Mathieu trabajara en esa sección. —No imagines la típica ONG que ayuda en casos de emergencia o abre pozos en África, esas cosas también se hacen, pero la idea es otra. Empezar a construir un futuro mejor desde hoy. Por eso, se investiga en nuevas fuentes de energía no contaminantes, se potencia los coches eléctricos y ese tipo de cosas. —Ya veo que tus jefas son dos buenas chicas —bromeó David, ante la pasión que Susan demostraba hablando de su compañía. —Se apoya la investigación de enfermedades y el cambio climático. —Será mejor que echemos un vistazo a lo que me dio Mathieu — le interrumpió David impaciente. Susan introdujo el *pendrive* y rescató la información oculta. En unos segundos aparecieron cientos de documentos: correos electrónicos, informes, citas, listas de nombres, una pequeña base de datos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó David asombrado. —No tengo ni idea —dijo Susan pasando los archivos.

—Mira ese nombre: *Jimmy Watson Institute*. —¿Quiénes son? —preguntó Susan. —¿No los conoces? Hace unos años hubo mucha polémica con esta empresa, su fundador es un genio, pero también uno de los científicos más controvertidos del mundo. Descubrió el Genoma Humano al mismo tiempo que el proyecto estatal. —¿Qué hace relacionándose con GoodLife? —Leyeron varios informes y correos hasta que comprendieron la magnitud del acuerdo. —Al parecer han firmado un acuerdo con *Jimmy Watson Institute* para apoyarles en sus proyectos de investigación. Parece que es una simple colaboración informática —dijo Susan. —Jimmy Watson es mucho más que un pez pequeño nadando en una pecera de tiburones. Tenemos que investigar todo esto, pero ¿cómo? Fuera de aquí no sé cuánto tardará en infectarse. —En casa tengo un viejo PC que no está conectado a la red, está muy viejo pero creo que nos servirá. Nos vemos a eso de las 9 en mi casa —dijo Susan. —Perfecto —dijo David. —Pues yo tengo que trabajar. Te acompaño a la salida. Caminaron en silencio hasta el fabuloso parque. Susan no dejaba de darle vueltas a lo que había llevado a su novio a desconfiar de la compañía que les había dado todo. David tenía la mente confusa. Por un lado intentaba organizar sus pensamientos y centrarlos en la investigación, pero el estar junto a Susan le turbaba.

—Bueno, nos vemos esta noche —dijo la mujer.

David hizo amago de abrazarla para despedirse, pero al final simplemente levantó

la mano.

—Hasta la noche. Mientras caminaba hacia la salida de aquella especie de paraíso artificial, el hombre que le seguía comenzó a acercarse. David se sentó en la parada de autobús y su perseguidor se puso justo al lado. En una pantalla de la parada aparecieron varias noticias mezcladas con publicidad. GoodLife había firmado un acuerdo a nivel mundial. David sintió un escalofrío cuando observó a las dos fundadoras de la compañía hablando al resto del planeta. La pantalla no tenía sonido, pero un titular dejaba claro el acuerdo. Ahora GoodLife poseía el 90% de los libros del mundo y casi toda la totalidad de los documentos y libros digitales.

Cuando llegó el autobús se acordó de un loco que había llamado varias veces a su móvil. Al parecer se trataba de un viejo compañero de clase de las fundadoras de GoodLife. David le había dado excusas para no verle, pero sintió el impulso de marcar el número y entrevistarse con él. Tenía tiempo hasta la noche. El periódico no podría salir en unos días y podía centrarse en la investigación. Si aquel tipo estaba tan loco como él creía, bastaría con marcharse y dejarle con la palabra en la boca, pensó mientras observaba la bahía por la ventanilla del autobús.



Día 3, 11:35 AM.  
Hearst Greek Theatre Berkeley,  
San Francisco.

Era curioso el sitio elegido por Jaime Larsson para que se vieran cara a cara. El teatro reproducía un antiguo escenario griego, a pesar de estar en una de las universidades más avanzadas del mundo. A esa hora apenas se veía a nadie por allí. Hacía mucho calor y el hormigón de las gradas estaba ardiendo. Mientras esperaba, David pensó que se había equivocado de nuevo y que estaba dando palos de ciego.

Se sentó en un lateral en el que la sombra todavía protegía del calor y esperó pacientemente. Un par de minutos después un hombre negro, de unos treinta y cinco años apareció por el escenario. Vestía un traje oscuro, con una camisa negra y una corbata roja, llevaba una gorra de béisbol en la que ponía el nombre de su famosa web *Wikitruth*. *Wikitruth* era el azote de empresas y gobiernos díscolos. La web colgaba videos, informes y artículos que acusaban a multinacionales, agencias del gobierno o a particulares de crímenes no investigados e impunes.

James Larsson susurró algo desde el escenario pero su voz llegó nítida a los oídos de David.

—«*Porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado, ni secreto que no haya de descubrirse*» —dijo Larsson. —Marcos 4:22 —contestó David poniéndose en pie. El hombre sonrió y de un salto bajó a la platea y se dirigió hasta el escritor.

—Veo que al final se lo ha pensado mejor. —Puede ser —contestó David entornando la vista por el sol.

—No me has elegido tú a mí, yo te he elegido a ti —dijo Larsson. —Observo que le gustan las citas bíblicas. Esa de Juan 15:16 me gusta especialmente. —He leído varios artículos en su periódico y creo que no tiene pelos en la lengua —dijo Larsson sonriendo. —Háblame de tu, por favor. —Perdona, creo que pertenezco a la vieja escuela. —¿Por qué me has citado aquí? —preguntó David alzando la vista. —¿No te gusta? Tal vez porque la vida es puro teatro, pero sobre todo, porque no hay cámaras ni ningún maldito aparato electrónico. Esas víboras son lo más peligroso a lo que me he enfrentado nunca. —Me da la impresión de que exageras. En tu web muchas de las cosas que dices no se pueden probar, pero en los últimos seis meses has colgado verdaderos artículos incendiarios contra GoodLife. —Eso es sólo la punta del iceberg, créeme. Hay algo muy gordo y muy sucio cociéndose. La mayor conspiración de la historia. Los dos hombres comenzaron a pasear por las gradas. Larsson parecía nervioso, como si estuviera deseando soltar su mensaje y salir corriendo.

—Sabes que desde la antigüedad el primero en morir es siempre el mensajero. No

sé cuánto me queda, pero no creo que sea mucho. Esas zorras están detrás de mí — dijo el hombre mirando a los lados. —No te entiendo. —Ya viste lo que le pasó al ingeniero, lo he escuchado en la radio. —Una desgracia, pero todavía no está claro... —¡Yo te diré lo que está claro! —gritó Larsson—, su plan ha comenzado y está dando unos resultados óptimos. —¿Qué plan?

—¿Qué plan va a ser?, el de hacerse con toda la información del mundo. Serán las malditas guardianas del sistema, ellas... —¿Por qué hablas de ellas como si las conocieras? Larsson le miró de reojo y con un gesto de desprecio dijo:

—Las conozco hace mucho tiempo, ¡maldición!, y ellas lo saben.

**Día 3, 11:45 PM.**  
**Bunker de la Casa Blanca,**  
**Washington DC.**

Era la segunda vez que se reunía el comité de seguridad en pleno en menos de tres días. El Presidente quería una solución antes de cuarenta y ocho horas y sus chicos estaban nerviosos, al borde del colapso. Michael John, el director de Gestión de Documentos del FBI, Jack el jefe de la División Antiterrorista de la CIA y el Vicepresidente Frank esperaban que de aquella reunión saliera un plan de actuación clara.

—Señor Presidente, sabemos que el problema lo produce una bacteria. Me imagino que sabe que las bacterias se pueden manipular genéticamente y, dada su abundancia y la rapidez a la que se reproducen, pueden ayudar o perjudicar al hombre — comentó Michael John. —Sí, prosiga por favor —dijo el Presidente ansioso. — Nuestros expertos saben que la bacteria causante de la desaparición de los libros ha sido manipulada por algún laboratorio. Lo que no sabemos es cómo se ha propagado tan rápidamente. Observe el mapa de evolución. Se apagó la luz y en un gigantesco mapa del mundo se vieron pequeños círculos rojos que crecían rápidamente.

—Observen. En Estados Unidos los círculos se concentran en la costa Este y la zona de California, en cambio en Europa hay países como Francia contaminados por completo. Rusia está muy afectada, aunque el contagio se produjo más tarde y lo mismo sucede con China y Japón. —¿Por qué hay tanta diferencia? —preguntó el Vicepresidente. —No hay una pauta clara. Al principio creíamos que podía deberse al clima, pero no es así, después al número de libros que hay en cada zona, aunque la pauta es desigual —dijo Michael John. —¿Entonces? —Da la sensación que los terroristas han elegido los sitios con algún propósito y que en parte pueden controlar la velocidad de la destrucción —dijo Michael John. —Eso es increíble. ¿Qué sucedió con la pauta del virus informático? —En este caso es más homogénea. Hay más ordenadores afectados en las zonas con mayor acceso a Internet y a la telefonía, con una excepción —dijo Michael John. —¿Cuál? —preguntó el Presidente. —Los Estados Unidos y dentro de ellos California. —¿Dónde comenzó a extenderse el virus? —preguntó el Vicepresidente. —No estamos seguros, pero creemos que fue en Georgia, una antigua república soviética —dijo Jack. —¿Qué sabemos del grupo que ha reivindicado el atentado? —preguntó el Presidente. —Son estudiantes universitarios que asisten a manifestaciones antisistema y antiglobalización, pero nunca habían perpetrado un acto tan violento. Dudamos que hayan sido ellos, carecen de la tecnología y la infraestructura suficiente —dijo Jack.

—Entiendo, ¿entonces? —Puede que la mano de algún tipo de terrorismo

islámico esté detrás. Los países árabes son otros de los menos afectados, en especial Arabia Saudita —dijo Jack. —¿Cuál es el remedio? —preguntó el Presidente. —El virus informático está a punto de ser controlado. Esperamos que mañana a estas horas se habrá extinguido —dijo Michael John. —¿Cuántos libros han sido afectados? —preguntó el Presidente. —Casi el 70 por ciento de los libros digitalizados. —¡Es tremendo! —dijo el Vicepresidente. —¿Qué haremos con esa maldita bacteria? —preguntó el Presidente. —En tres días podremos crear zonas de seguridad y guardar en ellas el 40% de los libros que nos quedan, además la digitalización y el entorno seguro de GoodLife han protegido a la mayor parte de nuestro patrimonio nacional. La bacteria parará cuando desaparezca todo el papel comestible. Calculamos que en unos seis o siete días —dijo Michael John. —¿Qué sucede con los países que no puedan proteger sus documentos? —preguntó el Presidente. —Lo que no sea escaneado desaparecerá —dijo Jack. —¡Qué desastre! Tenemos que descubrir a los autores y ponerlos entre rejas. Los ciudadanos tienen que ver que se hace justicia. Tardaremos años en recuperarnos de esta crisis —dijo el Presidente. —Le mantendremos informado, señor Presidente —dijo Jack. Se disolvió la reunión y el Presidente se quedó sentado junto a su segundo. Los dos permanecieron callados un momento, hasta que el Presidente comenzó a hablar:

—Estamos en un momento crítico. —Saldremos adelante —contestó el Vicepresidente. —He estado hoy en la Biblioteca del Congreso. Si viera esas estanterías vacías, parecía un templo profanado y destruido por la maldad humana. —No es la primera biblioteca que desaparece y resurge de sus cenizas —dijo el vicepresidente. —Eso espero, de otro modo no podremos dejar ningún legado a nuestros hijos —comentó el Presidente. —El mundo no será igual, pero intentaremos que sea mejor. Nuestra labor es hacer a la gente feliz. —«*La felicidad universal mantiene en marcha constante las ruedas, los engranajes; la verdad y la belleza, no... ¿De qué sirve la verdad, la belleza o el conocimiento cuando las bombas de ántrax llueven del cielo?*» —recitó el Presidente. —¿Qué? —dijo extrañado el vicepresidente. El Presidente le miró distraído.

—Era una frase de un viejo libro titulado: *Un mundo feliz* —comentó mientras se ponía en pie y se dirigía de nuevo hacia la superficie.

Día 3, 11:35 AM.  
Hearst Greek Theatre Berkeley,  
San Francisco.

—Estudiamos juntos en la Universidad de Stanford —dijo Larsson. —Pensaba que eras periodista —dijo David sorprendido. El hombre le miró indiferente y continuó con su relato.

—Alicia e Irina eran dos chicas muy guapas e inteligentes. Desde el principio destacaron en el campus y eran las niñas mimadas de los profesores de la universidad, pero su genialidad estaba muy por debajo de la media de la facultad. —¿De veras? En su biografía oficial se destacan sus notas y como impactaron desde el primer momento a sus profesores. —Eso es cierto, los impactaron, pero no por sus brillantes ideas. Solían unirse a proyectos de éxito y en el último momento apuntarse un tanto a su favor. Eso es algo muy normal en las universidades que potencian el trabajo en equipo frente al individual, pero eso hubiera sido una mera anécdota si no hubieran inventado el sistema de motores de búsqueda en la red más rápido del mundo —dijo Larsson. —¿No se dice siempre lo mismo de la gente que triunfa?, que el mérito no es suyo y que plagieron el trabajo de otro. Larsson arqueó la ceja y alzando el tono de voz le contestó:

—¿Sabes quién inventó la lámpara incandescente? —Eso lo sabe todo el mundo: Thomas Alva Edison —dijo David.

—Pues no, seis investigadores llegaron a inventos similares casi al mismo tiempo y el alemán Heinrich Goebel registró su diseño 23 años antes que Edison. —¿Y eso que demuestra? —preguntó David. —Algo parecido sucedió con el motor de búsqueda. —Ahora me contarás que lo inventaste tú —dijo David. Larsson parecía enfurecido.

—¿Qué pretendes? Será mejor que me largue de aquí. —No, perdona —se disculpó David. —¿Quieres saber la verdad? —Me quedaré callado —dijo David sentándose. —Alicia e Irina siempre han dicho que se conocieron mientras hacían el doctorado, pero no es cierto. Por lo menos habían estado en clase juntas en dos ocasiones. Alicia tuvo la idea, eso dice ella, de crear un nuevo motor de búsqueda. En broma ha comentado muchas veces que pensó bajarse Internet a su viejo Mac, pero la idea no partió de ninguno de ellas dos. Un tipo bastante gris llamado William Evans había registrado esa idea para su doctorado unos meses antes, ellas vieron filón y se unieron a él. —¿Puedes demostrar eso? —Hasta hace unos días tenía una copia en papel y los ordenadores de la universidad habían escaneado el original, ahora no sé qué habrá pasado con el documento. —Continúa —dijo David comenzando a interesarse. —Alicia continuó con su plan, pero ahora tenía un verdadero genio que le

enseñó a crear un sistema de búsquedas basado en el viejo sistema de citas.

—¿El sistema de citas? —Sí, las obras científicas son más relevantes, cuantas más veces se las cite en otras obras. William pensó aplicar aquello a la búsqueda por Internet. Hasta ese momento cuando buscabas algo salían muchas veces páginas inútiles, pero él inventó un sistema que lograba rastrear las web con más links y citas. —Entiendo. —Todo el conocimiento rápidamente y al alcance de la mano. Comenzaron a ensamblar ordenadores e hicieron un proyecto piloto en la universidad que fue un éxito. Justo antes de que se registrara el trabajo y se fundara GoodLife, William desapareció de modo misterioso, sin dejar rastro. ¿No te parece muy extraño? —Posiblemente no aguanto la presión, pero no veo ningún delito en registrar una idea. —Ocultar al verdadero creador del motor de búsqueda más importante del mundo, cuando menos es poco ético. —El universo está lleno de injusticias —contestó David. —GoodLife siguió creciendo y acaparando mercado. Ahora tiene una de las empresas de móviles más grandes del mundo, con el 30% del mercado mundial, diez de las televisiones más importantes del país, el liderazgo en información en la red... —Eso ya lo sé, pero tampoco es delito. —Su organización humanitaria es una tapadera para cambiar el mundo y hacerlo a su imagen. La organización humanitaria posee acciones de la empresa por 2000 millones de dólares. Su principal proyecto consiste en prevenir enfermedades, ¿cómo crees que lo van a hacer?

—No lo sé —dijo David. —Van ofrecer gratuitamente investigar el ADN, el componente genético de cada usuario. Su sueño es crear una inmensa base de datos con nuestros datos genéticos. Entonces conocerán todas las debilidades, las inclinaciones y enfermedades que podemos tener. Su poder será inmenso. —La gente podrá aportar voluntariamente una muestra. Eso tampoco es ilegal. —GoodLife ha invertido millones de dólares en el *Jimmy Watson Institute*. La empresa puntera en ingeniería genética y una de las que descubrió la estructura del ADN. Ese tal Jimmy Watson es una pieza de cuidado —dijo Larsson. —Jimmy Watson, sé que tiene algunos negocios con GoodLife. —¿Algunos negocios? El instituto recibió este año más de 500 millones de dólares y el proyecto del análisis del ADN para los usuarios comenzará a finales de año. David le miró inquieto. Estaba claro que GoodLife estaba copando grandes áreas del mercado e introduciéndose en negocios nuevos, pero aquello no parecía implicar que incumplieran la ley.

—¿Qué sabes sobre el problema actual y la destrucción de los libros? —preguntó el escritor. —Eso forma parte del plan. Cuando tengan el control de toda la información podrán manipularla y crear el mundo que quieran. ¿No has leído «1984»? El ministerio de la Verdad en el que trabaja el protagonista; su intención es manipular el pasado y cambiar la historia. —Eso son fantasías —dijo David poniéndose en pie.

—Y el programa de inteligencia artificial; están creando un superordenador llamado Babel Fish que se encargará de educar a toda la humanidad —dijo Larsson fuera de sí. —Deliras. La gente como tú fortalece a corporaciones como GoodLife, ¿quién va a creer esas patrañas? —dijo David enfrentándose al hombre. —La verdad siempre es demasiado terrible para creerla. Winston Smith, el protagonista de la novela tampoco quiso creer y cuando deseo cambiar las cosas ya era demasiado tarde —dijo Larsson. —Creo que GoodLife está intentando hacerse con el mercado del libro digital, pero tus ideas son absurdas. Ves conspiraciones en donde únicamente hay intereses mercantiles. —El programa de inteligencia artificial está dirigido por otra mujer, Susan Brul, la novia del ingeniero asesinado. David se abalanzó sobre el hombre y le cogió de la pechera.

—¿Qué sabes tú de Susan Brul? —Fue su primera empleada. Lleva con ellas desde el principio, después del director general es la persona más poderosa de GoodLife. —Mientes —dijo David empujando al hombre. —Veo que no has hecho tus deberes. Su nombre aparece en el organigrama de su web —dijo Larsson sonriendo.

**Día 3, 12:15 PM.**  
**Sede Vaticana,**  
**Roma, Italia.**

Los técnicos instalaron cuatro máquinas en la ciudad. Dos se encargarían de escanear los documentos del Archivo Secreto y las otras dos harían lo mismo con los libros y manuscritos.

Luigi Cervini observó cómo los libros eran introducidos en las máquinas y como estas con un movimiento suave, pero rápido, comenzaban su trabajo. En el último día la escabechina de libros destruidos había ido en aumento. Un 29% se había perdido para siempre. Lo mismo sucedía en diócesis de todo el mundo, aunque el caso más preocupante era el de España y Polonia, donde apenas una máquina se tenía que hacer cargo de todos los libros religiosos del país.

El archivero se acercó a Luigi y con los brazos cruzados comenzó a increparle.

—Está vendiendo nuestro patrimonio a una empresa americana dirigida por dos mujeres impías. —Desconozco la fe de las fundadoras de GoodLife, pero nos han facilitado los equipos apenas a coste cero —dijo Luigi sin alterarse. —Los archivos vaticanos únicamente los pueden leer personas autorizadas y ahora estarán en la red. —La empresa guarda y protege los contenidos, ni ellos mismo pueden acceder a ellos —le explicó Luigi.

—¿Y se cree esas patrañas? Hay documentos que es mejor que desaparezcan antes de que salgan a la luz, hemos protegido a la Iglesia durante siglos, no podemos exponerlos a la opinión pública o vivir bajo la amenaza de una compañía secular —dijo el archivero. —Le repito que los libros están protegidos y no serán accesibles a nadie. —Particularmente no daré ciertos documentos, prefiero que se evaporen —dijo el archivero. —Pero el Papa ordenó que se protegieran todos los documentos. —Lo siento, pero no voy a perjudicar a la Iglesia aunque lo ordene el propio San Pedro —dijo el archivero mientras se marchaba.



**Día 3, 12:55 PM.**  
**Biblioteca Nacional,**  
**Paris, Francia.**

El suntuoso edificio del siglo XVIII llevaba varios días cerrado al público. Charles Mansart, el director, decidió pasearse por las diferentes salas. Las altísimas estanterías se encontraban vacías, las largas mesas con sus lámparas verdes, desiertas y el corazón de la Biblioteca, muerto. En apenas unos días habían perdido el 80% de su fondo y el 60% de los libros escaneados. En un par de días, el resto desaparecería para siempre. GoodLife les había prometido ayuda, pero Charles sabía que no acudirían a auxiliarles. Los franceses habían sido los más firmes defensores de los derechos de autor y se habían opuesto radicalmente a las intenciones de GoodLife. La biblioteca tenía su propio sistema de escaneado, pero la mayor parte de los archivos se habían evaporado.

La situación no era mucho mejor en el resto del país. La maldición había caído sobre la nación y en una semana su pasado se habría borrado para siempre.

Los modernos edificios de la Biblioteca en Tolbiac, tampoco habían soportado el doble ataque contra los libros. No se podía encontrar en todo París un papel, como si se los hubiera tragado la tierra. Los millones de turistas habían desaparecido hasta que pasara el temporal y la vida diaria se había vuelto insoportable. Largas colas en los supermercados, reparto de algunos alimentos básicos por camiones del ejército. Aquello era el fin.

Charles Mansart tomó uno de los pocos libros que habían sobrevivido y lo ojeó por unos segundos. El tacto de los dedos sobre las páginas, su olor y la imagen de aquellas letras, le hicieron sentir de nuevo la alegría de vivir. Aquel no era el último ejemplar de Balzac, Sastre o Zola, se trataba de un volumen de *El Código Da Vinci* de Dan Brown. Era irónico que el destino hubiera salvado aquel libro entre los millones que poseía la biblioteca, pensó mientras volvía dejarlo en la estantería.

Después subió a su despacho, se sentó en el escritorio e intentó recordar las últimas palabras de *Los sótanos del Vaticano* de Gide:

*«Pronto será hora de que Genoveva se vaya, pero aún espera; escucha, inclinado sobre ella a través de leve respiración, el confuso rumor de la ciudad, que ya sale de su letargo... ¿Y qué? ¿Va a renunciar a vivir?».*

Charles Mansart abrió el cajón del escritorio y sacó una pistola. Se la puso sobre la sien y respiró hondo antes de apretar el gatillo.

**Día 3, 7:35 PM.  
Melvilla Ave,  
Palo Alto, San Francisco.**

La conversación con Larsson había aumentado aún más sus dudas. El ingeniero metido a periodista de investigación había defendido unas acusaciones especialmente graves contra GoodLife, sus fundadoras y la propia Susan. Según Larsson la idea del motor de búsqueda que tanto dinero había producido a Alicia e Irina no era suya, incluso había insinuado que ellas habían hecho desaparecer a su verdadero inventor, un tal William Evans.

David había dedicado gran parte de la tarde a buscar información en la Universidad de Stanford, su base de datos estaba afectada por el virus, pero había confirmado que el tal Evans estudió en la misma época de las fundadoras de GoodLife y que había trabajado en el mismo proyecto de doctorado. Descubrir qué había sido de él era mucho más complicado. Al parecer a William se le había tragado la tierra. No tenía nada a su nombre, no había cursado más estudios en el estado y no trabajaba en ninguna empresa de informática, aunque, como mucha otra información, la suya podía haberse perdido por el virus.

Mientras David se dirigía a la casa de Susan no pudo evitar pensar en lo frágil que era la existencia humana. De un simple plumazo podía desaparecer toda tu vida en un instante. No sólo un accidente o una enfermedad acababa con las personas, en cierto sentido, que la información sobre ti desapareciera era una forma de morir. David conocía empresas que se dedicaban a limpiar tu reputación en Internet, no le sorprendería pensar que hubiera algunas que simplemente te borrarán de todas partes, como si nunca hubieras existido. GoodLife tenía el poder y la tecnología para hacerte desaparecer de repente.

Aunque la idea que más le preocupaba era que Susan le hubiera ocultado que estaba en GoodLife prácticamente desde su fundación y que era la mano derecha de Alicia e Irina. Él siempre había creído que ella era una ingeniera más en una gigantesca corporación, pero si Susan era una de las personas más importantes de GoodLife, ¿por qué estaba intentando ayudarle?

David también había investigado a Susan esa mañana y efectivamente llevaba en la empresa desde casi el principio. Susan fue la primera persona contratada y había ocupado puestos de alta responsabilidad en GoodLife. Además Susan era la responsable del programa de inteligencia artificial Babel Fish.

Cuando se detuvo frente a la casa se lo pensó dos veces antes de caminar por el sendero hasta la puerta. Tenía dos opciones: enfrentar a Susan los hechos y sacarle toda la información posible, lo que rompería definitivamente su colaboración, o

simplemente pasarlo por alto e intentar aprovecharse de la ventaja que tenía al saber quién era ella.

Llamó al timbre y un par de minutos más tarde Susan abrió la puerta. Estaba deslumbrante. Llevaba una camisa de seda verde con un escote prominente y unos pantalones vaqueros azules. Caminaba descalza por la casa, pisando una moqueta mullida y suave. David la saludó fríamente y entró en el salón.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Susan mientras se dirigía a la cocina.

—¿Tienes algo fuerte? —preguntó David sentándose en una de los sillones. — Creo que sí, yo no bebo alcohol, pero a Mathieu le gustaba el bourbon. Susan apareció con un refresco en una mano y una copa en la otra y se la pasó a David. Se sentó en el sillón con las piernas cruzadas y le miró sonriente.

—¿Has tenido un buen día? —preguntó la mujer. David se sintió como un marido que regresa a casa después de una larga jornada y por primera vez en la vida le gustó la idea, pero Susan no era lo que parecía o por lo menos le ocultaba demasiadas cosas.

**Día 3, 8:00 PM.**  
**Universidad de Berkeley,**  
**San Francisco, California.**

Después de dos días sin descanso, Jonathan Huxley había logrado aislar la bacteria y hacer varios intentos para destruirla. La bacteria era muy parecida a la *Alcanivorax borkumensis*, las misma que se usaba para comerse las manchas de petróleo en los océanos. La bacteria fue usada con éxito por primera vez en una de las mayores catástrofes ecológicas de los últimos tiempos. Un pozo petrolífero frente a las costas de Florida había explotado dejando escapar la mayor fuga de crudo de los últimos diez años y la única forma de parar la marea negra que amenazaba las costas de los Estados Unidos había sido gracias a esa bacteria modificada. Las bacterias actuaban de una manera muy eficaz. Producían unas enzimas que degradaban el petróleo muy rápidamente. La *Alcanivorax* crecía rápidamente en el petróleo crudo, produciendo una serie de biotensioactivos, que ayudaban a emulsionar el petróleo, lo que aceleraba el proceso de degradación.

Lo que no se había probado hasta ese momento eran bacterias que actuaran en el aire con la misma eficacia. Hasta donde Jonathan Huxley sabía, no había experimentos en este sentido. En el ámbito marino era más fácil, la bacteria modificada devoraba el petróleo rápidamente, casi tan rápidamente como la bacteria que se estaba comiendo toda la celulosa del planeta.

Otro de los problemas era que hasta ese momento se había investigado la aplicación de las bacterias para la mejora ambiental, cómo aumentar su eficacia de crecimiento y de destrucción; ahora Jonathan Huxley tenía que averiguar cómo pararla.

Parecía que otra bacteria era la solución. La bacteria creada por él era capaz de comerse a la de la celulosa y reproducirse tan rápido que desplazaba a su contrincante en unas pocas horas. Todavía era una prueba, pero si en los nuevos experimentos producía los mismos resultados, presentaría la fórmula al director del instituto y este al gobierno. Calculaba que la nueva bacteria necesitaría cinco días para hacerse con el control, pero durante el proceso se lograrían salvar millones de libras.

Día 3, 8:45 PM.  
Melvilla Ave,  
Palo Alto, San Francisco.

—¿Quieres cenar algo? —preguntó Susan. David negó con la cabeza y continuó en su taciturna actitud durante un par de minutos.

—¿Te encuentras bien? Te dejé esta mañana lleno de energía y ahora pareces cansado y apagado. —Llevo varios días durmiendo poco y pensando demasiado. — Puedo prepararte un sándwich. Seguro que comer algo te hará recuperar fuerzas. — No, gracias. Susan se levantó y buscó el Mac. Después se lo puso en el regazo e invitó a David a que se aproximara.

—He estado mirando esto. Al parecer el *Jimmy Watson Institute* firmó un acuerdo con GoodLife para desarrollar su programa sobre el genoma humano. La compañía ofrecía la tecnología para mejorar los procesos del instituto y este le facilitaba el conocimiento para que los usuarios puedan saber su propio perfil genético y protegerse de posibles enfermedades en el futuro. —¿Cómo es posible que tú no lo supieras? —preguntó David. —No conozco los proyectos nuevos de GoodLife. Casi todas las semanas comenzamos alguno diferente. ¿Sabes que los viernes los empleados proponen nuevas ideas y muchas terminan llevándose a la práctica? — Pero, pensé que con tu posición en la compañía —dijo David para intentar tirar de la lengua a la mujer. — El proyecto se ha puesto en marcha a través de la fundación. No sigo mucho las actividades que tienen, ya tengo suficiente con mi trabajo —dijo Susan comenzando a enfadarse. —Pero ¿Mathieu no te contó nada? —Intentábamos no hablar del trabajo en casa. Era la única manera de desconectar. —¿Cuánto tiempo llevaba él en la empresa? —Dos años y medio, aproximadamente —dijo Susan moviéndose inquieta en el sofá. —Según tengo entendido era uno de los ingenieros más capaces, ¿por qué se marchó a la fundación? —preguntó David cada vez más incisivo. —Quería hacer algo por los demás. La investigación te llena, pero hay momentos en que te hace perder el sentido de la realidad. Vives tanto en el mundo virtual que se te olvida que existe otro mundo en el que gente sufre y muere todos los días —dijo Susan. —A ti no parece afectarte Susan miró sorprendida a David, no entendía su actitud ni a qué venía todo aquel interrogatorio.

—Me gusta mi trabajo. He nacido para ello, no creo que eso tenga nada de malo —dijo Susan poniéndose a la defensiva. —Naturalmente que no, pero me extraña que en todo este tiempo no te plantearas algún cambio —dijo David.

—¿Cambios? Nos íbamos a casar. Queríamos tener hijos pronto, yo tengo treinta y cuatro años. ¿Te parecen suficientes cambios? —dijo Susan comenzando a llorar. David se quedó callado y después pasó el brazo por la espalda de la mujer. A veces se

olvidaba de lo que debía estar pasando Susan. Al fin y al cabo, había perdido a su compañero y futuro marido.

—Discúlpame. Estoy demasiado cansado y comienzo a perder los nervios. Será mejor que me marche. —No, por favor, quédate un poco más —dijo la mujer reteniéndole con la mano. David la miró y sintió el impulso de besarla, pero la imagen de Carmen acudió a su mente. Era su mejor amiga, no podía hacerle algo así.

—Me quedaré un poco más —dijo David sentándose de nuevo—, pero tendrás que prepararme tu sándwich especial.

**Día 3, 9:00 PM.**  
**Universidad de Berkeley,**  
**San Francisco, California.**

Un ruido de cristales le alertó. Aquel edificio era muy seguro, pero a veces algún estudiante quería hacerse el gracioso y robar alguna muestra para presumir con sus amigos. Jonathan Huxley se puso en pie y se dirigió hacia la ventana, miró hacia el jardín que rodeaba al laboratorio, pero no observó nada extraño.

Regresó a la mesa de trabajo, pero enseguida escuchó pasos en el pasillo. Se asustó. Podían ser ladrones o algo peor, pero su cuerpo rechoncho y su falta de agilidad le mantuvieron quieto, aunque en alerta.

Cuando los pasos se detuvieron enfrente de la puerta. Tomó una de las muestras y la guardó en un tubo de ensayo y la metió en el bolsillo. Después se puso en pie y se acercó a la ventana.

Dos hombres entraron en el laboratorio. Eran altos y fornidos, pero las sombras del pasillo no le permitían verles el rostro.

—¿Jonathan Huxley? —preguntó uno de los hombres con una voz ronca y ruda. Se quedó petrificado, ¿cómo sabían su nombre?

—¿Qué sucede? Uno de los hombres extrajo una pistola con silenciador y le apuntó.

—Me temo que ha terminado su trabajo por hoy. ¿Dónde tiene las muestras? Jonathan señaló la mesa y después se apartó un poco.

—¿Está todo aquí? Jonathan asintió con la cabeza. Los dos hombres se aproximaron un par de pasos. El joven comenzó a sudar y por unos instantes supo que estaba a punto de morir.

Día 3, 9:15 PM.  
Melvilla Ave,  
Palo Alto, San Francisco.

Los dos habían terminado en la cocina charlando amigablemente. Por unos momentos se habían olvidado de la investigación y se habían dedicado a conversar de sus primeros años en San Francisco, del tiempo que habían pasado en la universidad y de sus sueños para el futuro.

Susan terminó los sándwiches y los colocó en dos platos, después hizo una ensalada y entre los dos llevaron la comida al salón. Encendieron la televisión y pusieron una vieja película mientras comían.

—Afortunadamente las películas siguen viéndose sin problemas — dijo David. — Sí, por lo menos nos queda el cine para consolarnos. —Espero que todo vuelva a la calma pronto. Echo de menos un buen libro en las manos o leer algo en mi iPad — dijo David con la boca medio llena. Un coche se detuvo frente a la fachada de la casa y cuatro personas bajaron en silencio. Parecían un grupo de amigos dispuestos a tomar la última copa antes de regresar a casa, pero cuando entraron en el jardín de Susan sacaron varias pistolas y empujaron con fuerza la puerta.

Susan y David se sobresaltaron. Se pusieron en pie, David cogió el *pendrive* y corrieron a la parte trasera justo antes de que la puerta de la casa se abriera. Observaron el jardín a oscuras y Susan le hizo una señal para que saltaran la valla. Cuando sus perseguidores entraron en el jardín, ellos dos ya estaban en el de la casa de al lado. Diez minutos más tarde corrían por la avenida en busca de un taxi. Un frío húmedo ascendía por los pies desnudos de Susan, pero apenas lo sentía. Su instinto de supervivencia le decía que no podían parar hasta estar a salvo.



**Día 3, 9:20 PM.**  
**Universidad de Berkeley,**  
**San Francisco, California.**

Lo único que separaba a Jonathan Huxley de la muerte era su astucia. Pensó que todavía tenía unos treinta segundos para escapar. Encima de la mesa tenía una solución bastante inflamable, si lograba explosiónarla, tal vez tendría una posibilidad de huir.

Los dos hombres se aproximaron hasta la mesa. Jonathan retrocedió, pero antes lanzó varios de los productos químicos sobre la madera. Una llama azul se extendió por la mesa y los dos hombres retrocedieron. Jonathan aprovechó para acercarse a la ventana y abrirla. Se lanzó al jardín, que estaba a poco más de dos metros del primer piso y cayó sobre el césped húmedo de la madrugada.

Los hombres gritaron algo desde la ventana y dispararon sus pistolas. Jonathan escuchó el leve zumbido cerca de los oídos. Se puso en pie y comenzó a correr. Instintivamente metió la mano en el bolsillo para asegurarse de que no se había roto el tubo de ensayo e intentó pensar a dónde podía dirigirse. Su habitación en el campus estaba descartada y la casa de sus amigos también; sin duda sería el primer lugar donde le buscarían.

Corrió hacia la casa de su antiguo profesor de química en el instituto, nadie le buscaría allí. Después ya tendría tiempo de pensar como haría llegar su descubrimiento a la universidad y desde allí al gobierno.

Se quitó la bata blanca y se aproximó a la casa. Todo estaba a oscuras. Llamó a la puerta y casi cinco minutos más tarde apareció su profesor en batín.

—Pero quién diablos llama a estas horas. Cuando el viejo profesor observó la cara sudorosa y asustada de su antiguo alumno, le hizo pasar y cerró rápidamente la puerta. Algo debía ir muy mal para que se presentara a esas horas sin avisar, pensó el anciano mientras miraba a ambos lados del jardín y cerraba la puerta de la casa.

Día 3, 11:20 PM.  
Jones Rd,  
Los Gatos, California.

El único sitio al que se les ocurrió acudir fue a la casa de Larsson. David creía que era un tipo enfermo, pero una de las pocas personas del mundo que les acogería sin hacer preguntas y les ayudaría a defenderse. Susan se negó en redondo y le pidió a su amigo que la dejara en casa de su hermana, pero David insistió en que era peligroso.

Cuando el taxi se detuvo frente a la hermosa casa de ladrillo oscuro rodeada de árboles y una vallita blanca, David no daba crédito a lo que veía. Se había imaginado una casa destartada de loco obsesionado con las conspiraciones.

Cuando Larsson abrió la puerta se quedó boquiabierto.

—¡Qué diablos! ¿Cómo se te ocurre traerla aquí? —preguntó con el ceño fruncido. —Nos atacaron en su casa, el único sitio seguro que se me ocurrió fue este —dijo David en tono de disculpa. —Ella es una de las trabajadoras de la compañía. ¿Por qué iban a querer matarla? Susan muy seria se dio media vuelta y se dirigió de nuevo a la calle.

—Espera Susan —dijo David corriendo detrás de ella. —No sé en que estabas pensando, pero ese tipo echa pestes sobre todo el trabajo de GoodLife, ¿no pretenderás que me quede aquí? —dijo Susan frunciendo los labios.

—¿Todavía no has comprendido que es GoodLife la que ha tratado de matarnos? —¿Qué te hace suponer eso? ¿Los desvaríos de gente como Larsson que crea una página web para difamar a la gente sin pruebas? —Entonces, si no fue GoodLife, ¿quién mandó a esos matones? —No lo sé, a lo mejor fue el gobierno o eran terroristas... —GoodLife es el único que ha salido beneficiado de esta crisis a nivel mundial. Se ha quedado sin competidores y el mundo está a sus pies. —Eso no demuestra nada. Larsson se acercó hasta ellos en el centro de la calle.

—Será mejor que paséis dentro antes de que algún vecino llame a la policía. El interior de la casa no tenía nada que ver con la fachada. No había apenas muebles y la vivienda parecía un búnker, con varios sistemas de alarma y ordenadores por todos lados. David y Susan se sentaron en un viejo sillón y Larsson tomó una silla.

—¿Se puede saber qué diablos queréis de mí? —Larsson, en el *pendrive* que me dio Mathieu hay varios documentos que relacionan a GoodLife y el *Jimmy Watson Institute*. —Eso es lo que intenté explicarte esta tarde —dijo Larsson. —Pero ¿por qué se han unido dos compañías tan dispares? —pregunto David. —Pregúntaselo a tu amiga. Susan le miró enfadada.

—No sé nada, ese proyecto es de la fundación, no de la compañía. —Tampoco sabes nada de Babel Fish, ¿verdad?

—Babel Fish es uno de los programas nuevos de GoodLife y no podemos contar nada de él hasta que esté terminado —dijo Susan. —Ya te comenté que esta mujer es una de las empleadas modelos de la compañía. —Es secreto profesional, nuestros competidores siempre están buscando adelantarnos —dijo Susan. —Lo mismo que vosotros —contestó Larsson. —¿Puedes explicarnos algo del *Jimmy Watson Institute*? —preguntó David. —Jimmy Watson es uno de los tipos más polémicos del mundo científico. Es biólogo y hace cinco años se empeñó en descifrar el Genoma Humano y lo consiguió. Desde entonces está creando la mayor base de información genética del planeta. Su gran ambición es tener antes de cinco años todo el ADN de la creación. —Ese tipo en es un loco —dijo David. —O un visionario —apuntó Susan. Larsson la miró de soslayo y continuó su explicación,

—Jimmy ha firmado un acuerdo con GoodLife como te comenté. Uno pone la tecnología y el otro la información —dijo Larsson. —¿Y qué tiene eso de malo? —preguntó Susan. —Esa información en malas manos es letal. Los seguros médicos no harían pólizas a personas con riesgo de contraer ciertas enfermedades, empresas rechazarían a candidatos a nuevos empleos, incluso podría discriminarse a pueblos enteros —dijo Larsson. —Pero GoodLife siempre ha demostrado su honradez —dijo Susan.

—¿Su honradez? ¿Sabéis a qué otra cosa se dedica el bueno de Jimmy? —dijo sarcásticamente Larsson. Los dos le miraron intrigados.

—Crea bacterias que comen petróleo. Se han usado para catástrofes naturales con un óptimo resultado. —¿Y? —preguntó David. —Creo que esos malditos hijos de puta han modificado bacterias para que se comieran toda la celulosa del planeta. —¿Qué? —preguntó Susan. —Sí, han creado un bichito invisible que se ha comido todo el papel como si se tratara del mejor manjar del mundo.

**Día 4, 01:20 AM.**  
**Ambar Way,**  
**Menlo Park, California.**

Después de dos horas de conversación y varios cafés, Jonathan Huxley empezó a sentirse más calmado, su viejo profesor Mr. Rutan le había escuchado con paciencia y casi sin interrumpirle. Llevaba jubilado dos años y eso era lo más emocionante que le había sucedido desde entonces. Ahora pasaba la mayor parte de su tiempo arreglando el jardín o leyendo libros de la biblioteca pública. Jonathan había sido uno de sus alumnos más brillantes y ahora, después de tantos años, le contaba aquella historia increíble sobre las bacterias que se estaban comiendo el papel.

—Será mejor que mañana vayas directamente al FBI y le cuentes lo que ha sucedido —dijo Mr. Rutan mientras se levantaba de su cómodo sofá de piel. —Tiene razón —dijo Jonathan más tranquilo. —¿Has guardado en la nevera el tubo? —preguntó Mr. Rutan. —Sí, espero que mañana por la mañana esté todavía viva la bacteria que he modificado —dijo Jonathan muerto de sueño. El profesor le preparó la habitación de invitados, el joven se aseó un poco y en unos minutos estuvo tumbado en la cama. Intentó descansar, pero se sentía otra vez despejado. Por un lado tenía la sensación de estar haciendo algo grande, pero por el otro tenía mucho miedo.

Se levantó de la cama y contempló la noche clareada por la Luna y las estrellas. Sin duda el universo era el mayor misterio por descubrir, pero él estaba acostumbrado a su microuniverso de bacterias y virus, un mundo invisible, pero letal cuando se hacía visible al ser humano. Se tumbó de nuevo y cerró los ojos, había dado con el remedio para la mayor catástrofe de los últimos mil años y en veinticuatro horas sería el hombre más famoso del mundo, pensó cuando el sueño le invadía de nuevo.

Día 4, 01:20 AM.  
Jones Rd,  
Los Gatos, California.

—Esas acusaciones son muy graves —dijo Susan. Larsson encendió el ordenador y les enseñó la página web del *Jimmy Watson Institute*. En la web se hacía referencia a sus estudios bacteriológicos y a su bacteria comedora de petróleo.

—Muy bien, como ves, no es ningún secreto —dijo Susan. Larsson tecleó en el ordenador y entraron dentro de la parte corporativa. En ella había una sección de nuevos proyectos, entre ellos uno de bacterias que comían papel, hierro y otros materiales.

—¡Es increíble! —dijo David. —Sin duda son ellos. No sé cómo ha extendido esa bacteria por el mundo, pero han ayudado a GoodLife. —Eso no demuestra que haya sido GoodLife —dijo Susan. —Son los principales sospechosos. ¿No crees? —dijo Larsson. —No creo nada. Son simples suposiciones. El hombre se dirigió del nuevo al ordenador. En la pantalla apareció un mapa del mundo. Después las zonas contaminadas con el virus informático.

—Un amigo mío ha rastreado el origen del virus, partió de aquí —dijo señalando la pantalla con un dedo. —¿Georgia? —preguntó David.

—Sí, pero lo más curioso es que los servidores de GoodLife lo distribuyeron por toda la red a través del correo electrónico gratuito de la compañía. Sus sistemas de seguridad no detectaron nada o alguien simplemente los anuló —dijo Larsson. —Eso es imposible. Conozco perfectamente los sistemas de seguridad de nuestro correo, es imposible que se cuele un virus de esas características —dijo Susan. — A no ser que alguien les dejara entrar —dijo Larsson—, o que ellos mismos lo lanzaran. —Los dos ataques fueron de GoodLife —dijo David. —Sí, sin duda —aseguró Larsson. Susan se levantó indignada.

—No voy a escuchar ni una sola palabra más - Caminó hacia la salida, pero se dio cuenta de que estaba descalza y que no tenía sus tarjetas - David, ¿tienes para un taxi? —No vas a encontrar uno a estas horas —dijo su amigo. Larsson se cruzó de brazos y le dijo:

—Creo que es el momento de que nos hables de Babel Fish. Susan hizo como si no le escuchara y se dirigió de nuevo a su amigo.

—Por favor llama a un taxi. David la miró algo sorprendido. No entendía su insistencia por irse. Sacó el móvil, pero antes de marcar le dijo:

—No comprendo por qué les proteges. Han intentado matarte y lo volverán a hacer en cuanto te tengan a tiro —dijo David. —Alicia e Irina me lo han dado todo. Llevamos juntas desde el principio, las conozco y son incapaces de matar a una

mosca. —La gente cambia —dijo Larsson.

—¿Por qué iban a cambiar? —preguntó Susan. —El poder, la ambición o el dinero pueden cambiar a una persona. Hay muchas razones —dijo David. —Su sueño es mejorar el mundo —dijo Susan. —¿A costa de qué? —preguntó Larsson. —A costa de nada —contestó Susan. —¿Qué es Babel Fish? —preguntó de nuevo David. Susan le miró con los ojos rojos y comenzó a llorar como una niña. Se fundieron en un abrazo, mientras ella no dejaba de repetir el nombre de su novio.

**Día 4, 01:30 AM.**  
**Manuela Av,**  
**Palo Alto, California.**

Alicia se sentía agotada; había sido uno de los días más largos y difíciles de los últimos años. Prácticamente el 80% de los países del mundo se había sumado a su proyecto de escaneo de libros, un número incalculable de compañías, fundaciones e iglesias. Desde las siete de la mañana había tenido que organizar el envío de equipos de escaneo o facilitar los programas para protección de libros digitales ya escaneados. Llevaba dos días infernales y al ritmo que avanzaba el escaneo, los tres próximos días iban a ser iguales.

Desde que ella e Irina habían fundado GoodLife las cosas habían funcionado muy bien. Aunque es cierto que al principio les costó conseguir financiación, al final uno de los inversores más importantes en nuevas tecnologías, Mark Faletti, había invertido más de 2 millones de dólares, lo que les había permitido comprar nuevos equipos y que su proyecto de carrera se convirtiera en una compañía solvente.

Irina había insistido en vender GoodLife cuando llevaban un año de existencia, pero afortunadamente las grandes empresas de Internet pensaban que la búsqueda no era un buen negocio y no habían aceptado sus ofertas.

Alicia se había casado tres años antes y ahora tenía una familia con dos hijos y un marido, que en muchas ocasiones ocupaba el papel que le hubiera gustado tener a ella. Cuando los niños tenían que ir al médico o hacían alguna representación en la escuela o simplemente se pasaban la noche sin dormir, era James, su marido, el que los cuidaba.

Después de repasar las últimas cifras en su ordenador, Alicia se tumbó en la cama y percibió como la carga de los hombros comenzaba a relajarse. Le molestaba mucho la espalda y le escocían los ojos. Se quedó unos instantes con la mente en blanco e intentó imaginar que aquello pasaría pronto y al final su compañía se convertiría en líder mundial y muchos de sus sueños, proyectos y ambiciones se cumplirían por fin. Ella que había visto la desesperación de sus abuelos cuando se quedaron casi sin casa, después de que la fábrica de automóviles para la que trabajaban cerrara, ahora intentaba favorecer a sus empleados, crear dentro de GoodLife algo parecido a la sociedad equilibrada y feliz de los años cincuenta.

Se giró y vio el rostro de James. Era un hombre guapo, algo más joven que ella, servicial y educado, el perfecto padre y esposo. Le acarició la cara y después se volvió a recostar.

Repasó las últimas cosas que tenía que hacer al día siguiente, se tumbó de lado y se durmió.

Desde hacía una semana tenía un sueño recurrente, casi una pesadilla. Entraba en GoodLife y a medida que cruzaba las salas todo se iba deshaciendo como si tratara de un edificio de chocolate. Paredes, mesas, ordenadores se convertían en pocos segundos en algo líquido y después desaparecían sin dejar rastro. Cuando llegaba a su despacho, este comenzaba a desaparecer y de repente se encontraba en medio de un solar vacío, cubierto de maleza y completamente sola.

Intentó pensar en otra cosa e imaginar las próximas semanas y el futuro que les esperaba, pero no lograba pensar nada. Apretó los ojos para esforzarse en dormir, pero la mente no dejaba de darle vueltas. Al final se volvió a levantar, se marchó a su despacho y puso algo de música mientras trabajaba.

Cuando el sueño la venció, se quedó dormida sobre el teclado con el monitor parpadeando incesantemente el logo de la empresa, que parecía moverse inquieto por toda la negrura de la pantalla.



Día 4, 01:30 AM.  
Jones Rd,  
Los Gatos, California.

Al final Larsson les preparó un café y los tres se acomodaron en el sillón. Susan dio varios sorbos a la taza antes de comenzar a hablar. Se sentía cansada, aturdida y asustada. Su vida había estado programada durante los últimos diez años y ahora se encontraba patas arriba. Ella había sido una buena chica. Deportista, estudiosa y atractiva. Sabía lo que quería y como conseguirlo. GoodLife había supuesto todo un reto, había visto como casi de la nada se creaba una de las compañías más importantes del mundo. Una empresa ideal para mujeres, comprensiva con la vida de sus empleados y que ayudaba al mundo a través de su organización humanitaria. Pensaba morir de vieja en la compañía junto a su novio, pero ahora su mundo se venía abajo.

—¿Conocéis algo de Inteligencia artificial? —preguntó Susan a los dos hombres. —Lo que he leído en la prensa —dijo David. —Algo —dijo Larsson. —Es la rama de la ciencia que pretende crear máquinas inteligentes, que piensen por ellas mismas. Los científicos han intentado imitar la sapiencia, la inteligencia del Homo sapiens, en las máquinas. La historia de la Inteligencia artificial es más larga de lo que la gente piensa. Los mitos griegos ya hablaban de esta posibilidad. Muchos cultos paganos griegos y egipcios ya utilizaban máquinas que representaban a seres humanos que se movían o hablaban, naturalmente manipuladas desde dentro. Aunque no fue hasta el siglo XIX que los nuevos mitos de los autómatas se puso de moda. El famoso libro de Frankenstein es un claro ejemplo. En 1956, se convocó una conferencia para hablar de Inteligencia artificial. Investigadores como John McCarthy, Marvin Minsky o Herbert Simon se convirtieron en los pioneros de la investigación. En 1960 el gobierno de los Estados Unidos creó su propio programa de investigación apoyado por el Departamento de Defensa. —Los militares siempre intentando crear monstruos —dijo Larsson. —Todo el mundo sabe que la mayoría de los logros técnicos se han producido mientras se investigaban nuevas armas —dijo David. —En los años 80 se diseñaron los primeros prototipos que imitaban la inteligencia humana. Japón y Gran Bretaña también crearon sus propios programas de Inteligencia artificial. A finales de los 80 se inventaron algunas máquinas, pero fueron una decepción y no consiguieron venderse en el mercado de las telecomunicaciones. —En definitiva, la cosa no está muy desarrollada —dijo David. —Durante los últimos diez años se ha avanzado más de lo que la gente cree, nuestra compañía ha invertido millones de dólares. Ahora tenemos los ordenadores que pueden hacer todos esos miles de algoritmos, todas las posibilidades de respuesta ante una pregunta simple. Es como si hasta hace unos años

sólo pudiéramos crear niños de uno o dos años, pero en los últimos tiempos se han logrado construir máquinas capaces de pensar como Einstein —dijo Susan.

—¿Sí? —preguntó sorprendido David. —La idea de GoodLife para su programa Babel Fish es doble, por un lado estamos creando un gran ordenador que pueda asimilar todo el conocimiento que hasta este momento ha acumulado la humanidad. Este gigante servirá para ayudar en la búsqueda, porque al pensar como un humano entenderá mejor lo que buscan los humanos. El programa se ha desarrollado a medias con la NASA —dijo Susan. —¿Con la NASA? —dijo David. —Se ha creado una escuela para científicos que hemos llamado Universidad de la Inteligencia artificial, la escuela ofrece cursos de biotecnología, nanotecnología e inteligencia artificial. Los expertos lo llaman singularidad, la capacidad de que cada máquina sea única, con su propia personalidad. —Es increíble —dijo David. —La máquina que hemos creado y está en prueba, Babel Fish, tiene otra función muy importante, es un educador —dijo Susan. —¿Un educador? —Sí, la idea es que en un año o dos se convierta en un tutor. Comenzará a usarse en escuelas para apoyo a los profesores y en una década será el educador, mucho más eficaz que los actuales maestros. David se quedó mudo. Larsson se incorporó en la silla y mirando a Susan le dijo:

—Una máquina que se ocupará de educar a una nueva generación. ¿No te parece peligroso?

—¿Por qué? Utilizamos máquinas para casi todo, por qué no para educar a nuestros hijos. —A nuestros hijos, a nuestros universitarios. ¿Qué pasaría si alguien manipula la información y educa a la gente en valores como los fascistas o los nazis? —preguntó Larsson. —Nosotros controlamos al programa —dijo Susan. —Sí, pero ¿quién os controla a vosotros? —preguntó Larsson. Susan se quedó pensativa. Después miró a David en busca de ayuda.

—¿Por qué llamarlo Babel Fish? —preguntó David. —Era una broma de Irina. En el libro de *La guía del autoestopista galáctico* habla de unos peces que si te los pones en la oreja pueden traducirte cualquier idioma. Pensamos que era una manera divertida de llamar a nuestra máquina.

Día 4, 09:30 AM.  
FBI San Francisco 450 Golden Gate Avenue,  
San Francisco.

A pesar del cansancio había madrugado con la idea de acercarse a primera hora a la oficina central del FBI en la ciudad. Mr. Rutan insistió en acercarse a Jonathan Huxley hasta allí. Quería asegurarse de que no le sucedería nada. Después de un desayuno ligero y tras guardar las muestras del laboratorio, los dos tomaron el viejo Ford del profesor y se dirigieron a las oficinas.

Durante el trayecto permanecieron en silencio, como si lo sucedido la noche anterior aún les tuviera cavilando sobre los pros y contras de presentarse con una posible solución en mitad de un momento tan caótico.

Aparcaron el coche y se dirigieron a la planta 13 del edificio. El profesor Mr. Rutan se acercó al mostrador de información y con tono suave dijo a la recepcionista:

—Señorita, necesitamos hablar con un agente de inmediato, tenemos un dato muy importante que podría ayudar a parar la destrucción de celulosa en el mundo. La mujer les miró con cara de indiferencia, apretó un botón y habló por el micrófono.

—Tengo otros dos que vienen por el asunto de papel. Ok —dijo la mujer mirando hacia el vacío. Después se dirigió al profesor—. Por favor siéntense en esa sala, les atenderán lo antes posible. Los dos se dirigieron a la salita, se acomodaron en un sillón y esperaron pacientemente. Una media hora más tarde un agente alto, delgado, de cara muy pálida y profundas ojeras negras se les acercó.

—Por favor, síganme. Caminaron por varios pasillos hasta una sala de interrogatorios o eso es lo que le pareció a Jonathan. Después se sentaron en dos sillas frente a una mesa vacía.

—¿Quieren un café? Es de máquina pero está delicioso. —Sí, por favor —dijo Mr. Rutan. Jonathan negó con la cabeza. El agente desapareció y regresó unos minutos más tarde con dos cafés en vasos de plástico. Se sentó y les dijo:

—Mi nombre es agente Andreiev. ¿En qué puedo ayudarles? Los dos hombres vacilaron por unos instantes, se miraron uno al otro y al final el profesor comenzó a hablar.

—Buenos días, mi nombre es John Rutan, he sido profesor en el instituto de Stanford durante cuarenta años y ahora estoy jubilado. Anoche vino a mi casa Jonathan Huxley, el joven aquí presente, es un exalumno mío, a decir verdad uno de los más brillantes que he tenido. —Encantado, me he olvidado decirles que todo lo que digan será grabado en video. Desde que nos hemos quedado sin papel es la única forma de hacer un informe. —Está bien —dijo el profesor. —Ustedes dirán.

Jonathan levantó la mirada por primera vez y se dirigió directamente al agente.

—He estado investigando la causa de la destrucción de celulosa. Me costó aislar al agente causante, pero lo logré. —Estupendo, se puede saber de qué diablos se trata —dijo el agente. —Es una bacteria modificada para destruir el papel. Si tenemos los medios adecuados podemos averiguar hasta dónde se pudo producir —dijo Jonathan recuperando la seguridad en sí mismo. —Genial, ¿tiene alguna muestra? —preguntó el agente impaciente. No era el primer chiflado que se acercaba a la oficina con la supuesta solución al problema del papel. Normalmente se perdía más tiempo con falsas alarmas que descubriendo verdaderamente el caso. —Sí, aquí tengo la bacteria y también el remedio —dijo Jonathan sacando el tubo de ensayo. El agente le miró sorprendido. Después se puso recto en la silla, como un perro de caza que al fin ha olisqueado a su presa y dijo:

—Ahora va a explicarme todo detenidamente. El tiempo apremia.

**Día 4, 09:45 AM.**  
**Jimmy Watson Institute,**  
**San Francisco, California.**

—Todo funciona a la perfección, según lo previsto —dijo Jimmy Watson por teléfono. —¿Está seguro? —preguntó una voz al otro lado de la línea. —Sí, hoy mismo presentaremos el remedio al gobierno y esperamos poder parar la desaparición de la celulosa en cuatro o cinco días —dijo Jimmy. —Eso es una buena noticia. —En cuanto deje de hablar contigo llamaré a la Casa Blanca. Naturalmente sacaremos un buen pellizco, imagino que el gobierno de Estados Unidos y el resto del mundo pagará lo que sea por la fórmula. —A no ser que se la den gratis —dijo la voz al otro lado. —¿Gratis? —preguntó Jimmy alterado. —Detectamos datos sobre la bacteria en un ordenador de la universidad de Stanford, acudimos a ver de qué se trataba y a destruir la información, pero el joven que estaba allí escapó, imaginamos que con alguna muestra. Según lo que hemos visto en su ordenador, tenía un remedio para frenar a la bacteria. —Mierda, eso puedo hacernos perder mucho dinero. ¿Dónde está el chico?

—Un ordenador nos ha avisado de que se han metido sus datos en una base de la sede central del FBI en San Francisco. —¿Puedes hacer algo? —preguntó Jimmy. —Anular los datos, borrar la grabación y eliminar al chico. Tengo algunos amigos en la Agencia —dijo la voz. —Hazlo de inmediato. No podemos arriesgarnos. Mañana a primera hora hablaré personalmente con el Presidente y no quiero competencia. —Está bien, pero me debes una. —Te lo pagaré, te lo aseguro. Jimmy cortó la comunicación del iPhone y se recostó en la silla de cuero. Aquellos imprevistos formaban parte de la vida. No era la primera vez que paraba los pies a un jovencito listillo que quería robarle una fórmula. Apretó un botón y pidió un café a su secretaria. Necesitaba algo que le despejara bien; tenían que producir el remedio y distribuirlo en dos días. Salvar al mundo era agotador.

**Día 4, 10:00 AM.**  
**Jones Rd,**  
**Los Gatos, California.**

Larsson parecía muy amable aquella mañana, les había preparado un desayuno exquisito y estaba de buen humor. Susan y David tomaron las tostadas, el zumo de naranja y el café con calma. Después intentaron aclarar sus ideas y su plan de actuación, hasta que Larsson les explicó el porqué de tanta alegría.

—He colgado toda la información a primera hora en mi web. En un par de horas todos los medios hablarán de ello. ¿No es fantástico? —¿Qué has hecho? —preguntó David enfadado. —Es la mejor manera de protegeros y de que el rumor se extienda. Seguro que ya habrá gente hablando de ello en Facebook y Twitter. —Eso es una locura —dijo Susan—, no tenemos ninguna prueba. —Has firmado tu sentencia de muerte y la nuestra. Esta gente no va a parar. Larsson les miró molesto, después giró la pantalla de su Mac y les mostró la web.

—Mirad las malditas visitas —dijo señalando la pantalla. Los tres observaron la sencilla página de fondo blanco y letras negras. No había nada sobre GoodLife.

—¿Nos has gastado una broma? —preguntó David. Larsson volvió a enfocar el monitor y miró su web. El último artículo era de hacía unos días. Alguien había borrado el de GoodLife.

—Pero ¡mierda! Esos hijos de puta no lo van a poner fácil.

—Te has expuesto y ahora tu casa no es un lugar seguro, será mejor que nos marchemos —dijo David. Larsson les miró sorprendido. Tenía un sofisticado sistema de seguridad que hacía casi imposible que borrarán nada de lo que escribía en la red, pero estaban luchando contra algo demasiado poderoso.

David se levantó de la mesa. Se colocó los zapatos y cogió las pocas cosas que llevaba encima. Susan únicamente tenía su ropa y unas zapatillas viejas que le había prestado Larsson.

—Venga —dijo David al ver que el hombre no reaccionaba. Al final se puso en pie y después de calzarse les dijo:

—Siempre tengo un equipo de emergencia en el coche. Voy a comprobarlo y a calentar el motor, ese trasto es demasiado viejo. Susan se peinó en el baño e intentó animarse un poco. Cuando volvió al salón, David la esperaba con la puerta abierta. Se aproximaron a la salida y apenas les dio tiempo a reaccionar.

Una fuerte explosión los sacudió y lanzó contra el suelo. Los cristales de toda la casa estallaron y una bocanada de fuego estuvo a punto de abrasarles. Cuando David se levantó con el rostro completamente ennegrecido y los oídos reventados por la detonación, lo único que vio fue el amasijo de hierros en los que se había convertido

el coche de Larsson. Ayudó a Susan a ponerse en pie. Permanecieron unos segundos observando el fuego, impresionados y paralizados por el horror. Ellos debían haber muerto en ese coche, pensó David.

—¿Y qué haremos ahora? —preguntó Susan asustada. —Tenemos que reunir toda la información disponible y entregarla a las autoridades. Es la única forma de parar esto —dijo David. —Pero ¿cómo?

—¿Crees que funcionará todavía tu acceso a GoodLife? —No lo sé. —Tendremos que intentarlo esta noche —dijo David. —¿Qué haremos hasta esa hora? —Es importante que no realicemos ninguna llamada, compra o cualquier cosa que les haga pensar que estamos vivos. Para ellos estamos muertos y así seguiremos hasta que mostremos al mundo la verdadera cara de GoodLife.

Día 4, 11:15 AM.

Sede de GoodLife Mountain View,  
Santa Clara, California.

Irina observó al grupo de niños que la rodeaban. Era casi medio centenar. No paraban de moverse, correr y gritar. Habían hecho una selección para que hubiera de todas las razas y edades. El anuncio iba a dar la vuelta al mundo y todo estaba preparado al milímetro. Habían firmado un importante acuerdo con el estado de California y en unos días otros veinte estados se unirían al programa.

—Vamos a grabar a los niños y cuando haga el primer plano los sacamos y hablas tú. Ya lo montaremos después —dijo el realizador. —Perfecto, no creo que pueda decir nada coherente con una legión de niños gritándome al oído. —No seas tan quejica. Al final voy a pensar que es verdad que tienes manía a los niños —dijo Alicia. —Todo el mundo piensa que por el hecho de ser mujer me tienen que gustar los niños —dijo Irina frunciendo el ceño. —Yo no puedo opinar, a mí me encantan. Tengo dos y hubiera tenido más si no fuera tan mayor. La sala se vació de niños y el realizador hizo la indicación para grabar el mensaje.

—¿Estás preparada? —Sí, cuando quieras —contestó Irina. La cámara comenzó a grabar y la mujer puso la mejor de sus sonrisas.

—Soy Irina Koslov, cofundadora de GoodLife. En estos momentos difíciles para el mundo de la educación, nuestra compañía ofrece una herramienta segura para padres y educadores. Todos hemos soñado con que nuestros hijos reciban la mejor educación. Idiomas, cultura, formación para cualquier ocupación o habilidad ahora son posibles gracias a GoodLife. Nuestros expertos han creado un programa tutor capaz de enseñar a niños, jóvenes y adultos las más variadas disciplinas. Déjenme que les presente GoodLife. El realizador dejó de grabar.

—Aquí es donde metemos la presentación del programa —dijo el hombre. —Perfecto, ¿quiere que repita algo? —No ha quedado todo perfecto. Muchas gracias. —¿Cuándo podremos verlo? —preguntó Alicia. —Mañana mismo —dijo el realizador. —Estupendo. Irina se levantó del sillón y se acercó a su socia.

—¿Cómo va el programa GoodLife ADN? —Genial, aunque no sabemos dónde está Susan. La he llamado a casa, pero no contesta y su móvil está apagado. —Es raro en ella. Esperaremos a la tarde y si no aparece llamaremos a la policía —dijo Irina. —No te preocupes, yo la buscaré. Las dos mujeres volvieron a sus mesas de trabajo, pero unos segundos más tarde Alicia se dirigió de nuevo a Irina.

—¿Cómo va el programa de digitalización?

—Hemos ejecutado un 30%, casi todos los clientes están cubiertos. Si esto dura más pasaremos del 60% al 80% del mercado digital —dijo Irina. —¿Y el otro 20%?



—preguntó Alicia. —Si no para la destrucción de papel, simplemente desaparecerá para siempre.

**Día 4, 12:30 PM.**  
**FBI San Francisco 450 Golden Gate Avenue,**  
**San Francisco, California.**

El agente se había marchado una hora antes y les habían dejado solos en la sala de interrogatorios. Jonathan Huxley se había negado a dar su muestra hasta que llevaran a un investigador del FBI que comprendiera sobre microbiología.

—Creo que se han enfadado —dijo Mr. Rutan. —¿Por qué? Lo que les he pedido ha sido razonable. No quiero que mi trabajo se pierda detrás de un montón de burocracia o simplemente pasen los días y nadie haga nada —contestó Jonathan molesto. Mr Rutan levantó la mirada. Aquella no era su idea de un día perfecto. No es que su vida de jubilado fuera fascinante, pero al menos podía permitirse el lujo de ir a cualquier parte sin dar explicaciones.

La puerta se abrió y Mr Rutan suspiró aliviado. Dos agentes entraron en la habitación y se aproximaron a Jonathan.

—Necesitamos la muestra. Van a analizarla ahora mismo, ¿puede entregárnosla? Jonathan miró al tipo y negó con la cabeza. El agente se puso furioso y aproximó su prominente mentón a su cara.

—Mira hijo, esto no es un juego. Si no entregas la muestra estarás entorpeciendo una investigación federal. Eso son mínimo tres meses de cárcel. El joven se asustó, pero incompresiblemente mintió.

—No la llevo encima. La dejé en casa de Mr. Rutan. El anciano miró a su exalumno sorprendido. ¿Por qué diablos había mentido?, pensó mientras escuchaba de sus propios labios una excusa.

—Sí, no puede estar mucho tiempo a temperatura ambiente y como no sabíamos cuánto tiempo íbamos a estar aquí... Los dos hombres se acercaron a la puerta y la abrieron.

—Vamos a su casa ahora mismo. No podemos perder más tiempo. Jonathan y el profesor se levantaron y se dirigieron a la salida. Algo les decía que aquello no era normal, pero tenían que seguir el juego o de lo contrario podían aparecer sus cuerpos en cualquier cuneta o a orillas del mar.

Día 4, 2:00 PM.  
Sede de James Editors 424,  
Pacific Ave, San Francisco.

Algunos escritores aseguran que es imposible mantener una buena relación con tu editor, pero a David fue la única persona a la que se le ocurrió acudir. No quería involucrar más a su novia. La había llamado desde una cabina una hora antes para tranquilizarla, ella había insistido en verle para comprobar que estaba bien, pero él se había opuesto en redondo. Después Susan había llamado a GoodLife para explicar su falta al trabajo. Al parecer ya estaban empezando a preocuparse por su ausencia. Frank no se sorprendió de ver por segunda vez en aquella semana a su escritor preferido. Desde que el problema de la celulosa había comenzado, muchos editores se habían suicidado al ver cómo millones de dólares en libros habían desaparecido por completo, pero Frank había aprovechado y tras salvar parte de su fondo, lo había digitalizado y guardado en uno de los servidores seguros de GoodLife.

—Hola David, ¿qué te trae de nuevo por aquí?. —Perdona que te moleste, mi amiga Susan. Frank, mi editor —les presentó escuetamente David. —Encantado —dijo el editor. —Mis investigaciones sobre GoodLife están muy avanzadas, pero necesito tu ayuda de nuevo. —Soy todo oídos —dijo Franz sonriente.

—Ya conoces mis sospechas sobre el plan de destruir todos los libros del mundo para conseguir el dominio del mercado. —Sí, ya sabes que la historia me fascina. Es ese tipo de libros que se venden como rosquillas —comentó Frank. —Sé que te cuesta creer que todo esto se trate de una conspiración real, pero tenemos algunas pruebas y esperamos conseguir las definitivas esta noche. En cuanto las tengamos te las pasaremos a ti, no quiero enviarlas por correo electrónico, tú llevarás una copia a mi periódico y otra al FBI. Frank se quedó pensativo y después se rio.

—Te tomaste en serio todo mi discurso sobre *Fahrenheit 451*. Se trata tan sólo de la novela del viejo Ray Bradbury. Es una historia apasionante, si no recuerdo mal François Truffaut la llevó al cine en 1966. —No estoy bromeando, alguien ha planeado la destrucción de los libros, pero esta vez para concentrar toda la información escrita disponible y controlar la cultura, el arte y la educación —dijo David. —¿Por qué alguien querría hacer algo así? Hace cincuenta años todos éramos unos idealistas. Los estados controlaban cada parte de la vida del individuo, sobre todo en los países comunistas, pero todo eso pasó, el mayor enemigo actual del hombre es el propio hombre. Nos estamos embruteciendo sin la necesidad de que nadie quemé un solo libro. —Tu discurso es muy bonito —dijo David, se apoyó en la mesa y señalando con el dedo índice continuó—, pero no podemos quedarnos de brazos cruzados mientras que una gran compañía controla todos los libros del mundo.

—El mundo que creó Bradbury es una distopía. Ya nadie se hace preguntas y si alguien osa hacerse una, simplemente la teclea en la barra de GoodLife y obtiene la respuesta al instante, sin esfuerzo ni sacrificio. Aquel mundo despótico creado en *Fahrenheit 451* en algunos aspectos tenía razón. Leer impide ser felices a la gente. «El que añade conocimiento, añade dolor» dijo el sabio Salomón. Cuando leemos comenzamos a ser diferentes unos de otros, pero la sociedad quiere que todos seamos iguales —dijo Frank encendiendo su pipa. —Pero debemos luchar para que eso no sea así. —En la novela, el bombero Guy Montag lucha contra el sistema ¿y qué consigue?, más frustración. El mundo en el que vive Clarisse McClellan es el ficticio. ¿Qué quieres que te quemem como a la vieja que se niega a separarse de sus libros en la novela? No sirve de nada tanto sacrificio —dijo Frank. —¿Cómo puede decir eso un editor? —preguntó Susan. —Un editor es el más adecuado para hablar de las grandezas y miserias de los libros. Del glamour artificial de los escritores, del mundo literario a la búsqueda del último best seller o del próximo gran prosista. Todos son caras de la misma moneda, de una industria tan despiadada como cualquier otra. A lo mejor nos merecemos desaparecer, para que los hombres vuelvan a escribir sobre piedra, pero al menos sean sinceros. Narrando el mundo que ven alrededor y no la historia que va a vender más o va a aclamar la crítica.

David entendía lo que Frank quería transmitirles, pero no podía abandonar. Rendirse no terminaría con un mundo injusto, hipócrita e ignorante.

—Hay varios capítulos terribles en *Fahrenheit 451*. Uno de los más dramáticos es cuando el bueno de Montag tiene que terminar con su despiadado jefe. ¿Estás dispuesto a matar para salvar al mundo? —No lo sé, espero no tener que hacerlo —contestó David. —Si el mundo se destruye al menos tendremos una oportunidad de comenzar de nuevo. Seríamos como los vagabundos del bosque recitando los libros desaparecidos, nunca sería la literatura más bella. —Eso significa que no vas a ayudarnos, —dijo Susan. —Yo estoy tan loco como tú, querido amigo. Cuenta conmigo, aunque no sé de qué puede ser útil un viejo y torpe editor. —De mucho —dijo David sonriendo. —Espero que sirva de algo cambiar esta distopía —comentó Frank mientras observaba las estanterías vacías de su despacho.

**Día 4, 5:43 PM.**  
**Bunker de la Casa Blanca,**  
**Washington DC.**

El Presidente esperaba la reunión con nerviosismo. Las malas noticias no dejaban de llegar de las cuatro puntas del planeta. Un segundo brote más violento de destrucción de libros había llevado a muchos países a la bancarrota. Después de cuatro días de parálisis, las ciudades comenzaban a convertirse en sitios peligrosos y la Guardia Nacional no daba abasto para sofocar los disturbios.

—El mundo se está desmoronando señores, espero que me traigan buenas noticias —dijo el Presidente muy serio. El resto del comité le miró preocupado.

—Hemos avanzado mucho en lo que respecta al virus informático, podemos darle por superado. Al parecer se propagó rápidamente por el correo electrónico. GoodLife nos ha informado de un fallo de seguridad en su sistema que favoreció la propagación del virus, pero en este momento los archivos digitales están a salvo —dijo Michael John el director de Gestión de Documentos. —Algo es algo —respiró aliviado el Presidente. —En cambio, la bacteria que se come la celulosa está más activa que nunca y hay países que están siendo arrasados por completo —comentó Jack el jefe de la División Antiterrorista. —Eso es una mala noticia —dijo el Vicepresidente. —¿Qué podemos hacer al respecto, caballeros?

—Además de rezar, estamos a punto de crear una bacteria que combata a la primera —dijo Philip Crisipo, experto en bioquímica del FBI. —¿Cuánto tardará en crear esa bacteria? —preguntó el Vicepresidente. —De veinticuatro a cuarenta y ocho horas más —dijo Philip. —¿Otros dos días? Tienen que hacerlo antes —dijo el Presidente. —Además, los resultados óptimos tardarían una semana en operarse, a no ser que ocurra un milagro —dijo Philip. —Pues mientras esperamos un milagro, trabajemos señores —dijo el Presidente levantando la sesión. Aquella noche había convocado en la Casa Blanca a varios profesores que se pasarían la noche recitando libros. Los recitadores era un grupo formado espontáneamente, habían memorizado a toda prisa los textos antes de que se destruyesen. El Presidente apoyaba la propuesta, pero sabía que aquello no pararía el caos en el que se estaba convirtiendo el planeta.

**Día 4, 5:30 PM.**  
**San Francisco, California.**

La casa de Mr. Rutan seguía igual de tranquila que cuando la dejaron por la mañana. Los dos agentes empujaron a Jonathan dentro mientras el profesor les esperaba en el coche. Obligaron a Jonathan a abrir la nevera, pero no encontraron nada.

—¿Nos estás tomando el pelo, chico? —dijo uno de los agentes sacudiéndole por las solapas. —Lo dejé aquí —dijo el joven. El agente le golpeó directamente en el estómago y Jonathan se dobló hacia delante. Después le dio un rodillazo en plena barbilla y el joven cayó al suelo.

—No puedes mentirnos a nosotros. Tenemos licencia para matar terroristas y tú, para nosotros, eres un terrorista. Jonathan se levantó del suelo con dificultad, estaba a punto de darles la muestra, cuando Mr. Rutan entró en su salón con un rifle.

—Dejen al chico en paz. Nos largamos Jonathan. Los dos hombres miraron con indiferencia al viejo.

—No nos asusta con su vieja escopeta de caza —dijo uno de los agentes. El viejo disparó el rifle y una parte de su sofá estalló en mil pedazos. Los dos agentes miraron sorprendidos, uno de ellos se lanzó sobre el viejo, pero este apretó el gatillo sin pensarlo. El cuerpo del agente se derrumbó con las tripas abiertas.

—Hijo de puta —gritó el otro agente sacando una pistola y apuntando a la cabeza de Jonathan. El joven se zafó y logró apartarse del agente justo antes de que el anciano volviera a disparar. El hombre cayó a tierra muerto. El anciano bajó el arma y sintió ganas de vomitar, pero se contuvo y con un gesto indicó al joven que salieran a la calle.

—Ahora nos van a perseguir por asesinato y seguramente por terrorismo. Nuestra única oportunidad es darle esa maldita muestra a un pez gordo antes de que nos maten como perros —dijo el profesor. —Pero ¿a quién? —preguntó el joven. —Tendremos que pensarlo con rapidez, nuestro tiempo se acaba.

Día 4, 8:15 PM.

Sede de GoodLife Mountain View,  
Santa Clara, California.

Susan consiguió un pase para David, pero en la sección de máxima seguridad sólo podía entrar ella. El sistema exigía una comprobación de iris y otra de huellas dactilares. Las dos pruebas estaban testadas, la de iris comprobaba el mapa ocular tanto por dentro como por fuera del ojo, lo que hacía imposible cualquier tipo de molde imitando un ojo concreto, la de huellas era más fácil de manipular, pero no les hubiera servido de nada. Entrar en la sede de GoodLife era una locura, pero era el único sitio en el que Susan podía encontrar pruebas irrefutables de la participación de GoodLife en la propagación de la bacteria y el virus informático.

—Será mejor que te quedes aquí. Es uno de los sitios de ocio del edificio, nadie te hará preguntas. Por favor no intentes nada. Si en una hora no he salido, márchate —dijo Susan nerviosa. —Lo conseguirás —dijo David agarrándola por los brazos. —Sí, estoy convencida. Susan cruzó la puerta de seguridad y se dirigió directamente a su ordenador. Intentó acceder desde él a los archivos del programa GoodLife ADN, pero no fue autorizada, tampoco a los programas Biblioteca Alejandría ni pudo ver los acuerdos entre la compañía y el *Jimmy Watson Institute*.

Se aproximó al escritorio de Alicia y comenzó a usar su ordenador. Afortunadamente conocía las contraseñas de acceso, ella misma se la había dicho en varias ocasiones cuando necesitaba que Susan hiciera algo por ella mientras estaba fuera de la oficina. Desde que era madre, muchas tardes no pasaba por el trabajo.

Buscó los archivos del instituto y los copio en el *pendrive*, después sacó toda la información del Programa de la Biblioteca Alejandría y del de ADN. Encontró además un archivo muy interesante titulado Utopía: reflexiones del libro de Tomás Moro.

Justo en el momento en que sacaba el *pendrive* y se disponía a salir del despacho se dio de frente con Irina.

—Susan, ¿dónde te has metido? Sabes que estamos en una crisis a nivel mundial y tú vas y desapareces. —Lo siento, me surgió un asunto personal. —Mañana te quiero aquí a primera hora. Alicia y yo llevamos cuatro días infernales y no damos abasto —dijo Irina. —De acuerdo —dijo Susan mientras se dirigía hacia la salida. —Hemos parado el virus. ¿A qué es una buena noticia? Además creo que Jimmy ha descubierto un remedio contra la bacteria de los libros. Mañana todo volverá más o menos a la normalidad —dijo Irina. —Estupendo —dijo Susan con una sonrisa forzada. —¿Ya te vas? Necesito que mires primero unas cosas —dijo tomando del brazo a su amiga. Las dos se dirigieron al ordenador de Irina.

—Esta mañana tuvimos que borrar un montón de basura de la web de un cabrón, creo que se llama Larsson. El pobre tipo murió esta mañana cuando le explotó una bomba en las pelotas. No puedo negar que no me da mucha pena, pero él se lo ha buscado. Seguro que algún afectado por sus difamaciones lo ha eliminado —dijo Irina. —Lo siento. —Ya sabes toda la basura que la gente es capaz de inventar por envidia. Dos mujeres crean la empresa más importante del mundo y todos quieren destruirlas. La vieja historia de siempre. Susan se levantó confundida. Tenía la sensación que al alejarse de David sus sospechas contra GoodLife se disipaban como si en las últimas horas hubiera sufrido una alucinación.

—Yo me voy, quieres que te acerque a algún sitio. —Lo siento Irina. —¿Qué sientes? —preguntó la mujer extrañada. —Me dejé llevar por ese tal Larsson y David, el periodista. Me convencieron de que vosotras habíais creado un plan para dominar el mercado de la información. Irina la miró sorprendida.

—¿Qué? —Lo siento. —No pasa nada. ¿Quién no ha dudado alguna vez de alguien? —dijo Irina pasando el brazo por el hombro de la empleada. Susan comenzó a llorar y su jefa la abrazó.

—Ahora me lo vas a contar todo y luego ya veremos cómo podemos arreglarlo —dijo Irina mientras las dos mujeres se sentaban en un sillón como dos viejas amigas, que charlaban amigablemente de sus problemas.



**Día 4, 8:30 PM.**

**Sede de GoodLife Mountain View,  
San Francisco, California.**

David se entretenía mirando la televisión cuando de repente anunciaron una noticia de última hora.

—Última hora en San Francisco. Les habla Ramsey Ken. El FBI ha descubierto a dos hombres sospechosos de provocar lo que ya se ha denominado «la crisis del papel». El joven científico Jonathan Huxley y un profesor jubilado llamado Noah Rutan fueron detenidos esta mañana. Dos agentes les acompañaron a la residencia del Mr Rutan, pero fueron asesinados y los dos sospechosos se dieron a la fuga. Si les han visto, les rogamos que informen a las autoridades. David miró sorprendido la pantalla. ¿Cómo podía ser que hubieran pillado a esos dos tipos? Sin duda eran cabezas de turco para desviar la atención de los medios de comunicación. Miró impaciente el reloj. Hacia media hora que Susan estaba dentro y la cosa empezaba a ponerse fea.

Se dirigió a la entrada de seguridad y se movió inquieto por la sala. Un par de minutos más tarde Susan salió por la puerta. Parecía nerviosa, pero estaba viva, pensó David alegrándose de verla de nuevo.

—Vamos —dijo la mujer. Los dos caminaron inquietos hasta la salida del edificio y después del complejo. No cruzaron palabra hasta llegar a la calle principal.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó David. —Nada, todo está bien.

—¿Has conseguido lo que buscábamos? —Sí —contestó Susan. —Vamos a entregarlo a Frank, imagino que ya estará en casa —dijo David. —Es muy tarde y es mejor que guardemos la información toda la noche —dijo Susan. —Tienes razón. — Mis padres tenían una casita cerca del Lago Merced. Una amiga me ha dejado las llaves de su coche —dijo Susan haciendo tintinear un llavero. Buscaron el vehículo y se dirigieron a San Francisco, se encontraban completamente agotados. Esa noche se merecían un buen descanso.

**Día 4, 11:45 PM.**  
**Jimmy Watson Institute,**  
**San Francisco, California.**

Estaba todo listo para presentar su remedio contra la bacteria que devoraba la celulosa en todo el mundo. A primera hora de la mañana contactaría con varios gobiernos y compañías para ofrecerles su producto. Calculaba que en una semana su empresa ganaría miles de millones de dólares. El negocio más redondo de su vida. Muchos creían que era un loco, otros le tachaban de inmoral, la comunidad científica llevaba años ignorando sus logros, pero esta vez, todos tendrían que reconocer su valor.

Jimmy se puso en pie y tomó su chaqueta antes de salir del edificio. En el último año había estado a punto de cerrar la empresa y ahora se encontraba en la cima del mundo. El acuerdo con GoodLife había salvado su proyecto estrella, encontrar soluciones genéticas para personas en menos de veinticuatro horas, aunque el que realmente le interesaba era el de descubrir el ADN de todos los seres vivos del planeta, con toda esa información sería capaz de conocer las causas de la vida y sus secretos. Cuando el aire fresco de la bahía le acarició la cara, pensó en su juventud perdida detrás de ideales absurdos, se acercó a su Jaguar y tras arrancarlo salió disparado hacia su residencia.

Mientras corría a toda velocidad por la autopista no dejaba de pensar en lo afortunado que era. El joven doctorando de Stanford y su viejo profesor se habían fugado, pero ahora se les buscaba por asesinato y eran sospechosos de terrorismo. La policía de San Francisco no se tomaría muchas molestias en cogerlos con vida, dos agentes del FBI muertos eran como firmar tu propia sentencia de muerte.

En casa le esperaba Ruth, su última mujer, treinta años más joven que él, pero inteligente y muy atractiva. Se excitó al pensar en los millones de dólares que al día siguiente su compañía recibiría. Ruth tendría trabajo extra aquella noche, se dijo mientras apretaba a fondo el acelerador.

Día 5, 12:10 AM.

En algún lugar de San Francisco, California.

Ahora eran dos prófugos de la justicia y su vida no valía gran cosa. Habían usado el coche de los agentes hasta la estación de tren, después habían viajado de nuevo hacia la ciudad con la esperanza de llegar a las oficinas de la CIA antes de que los cazaran. Mr. Rutan estaba agotado y el estado de nervios de Jonathan comenzaba a pasarle factura.

Caminaron por el andén y se sentaron en uno de los bancos.

—Podríamos dormir aquí —dijo el profesor. —En media hora cerraran la estación, tendríamos que buscar otro lugar. —Tan sólo quedan ocho horas y podremos plantarnos delante de la Sede de la CIA y cruzar los dedos —dijo el profesor. —Lo cierto es que los que han creado esa maldita bacteria son muy poderosos. No es tan fácil tener a sueldo a agentes del FBI —contestó Jonathan. —¿Y si hubiera sido el gobierno el que ha propagado la bacteria? —¿Con qué fin? —preguntó Jonathan. —Con el mismo de siempre, tener más controlada a la población. La mayoría de las crisis buscan amedrentarnos, para que seamos ciudadanos dóciles. —El gobierno está al borde del colapso, si han sido ellos, el asunto se las ha ido de las manos —dijo Jonathan. —¿Entonces quién ha sido?

—Unos laboratorios. Ni los terroristas pueden crear una bacteria de este tipo y extenderla con tanta rapidez. Algunas de las bacterias sobrevivieron en ambientes protegidos de bibliotecas o estropearon libros en vitrinas preparadas para resistir cualquier tipo de corrosión. —Un plan bien organizado —dijo el profesor. —Sí. —¿Qué laboratorios tienen capacidad para crear una bacteria así? —No hay demasiadas empresas especializadas en este tipo de cosas. Calculo que una docena aproximadamente —dijo Jonathan. —Bueno, eso es trabajo de la CIA. Jonathan se puso en pie.

—Creo que conozco un lugar que está abierto toda la noche. —Estupendo. Se dirigieron a la calle y caminaron por la ciudad desierta, buscando un sitio donde cobijarse, como dos vagabundos más de la gran ciudad.

**Día 5, 12:30 AM.**  
**Merced Lake,**  
**San Francisco, California.**

Hacía fresco en esa zona tan próxima al océano y a los pies del lago. David encendió la chimenea y Susan preparó algo para cenar. Parecían una pareja de recién casados pasando su luna de miel. David se lavó las manos y se asomó por la cocina.

—¿Necesitas ayuda? — preguntó a Susan. —No, ya está listo. Llevó dos platos a la mesa del salón y comenzaron a devorar la cena. Estaban agotados y hambrientos.

—Mañana podremos descansar —dijo David mientras masticaba. —Eso espero —dijo Susan haciendo una mueca. —Al menos nos ha servido para conocernos mejor —dijo David. Susan se sonrojó y bebió un poco de Coca Cola Light.

—¿Cuándo vamos a ver lo que has sacado de GoodLife? —Más tarde, ahora es mejor que nos relajemos un poco —dijo Susan. Se había cambiado la ropa, duchado y lavado los dientes, todo un lujo en las últimas veinticuatro horas.

—Siento haberte metido en todo este lío —dijo David. Susan sintió un nudo en el estómago. Después sonrió e intentó cambiar de tema.

—¿Has hablado con Carmen? —Desde esta mañana, no. Tengo miedo de que nos localicen.

La mujer sacó un móvil del bolsillo y se lo entregó a David.

—Este móvil es de mi amiga y no creo que te localicen en él. —Es demasiado tarde e imagino que estará dormida —dijo David. —Es cierto, con todo este lío no sé ni qué hora es. Susan retiró los platos y se dirigió a la cocina. David la observó con atención. Ya no podía negarse a sí mismo que estaba enamorándose de ella. Era algo mayor que él y no se parecía en nada a las chicas con las que había salido en el instituto y la universidad, pero el amor tenía esas características, era imprevisible e irracional.

—Será mejor que nos durmamos —dijo Susan bostezando. David se puso en pie se acercó hasta ella y la besó. La mujer se quedó paralizada, pero no le rechazó ni dijo nada. Él la abrazó, pero justo cuando comenzaba a quitarle la ropa ella le rechazó con las manos.

—No, ¿te olvidas que mi prometido murió hace unos días? No puedo, David. Me siento confusa. Lo lamento. El hombre se apartó y sin decir una palabra se dirigió al sofá. Susan apagó las luces y estuvo en el cuarto de baño un rato, después se hizo el silencio.

Día 5, 08:30 AM.  
Merced Lake,  
San Francisco, California.

No había pasado buena noche. Había tenido una pesadilla en la que le perseguían y justo cuando estaba a punto de hablar con el Presidente le abatían de un tiro. Cuando abrió los ojos las cosas no mejoraron mucho, la realidad no era mucho mejor que sus ensoñaciones. Susan se mostraba distante, parecía reacia a enseñarle la información de GoodLife y el tiempo se agotaba.

Cuando encendió la televisión pequeña de la cocina, la única que había en toda la casa, dos noticias copaban los informativos. La primera era que el *Jimmy Watson Institute* había encontrado un remedio para combatir a la bacteria que destruía la celulosa y la otra que el virus informático había sido destruido. Parecía que las noticias mejoraban considerablemente la situación, pero David no se dejó engañar, sin duda era una nueva estrategia de la compañía y su socio Jimmy.

David miró a su alrededor, pero Susan no había salido todavía de la habitación. Tomó su móvil y llamó a la redacción.

—Dios santo, ¿dónde te habías metido? Todo el mundo está publicando noticias sobre el remedio para frenar a la bacteria y tú estás en paradero desconocido —dijo enojado el redactor jefe. —He estado investigando y tengo una información de primera mano, pero necesito un poco más de tiempo. —Y yo necesito algo para esta tarde, si no hay un artículo encima de la mesa estás despedido —vociferó el redactor jefe.

—Ok, espero adelantar algo esta tarde, por lo menos podré usar mi iPad. —Ya sabes, antes de las diez —dijo el redactor jefe en tono de advertencia. David colgó el teléfono y llamó a Carmen, pero saltó el contestador. Odiaba hablar con máquinas, pero dejó un mensaje.

—Hola cariño, estoy bien. Te llamaré más tarde. Caminó por la casa en calzoncillos, curioseando un poco y buscando algo para desayunar, estaba hambriento. En la cocina encontró un zumo de naranja y un par de bombones; no era mucho, pero por lo menos saciaría en parte el hambre que tenía.

Curioseó por el salón. Para ser una casa de vacaciones no tenía muchas comodidades y pocos adornos. Se acercó a un armario y abrió los cajones, pero en ese momento entró en el salón Susan. Iba vestida con un ligero camisón de seda y su cuerpo se desdibujaba debajo de la tela. David la saludó sin mucha efusividad y ella se acercó.

—¿Cuándo vamos a ver lo que sacaste de GoodLife? Susan no respondió de inmediato, se quedó pensativa y después con una sonrisa forzada se acercó hasta

David y acariciándole la cara le dijo:

—Todavía es pronto, ¿no crees? David no supo cómo reaccionar, lo último que se imaginaba era que Susan se pusiera insinuante después de lo que había sucedido la noche anterior.

—Quedamos con Frank en llevarle los archivos —dijo David apartando las manos de la mujer. —Eso puede esperar —dijo la mujer volviéndose a abrazar y besándole el lóbulo de la oreja.

David intentó reaccionar; llevaba días soñando con ese momento y no quería desaprovecharlo, pero justo cuando ella comenzaba a besarle, un piloto de alarma se encendió en su cabeza. El extraño comportamiento de Susan había comenzado tras salir de GoodLife, ¿podrían haberla amenazado o manipulado de alguna manera? Se preguntó apartando con fuerza a la mujer.

Susan se quejó, el empujón la había llevado hasta el sillón cercano.

—¿Qué sucede Susan? ¿Qué pasó allí dentro? La mujer bajó la mirada. Sabía que no podía entretenerle más. Irina le había pedido que le retuviera veinticuatro horas, para que les diera tiempo para aclarar las cosas, pero David no era tonto y sospechaba algo.

—Ayer eras tú el que intentó besarme y ahora me rechazas —se quejó la mujer. —No te he preguntado eso. ¿Viste a alguna de tus jefas y te convencieron de que eran unas buenas chicas? Susan frunció el ceño y se puso de pie.

—¿Qué pruebas tenemos? Ninguna de ellas resistiría un juicio. GoodLife me lo ha dado todo: trabajo, prestigio y motivación. ¿Por qué iba a creer a un par de chiflados? —Porque esa gente mató a tu prometido y por poco hace lo mismo contigo. Están a punto de volver todo de nuevo a la normalidad y ya no les interesa dejar la ciudad sembrada de cadáveres. —GoodLife ha colaborado con el gobierno en destruir el virus y el Instituto en descubrir un remedio contra la bacteria de la celulosa. ¿Por qué harían eso si quieren sembrar el caos?

—Porque ya han conseguido sus objetivos. Ahora dominan el 80% del mercado del libro, tienen la información de cientos de gobiernos y empresas y encima han quedado como unos héroes. —A lo mejor es eso lo que son. —Los héroes no cobran. En esta semana han ganado miles de millones de dólares y ahora pueden implantar su maldito programa de inteligencia artificial y su programa de reconocimiento de ADN. ¿No te das cuenta de que nos tienen pillados por los huevos? —Estás exagerando, eres un paranoico. No creo que ningún gobierno se deje mangonear por GoodLife, simplemente son una herramienta. Alicia e Irina nunca han hecho nada ilegal. David se frotó la sien. No podía ser cierto, después de lo vivido en las últimas cuarenta y ocho horas, Susan seguía creyendo que eran inocentes. ¿Cómo iba a convencer al mundo de lo contrario, si no era capaz de convencerla a ella?

—Dame la información —dijo extendiendo la mano—, si no hay nada que

ocultar, no pasará nada porque eche un vistazo. Susan retrocedió y corrió hasta el cuarto. David la siguió y saltó por encima del sillón, pero ella logró cerrar la puerta antes y marcó el número de GoodLife. Irina le había asegurado que los hombres de seguridad de la compañía estarían en la casa en menos de cinco minutos si corría peligro.

Día 4, 9:15 PM.

FBI San Francisco 450 Golden Gate Avenue,  
San Francisco, California.

Jimmy saludó al jefe de la agencia en California y le entregó oficialmente el *pendrive* con la fórmula de los experimentos. En las próximas horas esparcirían la bacteria que tenía que devorar a la comedora de celulosa, el ejército echaría una mano. Esperaban que en un par de días el peligro desapareciera en los Estados Unidos, Canadá, Reino Unido y Australia. El resto de países tendrían que esperar un día más.

—Muchas gracias señor Watson —dijo el director del FBI en California. —El placer ha sido mío —dijo Jimmy tomando su parte del contrato firmado con la Agencia. —Espero que sea tan efectivo como dice. Dos mil millones de dólares serán transferidos a la cuenta del instituto de inmediato, el resto en una semana, cuando podamos evaluar el progreso de la bacteria. —En el laboratorio la respuesta ha sido muy rápida. Mañana mismo se empezarán a ver los resultados —dijo Jimmy. —El mundo le debe una —bromeó el director de la Agencia. —Nuestro instituto tiene una vocación de servicio. Jimmy salió del edificio acompañado de su guardaespaldas. En una semana había ganado tanto dinero, que realmente ya no necesitaba el acuerdo con GoodLife. Durante un tiempo ese par de jovencitas habían sido útiles, pero ahora tendrían que encontrar su propio camino. El *Jimmy Watson Institute* podía investigar el ADN de todos los seres vivos con sus propios recursos y vender la carga genética de los usuarios al mejor postor, sobre todo a aseguradoras y algunas multinacionales.

Se subió en el coche y observó la normalidad que poco a poco regresaba a las calles de San Francisco. Por unos instantes pensó que si le dieran a elegir entre el caos o el orden, no sabría decidirse por ninguno de los dos.



Día 5, 10:20 AM.  
Sede de James Editors 424,  
Pacific Ave, San Francisco.

La puerta no cedía. Intentó empujar con todas sus fuerzas, pero apenas crujió un poco bajo todo su peso. En cambio su hombro si se resintió.

—¡Susan, sal de ahí! —gritó enfadado. —Será mejor que te vayas antes de que vengan, David. El joven se quedó paralizado. ¿A quién había avisado Susan? Corrió hasta el sillón, se puso los pantalones y los zapatos, cogió sus cosas y salió a toda velocidad por la puerta de la cocina. No miró hacia atrás ni una sola vez. Lo peor de todo era que estaba como al principio, sin pruebas y con su vida pendiendo de un hilo. Tal vez si desistía ahora, GoodLife le dejaría vivir tranquilo por un tiempo, pensó mientras comenzaba a notarse fatigado. Dejó de correr y caminó deprisa en dirección a la editorial. Tenía que pensar en otro plan.

Cuando llegó frente a la fachada de la editorial tuvo una falsa sensación de seguridad. Subió hasta la segunda planta corriendo y se presentó delante del despacho de Frank.

El editor estaba mirando la televisión en su portátil. Levantó la vista y le saludó.

—Parece que al final no desaparecerá todo el papel —dijo sonriente. —Es una suerte —dijo David. —Aunque la última semana ha sentenciado a los libros de papel para siempre. El libro electrónico es el nuevo soporte, los libros de papel únicamente se usarán para ediciones especiales de coleccionista —dijo Frank. —Lo lamento. —No hay nada que lamentar. No podemos cerrarnos a la realidad. Es mejor que esté en soporte digital que desaparezca para siempre. Espero que al menos hayamos aprendido la lección de que los libros son más importantes de lo que la gente cree —dijo Frank. David se sentó. Estaba agotado y decepcionado. En ese momento el noticiero comenzó a dar una información de última hora.

—El periodista David Portier es el principal sospechoso por el asesinato del ingeniero informático Mathieu Gates. Al parecer, Portier mató por celos a Gates. Hace menos de una hora se ha encontrado el cadáver de su prometida, Susan Brul. Las huellas de Gates estaban por toda la casa. En las noticias de la 1 de la tarde esperamos poder ampliar esta información. Frank miró atónito a David. Este no lograba reaccionar. No sabía que le horrorizaba más, si la muerte de Susan o el que ahora media ciudad le buscara por asesinato.

—¿No pensarás? —dijo David señalando el monitor. —Por favor David, desde cuando creo una mierda a los periodistas. —Esos cabrones la han matado a sangre fría —dijo el joven comenzando a sentir el peso de la angustia. —Hay que darles su merecido —dijo Frank cerrando el ordenador

—Pero ¿qué podemos hacer? —Lo primero trazar un plan. Tienes que hacerles creer que tienes la información. Ellos no saben si en algún momento te la dio Susan, después hacerles confesar, yo ya me encargaré de que el archivo llegue a todos los periódicos. David intentó contener las lágrimas, pero la presión de los últimos días se desbordó como un torrente incontrolable.

—Tenemos que advertir a Carmen, no me extrañaría que intentaran hacerle algo a ella también —dijo David intentando pensar fríamente, pero sus lágrimas no dejaban de resbalarle por la cara.

Día 5, 10:30 AM.  
Sede de la CIA,  
San Francisco, California.

El frío de la mañana les había calado los huesos. Habían intentado tomar el tren hasta la sede de la CIA, pero unos revisores les habían bajado del tren y habían tenido que hacer el resto del viaje a pie. Mr. Rutan parecía agotado. Sus ojos estaban rojos y unas grandes ojeras grises mostraban su estado de agotamiento. Jonathan se sentía mejor, pero cuando llegaron justo delante de la sede de la CIA una noticia les hundió por completo. El *Jimmy Watson Institute* había vendido por una cifra millonaria el remedio que él estaba a punto de entregar al gobierno de manera gratuita, después de huir dos veces de la muerte.

Mr. Rutan miró angustiado a su alumno. Todo el esfuerzo de las últimas horas había sido en vano.

—No siempre ganan los buenos —dijo el anciano—, eso es algo que uno va aprendiendo con la vida. —Era un absurdo pelear contra corporaciones tan poderosas —dijo Jonathan cabizbajo. —Todavía podemos contar a la CIA lo que ha pasado, estoy convencido que al menos harán algunas comprobaciones. —Eso espero. Los dos se dirigieron al edificio, pero apenas estaban comenzando a cruzar, cuando varios hombres corrieron hacia ellos. Levantaron las manos instintivamente, pero los agentes se limitaron a encañonarles. Después les esposaron y llevaron adentro.

Uno de los agentes les llevó frente a la puerta del jefe de sección. Llamó y esperó contestación.

—Adelante —se escuchó una voz. Dejó a los fugitivos en el despacho y se marchó.

—Siéntense, por favor. Mi nombre es Mark Brull, ¿saben qué están acusados del asesinato de un agente del FBI? Tienen suerte de encontrarse en nuestras manos, si los hubiera capturado nuestros compañeros, ahora estarían muertos. —Fue en defensa propia —dijo Mr. Rutan. —No se preocupe Mr. Rutan, tiene todo el día para explicar lo que está sucediendo —dijo el jefe de sección.

Día 5, 11:43 AM.  
Sede de James Editors 424,  
Pacific Ave, San Francisco.

Cuando David llamó a Carmen no le saltó el contestador como la vez anterior, pero la voz de un extraño le hizo dudar unos instantes.

—¿Carmen? —preguntó de nuevo el joven. Una voz masculina le respondió con un escueto «no».

—¿Quién es? —preguntó David. —No importa. Lo único que tiene que saber es que su novia está ahora con nosotros, su vida por la suya. —¿Será mejor que no le hagan daño! —gritó David. Frank le hizo un gesto para que se calmara.

—De lo contrario haré público todo lo que tengo. El teléfono se quedó mudo unos instantes. Después la voz respondió calmada.

—No tiene nada. —Susan me dio los archivos. —Es mentira. Ella no tenía nada. —Haré todo público en una hora, a no ser que la liberen. Además quiero una entrevista personal con las fundadoras de GoodLife. —¿Qué? Se ha vuelto loco. Usted no está en condición de dar órdenes, o se atiene a lo que le pedimos, o de lo contrario su novia no llegará viva a la noche y es una pena, porque es una monada.

—¡Hijo de puta, si no hace lo que le digo, esta tarde tendrá a todas las agencias en la puerta de GoodLife! —gritó de nuevo David. —Le llamaré a este mismo teléfono esta noche. Téngalo a mano, si no lo coge, su novia morirá, si sale algo indebido en los periódicos, ella también morirá. El hombre del otro lado de la línea colgó y David se quedó paralizado hasta que Frank le quitó el teléfono.

—Tienes que ser fuerte. Hay que planearlo todo al milímetro, cualquier fallo puede ser fatal —dijo Frank intentando animar al escritor. David miró a su amigo con escepticismo, estaba comenzando a perder la esperanza en que todo aquello terminara por resolverse y GoodLife fuera investigado.

**Día 5, 12:30 PM.**  
**Sede de GoodLife Mountain View,**  
**San Francisco, California.**

Alicia entró en la sala visiblemente afectada. Irina detectó rápidamente que algo iba mal. Se levantó y se aproximó a ella.

—¿Qué sucede? Parece que las cosas vuelven a la normalidad. La mujer se sentó en una de los sillones del inmenso despacho y apoyó la cara en las manos.

—Me tienes en ascuas, ¿puedes decirme que pasa? —Han encontrado muerta a Susan. —¿Qué? —Como lo oyes, en una de las casas de descanso de GoodLife. —No puede ser. —Lo he escuchado en la noticias —dijo Alicia. —Ayer mismo la vi aquí. Estaba muy alterada, decía todo tipo de cosas incoherentes, le dejé un coche y le presté la casa del lago para que se tomara unos días. Al parecer un tal David Portier intentaba convencerla de no sé qué conspiración. —¿David Portier? Es el mismo al que buscan por asesinato —comentó Alicia. —Dios mío, la envié directamente a su tumba —dijo Irina. Ahora era Irina la que parecía afectada. Alicia se acercó a ella más animada.

—No ha sido culpa tuya, hay gente perversa buscando cómo hacernos daño, lo que nunca pensé es que llegaran tan lejos. —Nunca me acostumbraré a ese tipo de cosas —dijo Irina. —Los rumores empezaron desde el principio, no te acuerdas. Cuando desapareció el compañero que nos ayudó a crear el motor de búsqueda nos echaron la culpa a nosotras, después la gente lo ha seguido haciendo, es el precio del éxito —dijo Alicia. Las dos mujeres volvieron a sus mesas e intentaron adelantar algo de trabajo. La demanda de sistemas de escaneado se había estabilizado, pero aún quedaba mucho que hacer. La destrucción de papel comenzaría a remitir poco a poco, pero no creían que nadie se arriesgara a tener sus documentos sólo en papel o guardar una copia digital de los libros más importantes. En cinco días habían ganado más que en toda la historia de la compañía.

Día 5, 2:30 PM.  
Bunker de la Casa Blanca,  
Washington DC.

El Presidente se sentía satisfecho, por fin la crisis parecía estar bajo control. Sus consejeros parecían relajados y el ambiente era distendido.

—¿Cuánto nos ha costado la bacteria que parará la destrucción de papel? —preguntó el Presidente. —Cuatro mil millones de dólares. Una verdadera fortuna —dijo Jack. —Sí, pero vale la pena. Hoy han abierto por primera vez las bolsas y todas han subido —dijo el Presidente. —Parece que lo peor ya ha pasado, pero no debemos bajar la guardia, aún quedan días para que la destrucción de papel cese, no podemos permitir que se pierda ni un manuscrito ni un papel más —dijo Michael John, director de Gestión de Documentos. —¿Qué es lo más valioso que ha desaparecido? —preguntó el Presidente. —Las cartas de Lincoln, varios libros de notas de Franklin, las primeras ediciones de Whitman, Poe y Henry James. La lista es muy larga, señor Presidente —se lamentó Michael John. —Al menos se ha salvado mucho más que en otros países —dijo Jack. —¿Cuánto tiempo tardará en regresar la normalidad? —preguntó el Presidente. —Calculamos que unos días. Aunque ya nada será igual. El papel moneda ha desaparecido para siempre, únicamente se puede comprar con tarjetas, aunque las monedas seguirán en curso. El mundo está cambiando mucho en poco tiempo. El papel ha muerto —dijo Jack. —Tenía que pasar antes o después —dijo el Presidente cerrando la reunión. —Nos han informado, que un joven científico ha descubierto un método para detener la destrucción de papel. El joven fue detenido por asesinar a un agente del FBI, cuando supuestamente iban a su casa para tomar la fórmula —dijo Jack. —¿Un joven asesino ha descubierto el remedio contra la destrucción de papel? Sin duda se trata de un loco. Quiero que le investiguen a fondo y que caiga sobre él todo el peso de la ley —dijo el Presidente. Se hizo un silencio en la sala y el Presidente abandonó la reunión. Jimmy le había prometido que todo estaría bajo control en unas horas, lo que menos importaba en ese momento eran las ideas de un joven lunático.

Día 5, 9:30 PM.  
Sede de James Editors 424,  
Pacific Ave, San Francisco.

David y Frank habían pasado la tarde reuniendo toda la información sobre GoodLife, en el *pendrive* de Mathieu se hablaba de cosas muy interesantes. Entre ellas la intención de la compañía de usar la información genética de sus usuarios para seleccionar mejor la publicidad que les enviaban, aprovechando sus debilidades, pero sin duda la conexiones entre GoodLife y *Jimmy Watson Institute* rozaban lo delictivo. No parecía muy casual que justo las dos compañías fueran las que más se habían lucrado con la crisis, de hecho, unos de los documentos insinuaba que un gran momento se acercaba, sin duda se referían a la destrucción de papel por la bacteria creada por el instituto. Aun así no había nada directamente inculpatorio. Aunque si los documentos salían a la luz, la sombra de la sospecha se proyectaría sobre GoodLife y su fama de hacer siempre negocios limpios se echaría por tierra. Muchos verían en la compañía un monstruo peligroso y no el gran benefactor que todo el mundo veía ahora.

—Es suficiente para salpicarles, pero no para hundirles —dijo Frank. —Entonces la confesión es necesaria —contestó David. —Sin duda, aunque tal vez sea más fácil pillar con los dedos en la masa a Jimmy Watson. Podríamos intentar algo con él si el plan falla. —Sí el plan falla, Carmen y yo estaremos muertos —dijo David.

—A lo mejor deberíamos avisar al FBI o la CIA —dijo Frank. —Ni hablar. Eso liará más las cosas, además yo estoy acusado de doble asesinato. —Esperemos que todo marche bien esta noche. —¿Cuándo van a llamar esos malditos bastardos? —preguntó David en alto. El teléfono sonó de repente y sintió como le daba un vuelco el corazón. Dejó que pitara otras dos veces y después lo cogió.

**Día 5, 9:30 PM.**

**6th Ave,  
New York.**

Varios camiones del ejército se detuvieron en la calle y comenzaron a lanzar una especie de líquido por las aceras y portales. La gente los miró con curiosidad y algunos con nerviosismo. Después de los últimos días todo el mundo esperaba un atentado terrorista, pero los soldados se limitaban a fumigar las calles rápidamente y después pasar a la siguiente. Los soldados llevaban mascarillas, no porque el producto fuera peligroso, pero no se había estudiado la sobreexposición al mismo y el gobierno no quería arriesgarse.

El plan de fumigación había comenzado cinco horas antes y habían logrado lanzar la bacteria en unas quinientas ciudades importantes. El trabajo se desarrollaba más rápidamente de lo previsto.

La fábrica de Jimmy Watson trabajaba a pleno rendimiento. Tenía que servir su producto a Estados Unidos, pero los pedidos llegaban de todo el mundo y muchos de ellos ya habían salido para sus destinos. El mundo intentaba contener la respiración hasta ver los primeros resultados.

Los mismos grupos de soldados recorrían en ese momento Washington, Detroit, Boston y Dallas. Los turnos eran de doce horas cada uno e iban a seguir esparciendo la bacteria las veinticuatro horas hasta que todo el país estuviera cubierto.

Algunos científicos habían expresado su escepticismo, dudaban que la bacteria lograra desplazar a la que se estaba comiendo la celulosa y, que si al final lo conseguía, podrían pasar semanas o meses, pero los cálculos del *Jimmy Watson Institute* no dejaban lugar a dudas, el remedio contra la bacteria de la celulosa sería igual o más rápido de lo que había sido la propia bacteria. A la mañana siguiente se harían las primeras mediciones y se podría calcular la evolución de una manera más exacta.



Día 5, 9:35 PM.  
Sede de James Editors 424,  
Pacific Ave, San Francisco.

Era la misma voz que unas horas antes comenzó a hablar al otro lado de la línea. Sin duda aquella voz grave pertenecía a un hombre corpulento y duro.

—Tiene que venir a Fort Point, a los pies del Golden Gate. —¿A qué hora? —A las 11 de la noche. Traiga toda la información, venga solo y no se le ocurra llamar a la policía. ¿Entendido? —Sí, ¿estarán las fundadoras de GoodLife? —preguntó David. —Yo soy el que hago las preguntas, si quiere ver a su novia con vida más vale que sea puntual y no cometa ninguna locura. El hombre colgó el teléfono y David miró a Frank.

—Bueno, ya sabemos el lugar, afortunadamente está cerca, lo que nos da tiempo para plantear una estrategia. —¿No sería mejor darles la información y salir corriendo? —No seas ingenuo, David. Esa gente os quiere muertos, no tendréis la más mínima oportunidad —dijo Frank. —Es cierto. —Creo que podemos hacerlo, de lo contrario no te animaría a intentarlo. Aprendí un par de trucos cuando serví en el ejército en Alemania —comentó Frank contento, como si los últimos acontecimientos le hubieran sacado de su postura cínica. De nuevo tenía algo por lo que luchar y aquello le llenaba de vida. —Salvaremos a Carmen y les daremos una lección a esos cabrones. ¿Cuántas veces David ha vencido a Goliat? —dijo el joven más animado. —Por lo menos una que yo sepa —contestó el editor. Frank sonrió y poniéndose en pie comentó:

—Tenemos que hacer unas compras antes de acudir a la cita.

**Día 5, 10:15 PM.**  
**White House,**  
**Washington DC.**

El Presidente estaba en la cama. Le gustaba tumbarse un rato antes de dormirse, como era uno de los pocos Presidentes solteros de la historia de los Estados Unidos, nadie le decía nada si se llevaba algunos documentos para repasarlos en la cama. Solía leer libros a aquellas horas, pero como todos habían desaparecido y por ahora no había informes escritos, el Presidente llevó su Mac a la cama.

Era curioso, pero miles o decenas de miles de documentos clasificados habían desaparecido por completo, muchas de las órdenes no se dejaban en los ordenadores por miedo a ser espiados, la red era un hervidero de todo lo malo y lo bueno que se cocía en el mundo, pero una pesadilla para la seguridad.

El Presidente repasó dos o tres informes y después plantó su firma digital a otros tantos papeles. En último lugar leyó el interesante informe que GoodLife les había remitido. El tutor virtual podía cambiar la forma de enseñar y revolucionar el mundo. Si cualquiera podía ser educado desde su casa, en cualquier momento, el estado se ahorraría millones de dólares, los padres se sentirían seguros y los adultos tendrían una oportunidad de continuar sus estudios.

En Estados Unidos llegar a la universidad era a veces un esfuerzo titánico. Becas, horas en trabajos denigrantes y una enorme fuerza de voluntad eran las únicas recetas para conseguirlo. Él lo había logrado, pero también había visto a centenares de chicos que se quedaban en la cuneta y eso podría evitarse gracias al programa Babel Fish.

El nombre del programa era divertido, una especie de guiño a lo sencillo que es aprender.

Él había tenido buenos y malos profesores, algunos francamente horribles. Uno de esos profesores había sido el de gimnasia, que apartaba a muchos alumnos por el simple hecho de que no le cayeran bien, presionándoles para que abandonaran sus estudios. Había escuchado tantas veces que era un fracasado, que de no haber sido por la fe en él de su madre, no hubiera intentado seguir estudiando.

El informe de la secretaría de educación ponía muchos peros al proyecto.

Sin duda los alumnos aprendían mucho relacionándose en la escuela, los profesores también eran modelos éticos y humanos, pero todo eso podía arreglarse con algunas clases presenciales y trabajo en equipo. Tampoco iban a echar de la noche a la mañana a miles de profesores, pero tal vez en diez años el sistema ya no los necesitara.

El Presidente puso en marcha el simulador del programa que le habían incluido en el archivo. Una voz salió del ordenador, pero no era la típica voz robotizada de los

viejos programas. Tenía un tono agradable, suave y claro. El Presidente sugirió a la voz que le gustaría aprender algo de chino, el programa le llevó directamente a la sección idiomas y comenzó a enseñarle algunas palabras básicas. El Presidente repitió en alto las palabras, el ordenador le corregía y ayudaba en la pronunciación, como un viejo amigo.

Después de media hora practicando chino, cerró el Mac, lo dejó en la mesilla y apagó la luz. Aquel programa era asombroso. Le daría una verdadera sorpresa al Presidente chino cuando llegara la semana próxima. Puede funcionar, pensó mientras intentaba dormirse. Tras varias noches sin pegar ojo, se sentía muy cansado. Le había tocado pelear contra la peor crisis del mundo desde el 2009 y había superado la situación. Nada podía ir ya mal, dentro de unos días todos recordarían «la crisis del papel», como un mal sueño, el mundo había aprendido una lección: somos tremendamente vulnerables y únicamente unidos podemos sobrevivir.

Se había asegurado un lugar destacado en la Historia, pensó mientras intentaba dormirse de nuevo.

Día 5, 11:00 PM.  
Fort Point,  
Golden Gate, San Francisco.

Cuando David llegó al monumento no había nadie. El *parking* estaba prácticamente vacío y el agua de la bahía parecía plana, como un inmenso plato negro. Notaba como le sudaban las manos y tenía la boca reseca, con gusto se hubiera bebido un vaso de bourbon, pero tenía que tener la mente despejada. Tocaba inconscientemente con una mano el *pendrive* y con la otra el iPhone. Cuando un coche entró por la calle, se puso en guardia. No sabía cuántos eran ni cómo reaccionarían al verle. Un gigantesco coche negro se detuvo a unos diez metros de él y le enfocó con los faros. Un hombre salió y al lado de la puerta le gritó las instrucciones.

—Quiero que avances un poco, después deja el *pendrive* en el suelo y vuelve a tu sitio. No parecía la misma voz con la que había hablado por teléfono.

—Primero quiero ver a Carmen —dijo David intentando transmitir seguridad. El hombre ordenó algo y un segundo individuo sacó a la mujer del coche.

—No la veo, que se ponga al lado de los faros. Cuando cojáis la información ella correrá hacia mí —dijo David. Empujaron a la mujer que comenzó a caminar despacio, David se adelantó un poco y cuando comprobó que era ella dio unos pasos hasta el sitio convenido. Hubo un momento en el que apenas estaban a dos metros de distancia. Tuvo que frenar sus ganas de correr a abrazarla.

—No camine más —advirtió la voz.

David se agachó, era la señal convenida. Entonces comenzó el caos y el tiempo transcurrió en un segundo. Un segundo que le pareció el más largo de su vida.

**Día 5, 11:10 PM.**  
**894 Camino del Mar St.**  
**San Francisco, California.**

La mansión de Jimmy tenía unas vistas envidiables. Desde su jardín se divisaba toda la bahía y parte del océano. Aquella casa había sido el sueño de su vida desde que se había venido a vivir desde la costa Este. En contra de la mayor parte de los habitantes de Nueva Inglaterra, él prefería las cálidas playas del Pacífico y ese aire relajado de los californianos, al frío y el estrés de Nueva York. Se desanudó la corbata, dejó la chaqueta en el armario de la entrada y buscó a su mujer por el salón, pero no se veía a nadie por ningún lado. Tampoco a la asistente, que siempre estaba a esas horas en la cocina.

Entró en su despacho amplio, de paredes de cristal, con muebles modernos y se sentó en el sillón. Aquel día se había convertido en uno de los hombres más ricos del mundo. Nadie lo diría después de los varapalos de los últimos años. En dos ocasiones estuvo a punto de cerrar la empresa y regresar con las orejas gachas a alguna de las farmacéuticas en las que había perdido la mayor parte de su vida, pero ahora todo eso formaba parte del pasado.

Accedió a su cuenta corriente y casi se mareó de los ceros que relucían en su saldo. Ahora podría ampliar los laboratorios, abrir alguna sucursal en algún país vecino con menos reticencias morales y leyes federales retrógradas para la investigación con células madre, pero todo eso podía esperar para mañana, ahora se encontraba realmente hambriento.

Se acercó a la cocina y se preparó un gran sándwich. Aquella noche estaba sólo en casa. Se puso delante del televisor y vio un partido de beisbol. De vez en cuando notaba como le asaltaban a la mente ideas turbadoras. No era suficiente con calmar su conciencia, en muchas ocasiones sus malas acciones se clavaban en su mente como clavos al rojo vivo. Intentó concentrarse en el partido, al fin y al cabo, pensó, únicamente estaba cuidando sus intereses y dándole al mundo la solución a sus problemas.

La comunidad científica le había dado de lado por sus métodos heterodoxos, pero el hombre del siglo XXI no podía andarse con remilgos éticos. La supervivencia de la especie estaba en peligro.

**Día 5, 11:10 PM.**  
**Fort Point, Golden Gate,**  
**San Francisco.**

De tres puntos distintos comenzaron a brillar las luces de colores y las sirenas de la policía. Los secuestradores se sintieron sorprendidos y subieron rápidamente al vehículo. Carmen corrió hacia David y después se dirigieron hacia un coche al fondo del aparcamiento. El vehículo de los secuestradores avanzó hacia ellos para arroyarlos, pero en el último momento giró, dando un volantazo.

Frank encendió las luces de su coche, lo arrancó y frenó delante de David y Carmen, cuando los secuestradores comprendieron que habían sido engañados se lanzaron contra el viejo Toyota de Frank, pero este salió a toda velocidad en dirección al puente. Habían previsto la posibilidad de que los persiguieran y lo más sensato era cruzar el puente e intentar desaparecer en alguno de los caminos del Parque Natural. Frank solía ir de excursión casi todas las semanas y se conocía bien todos los senderos.

El coche de los secuestradores tomó la autopista tras ellos y se pegó literalmente a su guardabarros. Frank puso el coche a su máxima potencia, pero apenas logró ganar un par de metros de distancia. A esa hora todavía había bastante tráfico en el puente, pero el editor se las apañó para adelantar a los coches haciendo zigzag entre ellos.

El vehículo de los secuestradores era mucho menos maniobrable y comenzó a quedarse rezagado. Cuando el Toyota de Franz llegó a *Vista Point Rd*, tomó la salida y ascendió por el camino curvado hasta un sendero saliendo después en *Conzelman Rd*.

Después de recorrer unos veinte kilómetros miró por el retrovisor, nadie les seguía, había conseguido darles esquinazo. Es menos de media hora estarían en su pequeña casa de las montañas. Por lo menos esa noche dormirían tranquilos.

Día 6, 08:00 AM.  
Simmonds Rd,  
Mill Valley, California.

Se habían dormido al poco de llegar a la casa, Carmen y David estaban destrozados por la tensión de la noche anterior, habían sido demasiadas emociones para dos personas acostumbradas a la vida cotidiana sin sobresaltos. Frank, por el contrario, no había pegado ojo. Estuvo toda la noche dándole vueltas a cómo hacer caer en la trampa a las fundadoras de GoodLife.

Se levantó de la cama y encendió la pequeña radio de la cocina. Todo estaba un poco dejado, llevaba más de seis meses sin pasar por allí, desde que su pareja había fallecido de leucemia.

Frank se hizo un café y se sentó en la mesa de la cocina para escuchar las noticias.

Unos diez minutos más tarde apareció David, llevaba una camisa vieja y larga que le llegaba hasta los muslos. Su pelo alborotado y rubio le hizo pensar a Frank en el hijo que nunca tuvo, como si aquella extraña mañana fuera una simple escena hogareña.

—¿Qué tal estás David? —Agotado. Hacía tiempo que no me sentía tan cansado —dijo el joven sentándose en la mesa. —¿Un café? —Sí, por favor —dijo David bostezando. La radio seguía sonando sin que le prestaran mucha atención.

—Este es tu famoso refugio —dijo David

—Llevaba sin venir meses, antes lo usaba para leer manuscritos y escapar de la ciudad, pero desde que murió Dolores no he vuelto. —Lo siento —comentó David. —No, tenía que hacerlo antes o después. Si te soy sincero, estoy contento de haber venido. Frank sonrió y le colocó un café sobre la mesa.

—Me temo que no será tan fácil hablar con las fundadoras de GoodLife —dijo Frank. —Ayer fracasaron, no tardarán mucho en volver a intentar asesinarnos. —Una posibilidad es que Carmen y tú os marchéis a la costa Este. —No creo que eso solucione nada. Nos pueden localizar en cualquier sitio, además soy sospechoso de un doble asesinato —dijo David. El editor tomó un sorbo de café y respiró su aroma. Llevaba dos años sin probarlo por culpa de la tensión, pero ahora no le preocupaba la salud, ni la jubilación, se sentía de nuevo vivo.

—Al menos puede marcharse Carmen —dijo Frank. —De eso ni hablar —se escuchó una voz desde el otro lado de la puerta. La mujer apareció con otra camiseta larga. Su piel morena brillaba y su pelo rizado y negro le caía por los hombros. David la contempló de una manera totalmente distinta, como si después de unas horas Carmen recuperara de repente todo el atractivo perdido.

La mujer se acercó a David y le besó, después se sirvió un poco de café.

—Es por tu seguridad —dijo David. —Me dijiste que era mejor que no me involucrara y no lo hice, pero esos cabrones me esperaron a la salida del trabajo, me metieron en una furgoneta, me tuvieron un día entero retenida. No me iré a ninguna parte sin ti. Frank sonrió, le recordaba un poco a Dolores, con ese carácter explosivo y su manera apasionada de hablar.

—Además no puedo dejar al padre de mi hijo —comentó muy seria la mujer. David la miró sorprendido.

—Sí, lamento decírtelo de esta manera, pero intenté llamarte y hablar contigo, pero no hubo forma. Estoy embarazada de dos meses. El joven se quedó paralizado, con la boca abierta, después se puso en pie y la abrazó. No había pensado mucho en la paternidad, para él era algo todavía lejano, pero de repente sintió un estremecimiento y la besó.

—No esperaba... —Yo tampoco, pero... Carmen se echó a llorar. Esperaba una reacción más negativa en David, pero lo que más le asustaba era su aparente indiferencia.

—Lo criaremos juntos y seguro que se será igualito a ti —dijo David intentando animar a su novia. —¿Quieres que aborte? David se lo pensó un momento. Aquello no era una opción, al menos para él.

—No, creo que podemos ser muy felices los tres juntos. —Será mejor que lo celebremos —dijo Franz dirigiéndose a su bodega. Unos minutos más tarde regresó con una botella de champagne. Les sirvió un poco y los tres brindaron. —Querida, tu mejor simplemente mójate los labios —dijo Franz preocupado.

Carmen sonrió.

—Si no os importa, quiero irme un rato a descansar. Franz preparó una cama a la mujer y después regresó al salón. David estaba cabizbajo, sirviéndose otra copa.

—¿Estás bien? —No, justo en este momento no puedo ser padre. No sé si estaré vivo mañana —comentó David con el rostro pálido. —Todos podemos morir mañana. Piensa en el hoy, David. —Les haré salir de su escondrijo, es la única forma de acabar con todo esto —comentó David. —¿Cómo? —preguntó Franz. —De la única manera que sé —contestó David con una sonrisa. Cogió su teléfono e hizo una llamada. Después de hablar un par de minutos se dirigió a Frank. —Necesito recargar el iPad, quiero enviar el artículo para que lo publiquen en la edición de la tarde.



Día 6, 09:00 AM.  
Sede de la ONU,  
Nueva York.

La gran sala estaba a rebosar. En aquella sesión se concederían ayudas a los países que no habían logrado reunir los recursos necesarios para comprar el remedio del *Jimmy Watson Institute*. En las últimas 14 horas la destrucción del papel en los Estados Unidos prácticamente se había detenido en seco.

El delegado de Uganda subió al estrado para empezar la sesión.

—En esta última crisis las diferencias entre países ricos y pobres ha aumentado. En la mayoría de los estados africanos el 60% de sus libros y documentos han desaparecido y si esta tendencia no se ataja, me temo que el resto desaparecerá en pocos días. No tenemos recursos para comprar este remedio, pero pedimos a esta asamblea que nos conceda las ayudas para salvar lo que queda de nuestra cultura y economía. El delegado recibió una cerrada ovación y regresó a su asiento. Le sucedió el representante de Brasil.

—Los países de Latinoamérica también han sufrido la devastación de esa bacteria, se han perdido miles de libros y papeles importantes, pero aunque la situación no es tan grave como en África, al ritmo que vamos, perderemos nuestro patrimonio y no recuperaremos la normalidad si no se para la destrucción del papel a nivel global. De nuevo los delegados aplaudieron la intervención. El representante de España subió el tercero al estado.

—Nuestros hermanos de Hispanoamérica tienen razón, su patrimonio cultural no es menos importante que el nuestro. España ha mandado algunos equipos de escaneado a varios países y ayudas para luchar contra la bacteria, pero pedimos un apoyo a nivel global para los países en vía de desarrollo. El Secretario General tomó la palabra. Observó a la asamblea y en su perfecto inglés lanzó las medidas a seguir en los próximos días.

—Hemos firmado un acuerdo con GoodLife para la ayuda al escaneado de los documentos más importantes y hemos comprado suficiente cantidad de producto al *Jimmy Watson Institute* para comenzar inmediatamente la destrucción de la bacteria del papel. La actuación será de norte a sur en África y Sudamérica. Esperamos que en una semana se haya recuperado la normalidad y todos los países hayan vencido esta terrible crisis. Sin duda hay obras irre recuperables, pero a lo largo de la historia estas desgracias han sacudido a la sociedad. Juntos salvaremos el patrimonio histórico del mundo y devolveremos la paz a miles de millones de personas en todo el planeta. La asamblea se puso en pie para aplaudir al Secretario General. Por primera vez en mucho tiempo, todos los delegados estuvieron de acuerdo en un mismo asunto. El

mundo se había salvado.

**Día 6, 09:40 AM.**  
**Sede de GoodLife Mountain View,**  
**San Francisco, California.**

Alicia bebió un sorbo de su té y miró la lista de pedidos. A pesar de la rapidez de sus distribuidores se habían quedado sin equipos de escaneado libres y necesitaban comprar unos dos mil ordenadores más para apoyo a sus servidores. Con el dinero que habían ganado la última semana podían dar prioridad absoluta a sus nuevos proyectos, sobre todo a Babel Fish. El Presidente tenía un informe sobre la implantación del programa de Inteligencia Artificial, que podía convertirse en el primer educador a nivel general del planeta. Las cosas no podían marchar mejor.

Aquel programa había sido uno de sus sueños en su época de estudiante. Una mujer con su coeficiente intelectual había tenido que soportar a muchos profesores incompetentes a lo largo de su vida. Ahora toda la información estaría al alcance de la mano de una manera totalmente gratuita. Un profesor que sabía todas las respuestas y podía resolver todas tus dudas.

Otra de las grandes ventajas de Babel Fish era su coste, aplicado a escuelas o a la enseñanza en los hogares era mucho más barato que tener a miles de profesores en activo. Todo el mundo podría cumplir su sueño de formarse para buscar un trabajo mejor o licenciarse sin pagar cifras desorbitadas. Ella misma había tardado años en pagar sus estudios y miles de jóvenes hipotecaban sus vidas durante años con los bancos.

Alicia entró en el programa y el ordenador la saludó.

—Hola Alicia. —Hola Fish. —¿Qué tal estás? —Bien. —¿Quieres comenzar con tus clases de francés? —preguntó el programa. —Únicamente estaré un rato —dijo Alicia. —Un poco al día, todos los días y serás una verdadera francesa en menos de año. Alicia comenzó con su clase, intentó olvidar los problemas de su casa, del trabajo y disfrutó de aquella sesión como una niña pequeña.

**Día 6, 10:00 AM.**  
**Simmonds Rd,**  
**Mill Valley, California.**

David explicó su plan a Frank. Iba escribir un artículo controvertible para su periódico, pero antes contactaría con GoodLife para que intentaran de nuevo reunirse con ellos, el periodista pensaba que la amenaza podía surtir efecto. En los dos días que llevaba abierta la bolsa las acciones de la compañía se habían disparado, pero un escándalo podía parar los acuerdos con varios estados y hundir las acciones.

David se pasó toda la mañana recopilando los datos y redactando el artículo, mientras Frank atendía los asuntos de su trabajo a través del teléfono. Carmen, por su lado, vagaba por la casa sin saber qué hacer, al final se fue con el coche sin avisar para comprar algunas provisiones.

Media hora más tarde, Frank se acercó a la habitación en la que escribía David para preguntarle.

—¿Cómo va eso? —Bien, espero que el artículo cause el efecto que esperamos —dijo el periodista. —No tengo mucha fe en ello, creo que sería mejor vigilar a esas dos mujeres e intentar hablar con ellas fuera de la sede, allí dentro es un peligro. —Sí, pero debemos hacerlas pensar que si nos hacen algo la información saldrá de todas maneras —dijo David. —Espero que estés en lo cierto. —¿Dónde está Carmen?

—No lo sé, hace más de media hora que no la veo —contestó Frank. David se levantó de la cama y los dos hombres buscaron a la chica por todas partes. —¿Dónde diablos se ha metido? —preguntó David. —No está en la casa y falta mi coche. —Seguro que ha ido a comprar. No entiende que estamos en peligro. Si alguien la ve, puede causarnos muchos problemas —dijo David enfadado. Los dos hombres se fueron a la cocina e intentaron llamarla, pero no cogió el teléfono. No podían ir a buscarla, la tienda más cercana estaba a unos veinte kilómetros. Al final se sentaron en la mesa y tomaron un café. David no dejaba de mirar el reloj preocupado. Carmen corría un serio peligro.

**Día 6, 11:40 AM.**  
**Centro Comercial,**  
**Sausalito, California.**

Carmen se había arrepentido de salir a comprar. Había recorrido varios kilómetros sin encontrar nada, hasta llegar a la estatal y después a Sausalito. Entró en el primer centro comercial que encontró y compró varias cosas básicas antes de dirigirse de nuevo al coche.

Cuando estaba cargando el maletero, dos hombres se acercaron a ella, pero al final se acercaron hasta los carros y tomaron uno.

—No, será mejor que esperemos a ver a dónde nos lleva —dijo el mayor de los hombres. Cuando Carmen regresó hacia Mill Valley, el coche que la seguía se mantuvo a cierta distancia. Tras unos treinta minutos, vieron cómo se detenía frente a una casa.

Carmen descargó las bolsas y entró por la puerta de la cocina. En cuanto la vio David saltó del asiento como si tuviera un resorte.

—¿Se puede saber dónde te has metido? —preguntó nervioso. La mujer levantó las bolsas y las dejó en la mesa.

—¿Tú qué crees? —Es peligroso. Nos están siguiendo y nos buscan para matarnos. —No creo que nadie nos busque en Sausalito o cualquier pueblo de la zona. Saben que intentaremos contactar con GoodLife de nuevo. Frank se asomó por la ventana, pero no vio a nadie.

—Tranquilo, no la han seguido —dijo el hombre.

David se fue enfadado hacia la habitación, tomó su iPad y envió el mensaje al periódico. Carmen le siguió.

—No entiendo por qué te pones tan alterado, únicamente he ido a comprar. —Esto no es una broma Carmen, nos jugamos el pellejo. La mujer se acercó a David y lo abrazó. —Lo siento cariño. El joven intentó rechazarla, pero al final la estrechó entre sus brazos.

—¿No volverás a hacerlo? ¿Verdad? —Lo prometo —dijo Carmen con una sonrisa.

**Día 6, 12:00 PM.**  
**Simmonds Rd,**  
**Mill Valley, California.**

Después de vigilar la casa, se dirigieron de nuevo al coche. Uno de los hombres marcó un número y espero uno segundos.

—Los hemos localizado —dijo secamente. —Quiero que los matéis, todo se está complicando demasiado. El asesino colgó el teléfono.

—Vamos —dijo al compañero. Los dos salieron del coche y empuñaron las armas. Caminaron por el sendero hasta la puerta principal.

—Tú entra por la cocina, yo lo haré por aquí. Entraron los dos a la vez haciendo el menor ruido posible. Pero la casa parecía desierta. Se acercaron al salón, pero entonces escucharon como un coche aceraba fuera. Corrieron hasta su vehículo y comenzaron la persecución.

Frank conducía a toda velocidad, mientras Carmen se aferraba al asiento. Recorrieron la estrecha carretera hasta salir a la principal. El editor conocía todos los atajos de la carretera, por lo que no le costó mucho dar esquinazo a sus perseguidores.

Mientras tanto, Davis se escabullía entre la maleza. Había preferido separarse de ellos, para alejarles del peligro. El camino que quedaba por delante tenía que recorrerlo solo.

**Día 6, 2:10 PM.**  
**Sede de la Policía Metropolitana,**  
**San Francisco, California.**

El inspector Blake miró los detalles del crimen. Los asesinatos eran cosa del FBI, pero aquel tipo tenía en sus manos la seguridad nacional y el jefe les había pedido que echaran un vistazo. Blake no se limitó a leer los detalles del escabroso asesinato múltiple. Estudió los últimos crímenes en las ciudades que rodeaban la Bahía y sus posibles conexiones.

Después de dos horas descartó la mayoría, pero se quedó con tres: la misteriosa muerte de Mathieu Gates y su novia Susan, también de un tal Larsson; al parecer, el sospechoso era un joven y prometedor periodista, David Portier. La pareja asesinada trabajaba para GoodLife y Larsson era un conocido crítica de la empresa informática y un conocido agitador desde su temida página web.

Buscó en los archivos datos sobre GoodLife, la dos empresa se había hecho inmensamente rica gracias a la crisis del papel, al parecer era la única preparada para escanear los documentos de todo el mundo

—Mira esto William —dijo Blake a su compañero. —Parece que todo es circunstancial —comentó William, leyendo el informe en la pantalla. —También está la detención de ese tal Jonathan Huxley. Un joven científico que se vuelve loco y mata con su viejo profesor a un agente del FBI. Quiero ir a verle —dijo Blake.

—La CIA no permite que un simple policía interrogue a sus sospechosos —dijo William. —Lo que no entiendo es qué hace la CIA investigando un caso de asesinato —dijo Blake. —Ese tipo mató a un agente del FBI y estaba investigando un remedio contra la bacteria que se come el papel, a lo mejor se trata de un caso de espionaje industrial —dijo William. —Son demasiadas coincidencias. —San Francisco es una ciudad segura, pero con los disturbios que ha habido en la última semana, es normal que se haya disparado el número de muertes violentas. Creo que estás viendo fantasmas dónde no los hay —dijo William. —Ya, pero no se trata de robos con violencia, son asesinatos sin más. Creo que tienen algún punto de conexión. —¿Estás seguro? —Tengo que localizar a ese David Portier e interrogar a Jonathan Huxley —dijo Blake. —Le busca toda la policía del estado, no creo que tarden mucho en dar con él —comentó el otro inspector. Blake situó los crímenes en un mapa. Todos estaban en la zona próxima a *Silicon Valley*, cerca de la sede de GoodLife. Tenía que haber alguna conexión, pensó mientras saboreaba su almuerzo.

**Día 6, 02:50 PM.  
Simmonds Rd,  
Mill Valley, California.**

Comenzaba a tener mucha sed, pero ese era el menor de sus problemas. Su cabeza no dejaba de dar vueltas, ¿cómo estaría Carmen? Se secó las lágrimas ennegrecidas por el sudor de la cara y continuó caminando.

Le costaba hacerse a la idea. Apenas unas horas antes se había enterado que iba a ser padre y ahora no sabía si volvería a verla. Esperaba que Frank hubiera dado esquinazo a sus perseguidores y llevado a Carmen a un lugar seguro. Todos estaban en peligro y era culpa suya. No tenía que haberlos involucrado, pero ahora estaba más resuelto que nunca a llegar hasta el final. Ya no se conformaba con desbaratar los planes de GoodLife, no pararía hasta matar a sus dos fundadoras.

A lo lejos divisó Sausalito, en las últimas horas había evitado los senderos más concurridos, seguramente los asesinos de GoodLife le perseguían, pero ahora era inevitable que entrara en la ciudad y cogiera algún autobús para San Francisco.

Su iPad parpadeó y David se sentó sobre una roca. Tenía un mensaje. Lo abrió, era de GoodLife.

—A las 22:30 en la oficina central, tiene acceso libre. El escueto mensaje preocupó a David, parecía demasiado fácil, pero ya no tenía nada que perder.

Caminó por la ciudad hasta la estación de autobuses y tomó el primero que salía para San Francisco. Regresaría a casa y después se prepararía para morir, pensó mientras el autobús cruzaba el puente. Su vida se había destruido en menos de una semana, ahora ya no le quedaba nada por lo que seguir adelante. El paisaje de la bahía se reflejó ante sus ojos con toda su belleza, todo permanecía igual a pesar de su sufrimiento, el mundo seguiría adelante cuando él desapareciera.



**Día 6, 04:30 PM.**  
**Sede de la Policía Metropolitana,**  
**San Francisco, California.**

—Última hora. Estados Unidos está fuera de peligro. La crisis del papel ha terminado después de una de las semanas más difíciles de los últimos cincuenta años. Gracias a la bacteria inventada por el *Jimmy Watson Institute*, la destrucción de papel ha remitido y en las próximas horas se espera que todo vuelva a la normalidad. El fundador de la compañía, Jimmy Watson visitó ayer al Presidente, el científico había invertido gran parte de su vida en estudiar el genoma humano, ahora la compañía tiene un futuro prometedor, aunque muchos hablan de una posible absorción por parte de GoodLife, la primera compañía informática del mundo. Jimmy Watson es un héroe nacional y no se descarta que reciba el premio Nobel por su labor científica en esta crisis del papel. El inspector Blake miró la pantalla de su ordenador sorprendido, esa era la conexión que necesitaba. Llamó al *San Francisco Chronicle*.

—Soy el inspector Blake de la policía de San Francisco, quiero el correo electrónico personal de David Portier y su número de teléfono —dijo secamente. —No coge el teléfono desde hace días —contestó una de las secretarias. —No importa. La mujer le deletreó el correo y le dio el teléfono. El agente colgó y volvió a llamar al servicio de escuchas.

—Quiero que me localicen este número. Lo necesito urgente —dijo mientras jugueteaba nerviosamente con un bolígrafo. Repasó los posibles sitios en los que podía estar. Amigos, compañeros y a su novia. Alguien estaba intentando matar a ese periodista o era el asesino más brutal de los últimos veinte años, pensó mientras le enviaba un correo electrónico.

Día 6, 5:45 PM.  
Bunker de la Casa Blanca,  
Washington DC.

El Presidente había convocado la última reunión del gabinete de crisis. Todo parecía que volvía a la normalidad. El ejército se había empleado a fondo y se había cubierto más del 80% del territorio. Michael John, el director de Gestión de Documentos del FBI, Jack el jefe de la División Antiterrorista de la CIA y el Vicepresidente Frank ya estaban en la sala cuando entró el Presidente.

—Caballeros, tengo que felicitarles, hemos superado la crisis. Todos miraron al Presidente. La última semana había sido una de las peores de sus vidas. Decenas de horas de trabajo, noches sin dormir y la preocupación de que todo el país cayera presa del caos.

—Todavía estamos en alerta naranja —dijo Jack. —¿Se ha descubierto algo más de los autores? —preguntó el Presidente. —No, señor Presidente. No hemos logrado probar nada, aunque dimos caza a un joven científico y su profesor, imagino que le sonarán los nombres: Jonathan Huxley y Mr. Rutan. Le hablé de ellos en la anterior reunión —dijo Jack. El Presidente miró con desdén a su colaborador.

—¿Cree que en plena crisis mundial voy a recordar el nombre de dos asesinos? —¿Qué relación tenían ellos con el caso? —preguntó el Vicepresidente.

—Al parecer descubrieron un remedio para eliminar la bacteria del papel. Pensamos que ellos habían creado la bacteria y después habían inventado también algún tipo de remedio, cuando intentaron vendérselo fueron abatidos, habían asesinado a sangre fría a dos agentes del FBI —explicó Jack. —Entonces el caso está cerrado —dijo el Vicepresidente. —Pero ¿actuaron solos? —preguntó Michael John. —Será muy difícil que lo averigüemos. Lo único que podemos hacer es vigilar para que no vuelva a suceder —dijo Jack. —¿Cómo va la fumigación? ¿Ha parado completamente el proceso de destrucción de papel? —preguntó el Presidente. —Sí, señor Presidente. Estamos terminando el trabajo —dijo Michael John. —¿Y la digitalización? —A un 90%. Mañana terminaremos el proceso —dijo Michael John. —Estupendo. En cuanto termine quiero que envíen equipos a diferentes países de Sudamérica, pidan más ayuda a GoodLife. —Señor Presidente, sé que este no es el sitio adecuado, pero ha visto el programa Babel Fish —preguntó Michael John. —Sí, es un programa muy interesante y nos ahorrará millones de dólares. Haremos una comisión que estudie su aplicación. El Presidente se puso en pie.

—Caballeros, sus nombres serán recordados en los libros de historia. Han salvado a América.

**Día 6, 7:00 PM.**  
**330 Drumm St,**  
**San Francisco, California.**

David dejó su iPad en la entrada y se quitó la ropa. Estaba agotado, hundido por el agotamiento y con la sensación de que la última semana su vida se había volatilizado. Se preparó un baño y se metió en la bañera. Dejó que el tiempo pasara y al final se quedó dormido.

Cuando se despertó, se sorprendió al ver el reloj, había estado dos horas metido en el agua. Se puso algo cómodo y se fue a por el portátil. Miró el correo electrónico, tenía un par de mensajes nuevos, pero uno le llamó poderosamente la atención, era de un tal inspector Blake de la policía de San Francisco. Leyó el mensaje, el agente le pedía una cita, asegurándole que si colaboraba no sería acusado de asesinato. El tal Blake había llegado a la conclusión que detrás de la muerte de Jimmy Watson y sus amigos estaba la mano de GoodLife. En otro momento, aquella carta le hubiera llenado de euforia, pero ya no le servía de nada la ley. Sus planes no eran precisamente meter entre rejas a las fundadoras de la compañía.

Se acercó a la mesita de su habitación y sacó un arma, su padre siempre le había insistido en que tuviera una, decía que San Francisco podía ser un lugar peligroso. Después buscó la munición en el armario.

El peso del revolver le hizo sentirse ligero, como si aquella arma le dotara de una fuerza de la que había carecido todos aquellos días.

Se guardó más balas en los bolsillos. No sabía cómo iba a pasar el arma, pero estaba seguro de que no saldría con vida de GoodLife. Tomó el teléfono y se dirigió a la salida.

Quedaban tres horas para la cita, pero todavía tenía algo que hacer. Caminó por la calles de San Francisco como un turista, mirando los edificios, observando los bulevares, sabía que era la última vez que los vería.

**Día 6, 8:00 PM.**  
**Sede de GoodLife Mountain View,**  
**San Francisco, California.**

Alicia e Irina estaban en el gimnasio. A aquellas horas normalmente ya había regresado a casa, pero aquel día era especial. Tenían una cita a las doce de la noche para impedir que un nuevo escándalo salpicara a la compañía. Era algo que nunca esperaron cuando crearon GoodLife, pensaban que su trabajo consistía en inventar nuevos servicios y venderlos, pero un gran número de estafadores, envidiosos y locos, siempre intentaban manchar la imagen de la compañía.

Mientras las dos corrían en la cinta no necesitaron decirse nada, se conocían tan bien, que muchas veces sobraban las palabras. Después se sentaron agotadas en uno de los bancos.

—¿Por qué tenemos que verle tan tarde? — preguntó Alicia enfadada. —Estas cosas no se hacen a plena luz del día —dijo Irina. —¿Cuánto será esta vez? — preguntó Alicia. —No lo sé, cada persona tiene un precio —dijo Irina. —Pero ¿realmente pude hacernos daño? —preguntó Alicia. —Al parecer le robó algunos archivos a Susan, algo del tema relacionado con el *Jimmy Watson Institute* —dijo Irina. —Todo lo que firmamos con Jimmy era legal. —Claro, pero nos perjudicaría que la gente creyera que queremos saber su ADN para poder manipularles, parece algo muy mezquino para GoodLife —dijo Irina.

—Sobre todo si el lema de tu empresa es «se pueden hacer negocios sin hacer el mal» —dijo Alicia. —Además nos acusa de estar detrás de la muerte de Susan y su prometido —dijo Irina. —Eso es absurdo, ¿por qué íbamos a hacer una cosa así? — dijo Alicia. —Lo importante es que él lo cree. —¿No será peligroso? La policía le busca como sospechoso de asesinato —dijo Alicia. —No te preocupes, se lo pondremos a la policía en bandeja —dijo Irina. —Eso espero. —¿Quieres tomar algo? —preguntó Irina. —Sí, pero antes una ducha. Las dos mujeres se dirigieron a los vestuarios. Alicia pensó en lo que les había costado levantar GoodLife y se preguntó si el esfuerzo había merecido la pena. Después el relajante contacto con el agua le devolvió la calma.

**Día 6, 9:00 PM.**  
**Sede Vaticana,**  
**Roma, Italia.**

Estaba exhausto. Llevaba varios días durmiendo dos o tres horas, pero necesitaba supervisar la digitalización de todos los libros y manuscritos. Luigi Cervini entró en el programa y ojeó los índices, después se entretuvo viendo en la pantalla algunos incunables. La Biblioteca Vaticana se había salvado, no importaba el coste, lo verdaderamente importante es que todo aquello estaba ahora digitalizado.

Observó las bellas ilustraciones a través del monitor, no era lo mismo que tocar las hojas o los pergaminos, pero su hermosura brillaba a través de la pantalla como lo había hecho durante milenios en las salas de la biblioteca.

Luigi Cervini se levantó de la silla y notó como le dolía la espalda. Demasiada tensión acumulada y un cansancio que apenas le permitía moverse con la agilidad a la que estaba acostumbrado.

El Papa le había felicitado aquella mañana, eran el primer estado que había terminado la digitalización, a pesar de la vasta colección de libros y escritos. No lo habrían conseguido sin GoodLife y ahora todos sus tesoros se encontraban en la caja fuerte de la compañía, aunque seguían perteneciendo a la Iglesia, GoodLife únicamente les alquilaba un lugar seguro.

Claro que Luigi Cervini tenía sus dudas, las mismas que le había expresado al Papa el director del Archivo Secreto, pero tardarían un tiempo en crear un sitio lo suficientemente seguro para proteger sus tesoros de los ciberterroristas. El mundo había cambiado mucho en los últimos años, pero eso era tan sólo la punta del iceberg. La iglesia debía prepararse a conciencia para los nuevos tiempos y eso es lo que Luigi Cervini quería que el Papa entendiese. Fue hasta su habitación, tomó su e-Reader y cargó la Biblia. Cuando llevaba un par de capítulos del libro de Apocalipsis se quedó dormido.

**Día 6, 10:00 PM.**  
**Sede CIA,**  
**San Francisco, California.**

Blake cogió el teléfono impaciente. No había logrado localizar al periodista en todo el día, aunque estaba seguro de que había leído su mensaje. Estaba a punto de marcharse, cuando sonó el móvil.

—Le hemos localizado en Palo Alto —dijo una mujer desde el otro lado de la línea. Después le dictó la dirección. —Gracias, pero necesito que cada cinco minutos me digáis hacia donde se dirige —dijo Blake. —Sabe que hay un margen de error de unos cincuenta metros —dijo la mujer. —Sí, pero eso no es un problema. Blake tomó su chaqueta después de colgar el teléfono y llamó a su compañero. Los dos salieron a toda prisa a por su vehículo. Diez minutos más tarde se dirigían en busca del objetivo.

En la cabeza del agente había una certeza, el periodista iba a GoodLife, la sede de la compañía se encontraba a muy pocas manzanas de allí.

El coche recorrió las calles semidesiertas. Por la noche era raro ver a gente caminando, a no ser en la zona más céntrica. Viajaban en silencio, concentrados en la carretera, hasta que su compañero William le dijo:

—¿Has cenado? —No, tengo que acabar primero con este asunto —contestó Blake.

—Creo que te tomas las cosas demasiado en serio. Es nuestro trabajo, pero aparte de esto tenemos una vida. Blake no contestó, tal vez porque él no tenía otra vida. Soltero, sin hijos, con sus padres fallecidos cinco años atrás, la agencia era toda su vida. Cuando se aproximaron a la zona de la localización, escucharon de nuevo el teléfono. Las coordenadas habían variado ligeramente, pero parecía que ahora el sujeto se alejaba rápidamente más hacia el sur.

**Día 6, 10:20 PM.**  
**Silicon Valley, California.**

El coche comenzó a seguir a toda velocidad la señal que les facilitaba el móvil. Sin duda el periodista se movía en algún tipo de vehículo. Blake miró la última ubicación, daba la impresión que el sospechoso se dirigiera en dirección contraria a la sede de GoodLife.

Blake apretó el acelerador y comenzó a mirar a su alrededor. No veía al sospechoso en ningún coche.

—¿Dónde está? Pensé que se dirigiría a la sede la compañía. —A lo mejor está huyendo —comentó el compañero. —¿Huyendo? Ese tipo lo ha perdido todo, no creo que esté intentando escapar —dijo Blake convencido. —¿Entonces? ¿A dónde se dirige? —Puede que tenga alguna cita con alguien, una fuente tal vez. ¿Quién sabe? La señal estaba cada vez más al sur, por la zona de San José, pero según la última información debían estar viendo al sujeto, aunque no le localizaban por ninguna parte.

—Estos malditos aparatos no sirven para nada —dijo Blake mirando su teléfono. —Ten paciencia. Acabamos de empezar la búsqueda.

—Ese tipo no durará mucho más vivo y es el único testigo que tenemos —dijo Blake. —¿Qué te hace pensar que es inocente? Por donde pasa deja un reguero de cadáveres. —A mucha de la gente asesinada ni siquiera la conocía y, ¿por qué diablos iba a matar a su propio informador antes de que le contara lo que sabía, a su novia o a su editor? —Se ha vuelto loco, está obsesionado con la compañía y hace todo eso para inculparlos. —Creo que ves demasiado cine —bromeó Blake. Los dos agentes continuaron la búsqueda más al sur. En unos minutos abandonarían la Bahía y entrarían en la Estatal 5 hacia Los Ángeles.

Día 6, 11:20 PM.

Sede de GoodLife Mountain View,  
San Francisco, California.

Las dos mujeres se entretuvieron atendiendo trabajo atrasado. En los últimos días la digitalización había sido la prioridad absoluta. Aún ahora tenían que desplazar nuevos equipos a Sudamérica a petición del Presidente de los Estados Unidos, pero había otros asuntos importantes, como la consolidación del nuevo navegador, su proyecto espacial y nuevos programas a los que dar el visto bueno.

Alicia miró el reloj inquieta. Después se puso la chaqueta, sentía escalofríos. Irina parecía inmutable, sin levantar la mirada de la pantalla.

—¿Quieres que te haga un té? —preguntó Alicia. —Sí, por favor, pero sin teína. No quiero perder el sueño. A Alicia le sorprendía la sangre fría de su amiga, era capaz de guardar la calma en los momentos más críticos. Se acercó al armario, tomó las bolsitas y después hizo las infusiones.

—Toma —dijo Alicia acercándole la taza humeante. —Gracias —dijo su amiga sin apartar la mirada del monitor. —¿No estás nerviosa? —No, ¿por qué? —No sabemos si un psicópata está a punto de entrar en la sala, ¿quién nos dice que no intentará asesinarnos? —No lo creo, únicamente es un periodista.

—Pero su novia ha muerto, varios de sus amigos. Nos echará la culpa a nosotras, querrá venganza —dijo Alicia, empezando a ponerse histérica. —Cada uno tiene escrito su destino Alicia, no creo que el nuestro sea morir después de lo que hemos creado de la nada. Simplemente tenemos un problema y hay que solucionarlo —dijo Irina con cierta frialdad.



Día 6, 11:40 PM.

Sede de GoodLife Mountain View,  
San Francisco, California.

David había llegado con cierta anticipación. La zona estaba totalmente desierta. Un guardia de seguridad le permitió el acceso al campus y caminó por los senderos hasta el edificio principal. Aquel parque de atracciones artificial parecía más fantasmagórico a la luz de las farolas. Sintió frío, pero se limitó a abrazarse. Notó el bulto del revólver y no pudo evitar un nudo en la garganta.

Cuando entró en el edificio principal, un segundo guardia jurado le facilitó el paso sin preguntas. Después pasó las puertas de seguridad de la zona restringida. Aquella parte del edificio era totalmente desconocida para él, pero siguió las indicaciones.

David desconocía que una sombra seguía todos sus pasos. El asesino a sueldo tenía orden de intervenir cuando le dieran la señal. Sabía que el periodista estaba armado, había saltado en todos los controles la forma de su arma en los escáneres personales, pero su jefe quería pruebas de que simplemente habían actuado en legítima defensa contra un loco psicópata.

El periodista se paró enfrente de la puerta del despacho. Respiró hondo y llamó. Un sonido metálico la abrió y entró en la sala.

La gran habitación estaba poco iluminada. Al fondo había un gran sillón. Una de las mujeres estaba sentada, repiqueteando los dedos de la mano sobre su rodilla. La otra estaba de pie, con expresión seria y la mirada fija en él.

—¿Señor David Portier? —preguntó la mujer que estaba en pie. David se acercó hasta el sillón. Su rostro quedó iluminado por un cañón de luz. Sus ojos desprendían odio, tenía los labios apretados y los puños cerrados.

—Sí, soy yo —respondió con voz decidida. —Por fin nos conocemos —dijo la mujer que estaba en pie—. Mi nombre es Irina y esta es mi socia Alicia. Bienvenido a GoodLife.

**Día 6, 11:40 PM.**  
**Fremont, California.**

La señal se detuvo. El coche se dirigió a toda velocidad hacia la dirección señalada. Se trataba de la estación de autobuses de la ciudad. Los dos agentes se apearon y Blake corrió por las dársenas seguido de su compañero. Registraron los tres autobuses aparcados. De uno de ellos bajaba gente.

—Mierda, iba en autobús —dijo Blake mientras subía las escaleras del último vehículo. Corrió por el pasillo. Allí la señal era muy fuerte. Entonces observó el aparato parpadeante.

—El muy cabrón dejó el teléfono en el lateral del asiento. Nos ha despistado —dijo Blake llevándose las manos a la cabeza. —Entonces, ¿dónde está? —preguntó el compañero. —Quería alejarnos de GoodLife. Tiene que haber ido allí, quiere vengarse por sí mismo —dijo Blake corriendo de nuevo hacia la salida. Cuando entraron en su coche Blake pisó el acelerador con fuerza. Su compañero puso la luz de emergencia y una fuerte sirena comenzó a sonar.

—Espero que lleguemos a tiempo —dijo Blake. —¿A tiempo para qué?

—Para impedir que las mate. ¿No lo entiendes?, ha decidido terminar con ellas —dijo Blake con el rostro tenso por la angustia. El vehículo atajó por el puente, pero aun así les quedaban veinte minutos de incertidumbre. Blake tomó el teléfono y llamó a la sede de GoodLife. Saltó un contestador y le remitieron la llamada a una operadora. Después de varios minutos alguien le comunicó que no podían ponerse en contacto con la oficina de las fundadoras. Ellas habían cortado todo acceso con el exterior.

Día 7, 12:00 AM.  
Sede de GoodLife Mountain View,  
San Francisco, California.

David se aproximó a la pareja. Notó como en ese momento se abalanzaba sobre él todo el cansancio de los últimos días. Las miró fijamente, pero no acertó a decir nada, lo único que deseaba era acabar con todo aquello cuanto antes.

—¿Va a decirnos por qué quería vernos? No entiendo por qué quiere lanzar todo ese cúmulo de falsedades sobre GoodLife. Nuestra intención siempre ha sido favorecer a las personas y convertir el mundo en un sitio mejor —dijo Irina enfadada. El joven percibió como la ira subía por sus brazos hasta los hombros, pero intentó contenerse por ahora.

—¿Qué? ¿Me pregunta por qué he venido? —dijo David indignado. —Exactamente —le retó Irina. —Han matado a dos de sus empleados, por no contar al pobre de Larsson y quién sabe a cuantos más. Todo por su ambición. —Está loco —dijo Irina. Alicia permanecía sentada en silencio.

—¿Loco? Tengo pruebas de sus tejemanajes con el *Jimmy Watson Institute*, también de su conspiración para poner al mundo bajo sus pies. Ahora controlan el 80% de la información mundial, incluidos los archivos secretos de gobiernos, empresas y organizaciones.

—Eso no es un delito —dijo Irina—, fueron ellos lo que nos pidieron ayuda. —Sí, ustedes son los salvadores del mundo. Gracias a su empresa el conocimiento de la humanidad no se ha perdido para siempre, ¿verdad? Aunque la realidad es que ustedes produjeron la crisis del papel y lanzaron esa maldita bacteria con la intención de hacerse con el control de toda esa información —dijo David. —Lo que cuenta es absurdo ¿cómo íbamos nosotros a crear esa bacteria? —preguntó Irina. —Ustedes no, pero si su socio Jimmy. Él creo la bacteria y la esparció con su ayuda, después ustedes crearon un virus informático que extendieron por los millones de usuarios que utilizan su correo gratuito. Un plan magistral —dijo David. —Lo que dice son elucubraciones. Será mejor que nos diga ya lo que quiere, no podemos perder más tiempo —dijo Irina. David se enfureció por el cinismo que mostraba la mujer y sacó la pistola. Apuntó a las dos alternativamente y después gritó.

—¡Van a pagar por ello!

**Día 7, 12:10 AM.**  
**Cerca de la Sede de GoodLife Mountain View,**  
**San Francisco, California.**

La calle estaba cortada. Varios obreros taladraban el asfalto, mientras otros desviaban el tráfico. Se había acumulado un gran número de coches y la sirena de los agentes no servía para nada.

—Mierda. ¿Qué sucede ahora? —dijo Blake fuera de sí. El agente salió del coche y comenzó a correr.

—¿A dónde vas? —Llama a la central para que manden refuerzos a la sede de GoodLife —gritó Blake mientras se alejaba. Notó el peso de las piernas. A sus cuarenta y cinco años había perdido algo de fuerza, pero intentó concentrarse y olvidar el dolor.

Corrió por las calles desiertas y silenciosas de uno de los lugares más valiosos del planeta. Allí tenían su sede todas las empresas informáticas, el centro del mundo ya no estaba ni en Washington ni en Nueva York, estaba en aquella zona tranquila y paradisíaca de California.

Cuando vio el gran cartel luminoso de la compañía se paró un poco para tomar aliento. Notaba como el corazón le iba a estallar. Hizo un último esfuerzo y llegó al primer control.

—Agente de la CIA —dijo enseñando el carnet. El guardia jurado le miró con incredulidad y sacó el arma.

—No se mueva, tengo que comprobar eso —dijo señalando la placa. —Maldita sea, se va a producir un asesinato ahí adentro.

—Lo siento señor, pero tengo que asegurarme que no será usted el que cause problemas. Será un segundo. Blake entregó la placa. Miró el reloj y rezó en voz baja para que ese pobre muchacho no apretara el gatillo antes de que él llegara.

**Día 7, 12:20 AM.**  
**Sede de GoodLife Mountain View,**  
**San Francisco, California.**

Irina miró el arma con nerviosismo y se quedó muda de repente. David comenzó a mover la pistola de una a otra alternativamente, como si durara con cual acabar primero.

—No entiende lo que estamos construyendo —dijo Alicia poniéndose en pie. David le hizo una señal para que no se moviera.

—Cuando llegamos a este negocio lo único que querían las compañías era sacar dinero rápido y fácil, pero nosotras inventamos el mejor buscador de la historia. Antes las compañías creaban buscadores lentos para que los usuarios se quedaran más tiempo en sus páginas, pero nuestro sueño era poner toda la información del mundo al alcance de todos —dijo Alicia. —Aunque hubiera que matar, robar o extorsionar para ello —dijo David. —¿Está loco? Nosotras jugamos limpio, aunque no siempre se jugó limpio por parte de la competencia. Nuestra máxima era «se pueden hacer negocios sin hacer trampas» —dijo Alicia. —Entonces, ¿por qué destruyeron los libros? ¿No querían que el conocimiento llegara a todos? —preguntó David. —Ofrecimos al mundo nuestra tecnología de forma casi gratuita, pero las bibliotecas, las editoriales nos echaron sus perros rabiosos; para impedir el Proyecto Alejandría, alegaban problemas con los derechos de autor, aunque lo que no querían perder era el monopolio del saber —dijo Alicia. —Por eso decidieron hacerlo por las malas —dijo David. —Ellas no son papaces de eso. Alguien tenía que hacerles el trabajo sucio —se escuchó una voz entre las sombras. Irina la miró sorprendida. La voz le era extrañamente conocida.

—¿Qué dice? ¿Se ha vuelto loco? —La oportunidad surgió cuando nos conocimos a. Les hablé de las posibilidades que tenían las aplicaciones del ADN de los usuarios. Podríamos auxiliar a la gente, prevenir enfermedades y ayudarles a superar problemas de personalidad, pero las querellas y la mala imagen de mi empresa nos había hecho perder millones de dólares en los últimos años. Unos días más tarde volvimos a comer juntos y me habló de otros proyectos de sus laboratorios, de las bacterias que podían disipar los vertidos de crudo. También les conté que podía crear bacterias que conseguían destruir casi cualquier material y que pensaba venderle el descubrimiento al ejército. Se marcharon pensativas a casa. Entonces se me ocurrió la idea —dijo Jimmy. —Crear una bacteria para destruir el papel, de esa forma todo el mundo se echaría en sus brazos y conseguirían el dinero que necesitaban —dijo David. Irina se acercó sorprendida a Jimmy. No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Cómo has podido hacer una cosa así?

—Lo hice por GoodLife y mi empresa, por el futuro de la compañía y por el futuro del mundo —se intentó justificar Jimmy. —¡Maldito cabrón! —dijo Irina indignada. —Alguien tenía que hacer algo, tú te limitabas a lamentarte todo el día y tu socia vive en sus fantasías altruistas —dijo Alicia. —Por eso fue capaz de asesinar a tantas personas —dijo David. —Salvaremos millones, ¿no lo entiende? Una luz comenzó a parpadear.

—¿Qué es eso? —preguntó David. —La alerta de seguridad —dijo Irina. —Todavía no, maldita sea —dijo Jimmy bloqueando los accesos a la zona restringida —, aún queda una última cosa por hacer.

**Día 7, 12:40 AM.**  
**Sede de GoodLife Mountain View,**  
**San Francisco, California.**

Blake corrió hasta el edificio principal y entró sin ningún impedimento. Tomó el ascensor y llegó a la segunda planta. Se acercó a la puerta de acceso restringido pero estaba cerrada. Dos guardias jurados le alcanzaron. Uno de ellos tecleó el código de apertura, pero la puerta no se abrió.

—¿Qué sucede? —preguntó el agente. —No lo sé —dijo el guardia. —¿No hay otra entrada? —No, alguien la ha bloqueado desde dentro —explicó el guardia. El agente sacó la pistola y comenzó a disparar a la puerta. Después de seis balas, la hoja de acero seguía impertérrita.

En ese momento llegó el primer equipo de la CIA con su compañero.

—Necesitamos a alguien que pueda abrir esta puerta —ordenó el agente. Uno de los hombres desmontó el pequeño teclado y comenzó a hurgar en los cables.

—Tenemos que traer a un especialista —dijo el agente—, yo no puedo acceder.

Blake tuvo ganas de tirarse de los pelos, pero pidió por teléfono un especialista informático. Le informaron de que tardaría al menos otros quince minutos en llegar.

—Mierda, no tenemos tanto tiempo. ¿No hay nadie aquí que pueda hacerlo? —preguntó el agente Blake. Un silencio sepulcral invadió la sala. El inspector se cruzó de brazos e intentó tranquilizarse. Había cosas que escapaban por entero a su control. Simplemente cruzó los dedos y esperó que aquel joven no estuviera ansioso por apretar el gatillo.

Día 7, 12:45 AM.  
Sede de GoodLife Mountain View,  
San Francisco, California.

—Es un asesino —dijo David a Alicia. —¡Asesino! No he matado a nadie. Simplemente he quitado ciertos estorbos, primero los de mi conciencia y después los materiales. El bien y el mal no existen, son simples convencionalismos sociales. En mi casa lo vi claro, cuando tuve la idea de lanzar la bacteria me fui al estudio y tomé uno de los libros de la estantería *Fahrenheit 451*, el libro de Ray Bradbury. Aquel tipo era un genio, pero no sabía que se podían destruir los libros de todo el mundo sin la necesidad de incendiarlos. Incluso podíamos seleccionar los que merecían la pena conservarse y los que no —dijo Jimmy. —¿Estás loco? —preguntó Irina incrédula. Jimmy continuó su relato sin hacer caso a su socia.

—La escena que más me gusta es la que el autor incluyó para la obra de teatro que se hizo del libro. La conversación entre Beatty y Guy Montag. El jefe de bomberos, Beatty, lleva al protagonista a su casa. Cuando Guy entra se queda sorprendido, todas las paredes están llenas de libros. «*Pero tú eres un incinerador de libros*». *El viejo zorro le contesta: «El delito no es tener libros, es leerlos*». ¡Qué sutil!, ¿verdad? —Un crimen es un crimen —dijo David.

—¿No ves la belleza? —Dijo Jimmy—. Tú como Guy tienes en la cabeza las viejas reglas: bueno y malo, correcto e incorrecto, justo e injusto, pero el mundo se está abriendo a nuevas reglas. Lo importante es si es útil o no, si te funciona o no te funciona. —Voy a detener esto —dijo Irina tomando el teléfono. —No lo hagas Irina. No voy a permitir que nadie se interponga en el camino de mi empresa —dijo Jimmy. Un disparo silbó en mitad de la penumbra y el teléfono estalló por los aires. Antes que David pudiera reaccionar una segunda bala atravesó su brazo y su arma cayó pesadamente al suelo.



Día 7, 12:55 AM.

Sede de GoodLife Mountain View,  
San Francisco, California.

El especialista llegó corriendo y conectó un pequeño ordenador a varias entradas de cables. Comenzó a teclear y el resto de inspectores le miraron asombrados.

Blake observó el reloj de la muñeca del técnico y comenzó a impacientarse. Entonces dio una patada a la puerta.

—¡Joder, que traigan artificieros! ¡Lo que sea! El resto de inspectores le miraron sorprendidos. Blake se apartó un poco de la puerta y comenzó a lanzar maldiciones.

Un pitido sonó en el edificio y se fue la luz. Ahora estaban todos a oscuras.

—Creo que me he equivocado de control —se disculpó el técnico. Blake estaba enfurecido, pero intentó calmarse un poco.

—Que alguien traiga más luz —ordenó. Varias linternas alumbraron el ordenador, pero a los pocos segundos volvió de nuevo la luz.

—Creo que ya lo tengo —dijo el técnico y la puerta dio un chasquido. Blake sacó el arma y entró despacio en el pasillo.

—Nos dividiremos en dos grupos y recordar que no debemos disparar a nadie hasta que yo dé la orden. ¿Entendido? El grupo de inspectores afirmó con la cabeza. Caminaron despacio, pegados a las paredes hasta llegar a la puerta del despacho.

—Cielo Santo, también está cerrada —dijo Blake sorprendido. El técnico se acercó a la puerta e intentó identificar el código.

—Esto me llevará al menos otros cinco minutos —dijo mientras conectaba los cables. Blake le miró resignado. Estaba a punto de perder los nervios por completo.

Día 7, 12:55 AM.

Sede de GoodLife Mountain View,  
San Francisco, California.

—Quieto —dijo Jimmy—, ya es suficiente por ahora. El hombre se acercó sin dejar de apuntar a David. El joven se quejaba de la mano, pero permaneció delante de la mujer hincándole su mirada de odio.

—¿Nunca has estado tentado a hacer algo malo por un bien mayor? Si no es así, no eres humano —dijo Jimmy. —Lo único que deseo en este momento es rodear con mis manos tu cuello y asfixiarte —dijo David. —Todo se complicó por el estúpido de Mathieu. Llegué a un acuerdo con Alicia a través de la fundación, de esa manera evitaba que Irina se enterara, además nos desgravaría impuestos —bromeó. —¿Lo hiciste a mis espaldas? —preguntó Irina. —No hice nada ilegal, simplemente acordamos que si se producía un desastre, nuestra empresa apoyaría a la suya. —Pero ¿eso justifica tantas muertes? —dijo David. —Sí, pensé que no haría falta matar a nadie más, pero tú te involucraste, arrastraste a Susan y pediste ayuda a ese tipo detestable... —A Larsson. —Sí, vuestro fallo fue que viniste con Susan aquí, Irina la convenció para que se refugiara en una de las casas de GoodLife, ya os tenía donde quería, tuve que matarla también, pero tú volviste a escapar —dijo Jimmy. —Entonces secuestraste a Carmen —dijo David. —Sí, pero de nuevo te escabulliste con ese viejo editor. —Y ahora... —dijo David. —Muy sencillo, un loco entra en la sede de GoodLife, un asesino. Mata a mis pobres socias y uno de nuestros hombres le abate —dijo Alicia. —Eres una maldita bastardo —dijo Irina apretando un botón. Las puertas se abrieron y un grupo de inspectores entró corriendo en el despacho.

Día 7, 01:00 AM.  
Sede de GoodLife Mountain View,  
San Francisco, California.

Jimmy miró con sorpresa a los inspectores, hizo una señal a su guardia para que disparara a David, pero Blake disparó al hombre. Irina corrió con los brazos en alto hacia los inspectores, mientras Jimmy se apresuró a escapar por la puerta lateral.

David la persiguió, entró en la sala y contempló los cientos de ordenadores conectados. Aquello era la nueva Biblioteca de Alejandría. Jimmy se acercó a un teclado cuando los inspectores entraron en el inmenso salón.

—Si se acercan destruiré todo lo que hemos escaneado. La cultura del hombre desaparecerá —dijo el hombre fuera de sí. —El juego ha terminado —dijo Blake—, será mejor que se aparte de ese teclado. —¡No! —gritó Jimmy. El inspector apuntó al hombre.

—Sepárese —dijo muy enfadado. —Todo desaparecerá conmigo. El mundo no merece seguir existiendo. Estamos gobernados por incompetentes, la mayoría de la gente no aprecia lo que hay en los libros. No los merecemos. Tal vez ese sea mi destino, destruirlo todo. —Quieta —dijo David—, da una oportunidad al mundo, la última.

—No lo merece —dijo Jimmy empezando a teclear el código. Blake disparó el arma y Jimmy se detuvo. Metió la mano en el costado y la sacó manchada de sangre. Miró sorprendido a los inspectores y se desplomó.

David se acercó hasta él, seguido por el inspector Blake. Sintió compasión al verle postrado, moribundo, con el miedo pegado a la mirada.

—*¡Ya vamos a por ti! ¡Estamos a la puerta!* —recitó el hombre en un último suspiro.

**Día 7, 12:00 PM.**  
**330 Drumm St,**  
**San Francisco, California.**

David llegó a su casa agotado. Le habían curado la herida del brazo, pero sabía que otras heridas no se curarían jamás. Se tumbó vestido en la cama y notó como el dolor del brazo le ascendía por la espalda hasta el cuello. El efecto del calmante se le estaba pasando.

Se acercó a la mesa de la cocina, abrió un cajón y se tomó un calmante. Después, con su brazo bueno tomó el iPad y buscó su periódico. El artículo estaba allí, lo habían sacado esa misma mañana. Sin duda había conseguido lo que llevaba años ambicionando, ahora podría trabajar para el periódico que quisiera o publicar su libro con la editorial más grande del país.

Dejó el aparato a un lado y se echó a llorar. En siete días había conseguido lo que ambicionaba a cambio de perderlo todo en el camino. Sentía el pecho tan cargado, que las lágrimas apenas aliviaron su tristeza.

Se recostó de nuevo en la cama y pensó en Carmen, en el hijo que tendrían juntos, toda una vida perdida por una ambición absurda, se dijo sin poder soportar la angustia. Ahora algo empezaba a tener sentido.

Se quedó dormido con la ropa puesta, sucio de sangre y sudor. Sin saberlo aquello era un nuevo nacimiento. El cuerpo de un bebé manchado de sangre saliendo de su madre, David salía de una vida autocomplaciente, en la que él era el único protagonista. Ahora entendía que el mundo era mucho más que su ambición, pero pensaba que era demasiado tarde. Aunque en realidad no lo era, nunca lo había sido.

## Epílogo

**Día 8, 9:00 PM.**

**Sede Vaticana,**

**Roma, Italia.**

El sacerdote se levantó sobresaltado. Se puso las zapatillas y se dirigió directamente a la biblioteca. Luigi Cervini había tenido una pesadilla horrible, los libros comenzaban a desaparecer de nuevo. Caminó por los pasillos solitarios hasta la sala subterránea. Introdujo las claves, esperó en la cabina de depuración y entró en una de las salas con el corazón en un puño. Tomó uno de los volúmenes y comenzó a hojearlo, todo parecía normal.

Respiró aliviado y cuando colocó de nuevo el tomo. Observó algo extraño en la estantería. El papel de los otros libros comenzaba a desaparecer.

—¡Dios mío! —gritó asustado. Empezó a tomar los libros pero se convertían en polvo en cuanto los tocaba. En unos minutos todos los libros de la sala habían desaparecido.

Se tiró al suelo llorando, intentando atrapar con las manos aquel polvo que se escurría entre sus dedos. Aún olía a papel cuando cerró los ojos e intentó imaginar la biblioteca. Ahora la única realidad era aquel Dominio Virtual, en el que conocimiento del mundo se había quedado encerrado para siempre.



MARIO ESCOBAR Golderos (Madrid, 23 de Junio de 1971). Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una obsesión* en el año 2000. Es director de la revista *Historia para el Debate Digital*, colaborando como columnista en distintas publicaciones.

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.

Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y *La Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas. También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009).

Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.